

# PENSAMIENTO SOCIALISTA



**PENSAMIENTO  
SOCIALISTA**  
Tribuna chilena de  
ideología y política

Año V. N.º 22  
Segunda época  
Febrero 1981  
Aportación: 1.50 dólar (o su equivalente)  
España: 100 pts.

DIRECTOR: OSCAR WAISS  
EDITOR: MIGUEL ANGEL SAN MARTIN  
CONSEJO DE REDACCION: Erich Schnake (Presidente), Carlos Altamirano, Jorge Arrate, Luis Jerez, Dr. Enrique Sepúlveda, Carlos Fortin, Alejandro Jiliberto, Juan Bustos, Fidelma Allende.  
Portada: Luis Arencibia B.

---

## SUMARIO

	Pág.
EDITORIAL	3
POLITICA	11
Dependencia ideológica de la fracción	17
Unidad y renovación de la izquierda	21
Reflexiones para aunar criterios	29
INTERNACIONAL	
¿Hacia dónde va Ronald Reagan?	35
Polonia una renovación de significado histórico	39
DOCUMENTOS	
Resoluciones políticas XXIV Congreso Nacional	43
Carta de Raúl Ampuero	64
ARTI-	67
LIBROS Y REVISTAS	69

---

Correspondencia, Aportaciones y  
Canjes a:

Oscar Waiss  
Henry-Budge Str. 52  
6 Frankfurt/M.  
República Federal Alemana

LOS ARTICULOS FIRMADOS REPRESENTAN LA OPINION DE SUS AUTORES Y LA REVISTA NO COMPARTIENE, NECESARIAMENTE, SU CONTENIDO. LA REDACCION SE HACE RESPONSABLE DE LOS EDITORIALES Y DE LOS TRABAJOS QUE NO LLEVAN FIRMA DE AUTOR.

# EDITORIALES

①

La tarea de "repensar" la teoría y la praxis del movimiento socialista y popular chileno está siendo asumida por numerosos militantes revolucionarios, tanto en el interior del país, como en la diáspora obligada. Son cada vez más los que comprenden que nada se gana con la estéril guerrilla subalterna y que es preciso levantar un proyecto con capacidad de convocatoria. Y, nuevamente, se comprueba que el simple consignismo voluntarista, propio de los eternos dogmáticos que sirven los intereses de fuerzas ajenas a nuestro propio y particular desarrollo, es impotente para movilizar al pueblo chileno cuya subjetiva disposición a la lucha no puede surgir de los "decretos" impositivos o artificiales, sino de un llamado capaz de interpretar los profundos anhelos de las mayorías nacionales, oprimidas y pisoteadas por la dictadura.

Es ese el significado profundo de las conclusiones políticas del XXIV<sup>o</sup> Congreso General del Partido Socialista de Chile, que han sido entregadas al conocimiento y al estudio, no sólo de la militancia partidaria, sino de todos los sectores de la izquierda chilena. Esas conclusiones recogen la tradición socialista que conforma una de las dos vertientes principales por las que se escurre el proceso social y, al mismo tiempo, proyectan hacia el futuro la inicial voluntad de reflejar, con honestidad y firmeza, los propósitos esenciales de la clase obrera y del pueblo.

Se repite, así, la condición que determinó el nacimiento del Partido Socialista de Chile, o sea la necesidad de llenar un vacío de dirección, que pretendieron antes, y pretenden hoy, usurpar los intransigentes sectarismos cuya voz es sólo el eco de distantes conflictos en que juegan los intereses de grandes bloques político-militares que se disputan el dominio del mundo. Y esto facilita, afortunadamente, la "convergencia" de sectores escindidos del tronco oficial del socialismo y de movimientos de origen cristiano que participan hoy, de hecho y de derecho, en la reunificación popular que tiende a superar formas orgánicas periclitadas históricamente.

La pretensión, entonces, de eliminar el racionalismo colectivo para sustituirlo, "cueste lo que cueste", por elucubraciones elaboradas en cenáculo cerrados, está destinada al fracaso, por altos que sean los presupuestos facilitados por algunos "aparatos" supranacionales. Encontrar nuestro propio camino hacia la insurgencia nacional y el socialismo es un deber insoslayable para los combatientes de la revolución chilena.



2 En nuestra edición anterior dimos a conocer un extenso y serio estudio efectuado por un grupo de compañeros en el interior de nuestra patria, con el propósito de encontrar una respuesta política ante un momento crítico de la historia nacional.

Esos socialistas, observadores directos de la realidad en el frente interno, señalan, entre otras cosas, que "para afirmar la unidad de la izquierda y estructurar un vasto movimiento de las fuerzas democráticas, constituye un elemento fundamental el rescate de las constantes históricas que han caracterizado a la corriente socialista chilena, toda vez que los elementos constitutivos del socialismo chileno no sólo conservan su vigencia, sino que la han acrecentado con la experiencia más reciente de Chile".

Pero naturalmente observan que ello exige una labor de creación política para construir —a partir de estas constantes históricas— una propuesta democrático-socialista que dé respuesta a los principales problemas que enfrenta actualmente el país y que tenga capacidad de convocatoria para movilizar a la mayoría nacional.

Por su parte el ex-Secretario General del Partido, compañero Carlos Altamirano, en sus "8 tesis sobre una estrategia socialista para Chile", presentadas al XXIV<sup>o</sup> Congreso General, y que en parte han servido de pauta para las "conclusiones políticas" del evento, afirma que "el Partido Socialista dispone de potencialidades más que suficientes como para asumir la tarea crucial de defender su identidad histórica y, simultáneamente, de renovarse, para constituirse en una real fuerza dirigente del cambio y, de esta manera, encabezar la imposter-gable lucha contra la dictadura".

Con toda razón Altamirano señala que "estas tareas exigen de nuestra parte abandonar toda lógica construida sobre la base de la aceptación acrítica e integrista de esquemas supuestamente sacrosantos", agregando que debemos dejar de considerar a los textos políticos revolucionarios como una suerte de "catecismo", depositarios de verdades absolutas e inamovibles, pues "nada hay más antimarxista

que esta actitud". Y en la tesis 2 volviendo a similares reflexiones expresa que "el Partido Socialista nunca ha competido ni competirá con nadie en materia de ortodoxias. Nuestra fuerza y nuestro arraigo en las masas chilenas tiene su explicación básica en la forma abierta y no dogmática de asumir el marxismo".

Coincidimos plenamente con estos juicios del dirigente socialista chileno que han sido "olímpicamente" ignorados, tanto por los dirigentes comunistas que impulsaron y respaldaron la acción de quienes intentaron dividir el Partido Socialista, como por los jefes de la fracción stalinista que creyeron posible "virar" a una militancia aguerrida y experimentada, pretendiendo transformar a hombres acostumbrados a discutir, analizar y enfrentar cada cuestionamiento, en "zombies" adormecidos dispuestos a recibir toda clase de órdenes y de consignas, elaboradas por cúpulas desconocidas, y orientadas a uniformar rigidamente, "cueste lo que cueste", el pensamiento de la izquierda chilena.



3 El fracaso de esta triste maniobra, en que hubo mucho de precipitación y de improvisación, debemos deducirlo del hecho de haberse "subestimado" la naturaleza y el rol histórico del Partido Socialista de Chile. Se eligió el camino de eliminar algunas diferencias de criterio mediante el "aplastamiento" de la dirección legítima partidaria, en vez de confrontar las opiniones plurales buscando las respuestas conjuntas más adecuadas. Y hubo elementos que se prestaron a esta deslealtad creyendo en el poder mágico de los apoyos "logísticos", cuya cuantía es, realmente, enorme.

Las consecuencias de esta torpe actitud no se demoraron en hacerse sentir. El movimiento popular en su conjunto quedó paralizado, tanto en el interior como en el exilio. La Unidad Popular apareció, fatalmente, como un mero "mascarón de proa" del Partido Comunista. Sin el Partido Socialista de Chile —entendiendo por tal al verdadero y autónomo— la izquierda entera perdía una de sus bazas fundamentales. Disminuyó la solidaridad internacional y se retardó el "despegue" de la resistencia en el corazón de la patria.

Compartimos ampliamente la opinión del compañero Carlos Altamirano quien, en la tesis 8 de su ponencia, señala: "La realización de un diagnóstico descarnado y franco de la crisis que encara la Unidad Popular es un imperativo ineludible de la hora presente. Nuestra responsabilidad con aquellos que ofrendaron su vida y, particularmente, con un pueblo en lucha, obliga a encontrar las raíces últimas de nuestras debilidades".

Sentadas estas premisas, debemos destacar la voluntad irrestricta de los socialistas chilenos para participar, junto a los demás sectores de la izquierda, en el análisis de la actual crisis y en la búsqueda de fórmulas renovadas que estimulen el combate incesante contra la dictadura militar. Bien sabemos que hay partidos integrantes de la disruidada Unidad Popular que plantea con insistencia criterios de amplitud y que un pequeño sector mantiene una intransigencia que linda con el ultimatismo divisionista. De la voluntad de los unos, y de la capacitación de los otros, depende el ritmo que suma, en lo inmediato, la acción de la resistencia.

Los socialistas chilenos estamos dispuestos a desarrollar coincidencias y limar las aristas en función de la urgencia para desencadenar acciones capaces de desestabilizar al régimen militar, respondiendo al llamado de una conciencia latinoamericana que se expresa, con singular violencia, en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y otros países centroamericanos. En los momentos en que el republicano Reagan asume el poder en la potencia imperialista de la zona, resultan incomprensibles para el pueblo las "marginaciones" fundamentadas en minúsculas rencillas. Es preciso que deslindemos las responsabilidades y que enfatiquemos el sincero deseo del Partido Socialista de Chile en orden a consolidar todos los frentes unitarios de acción contra Pinochet.



4

El XXIV<sup>o</sup> Congreso General del Partido Socialista de Chile fue convocado con el propósito de consagrar la unidad de la militancia desbandada y, como ya lo hemos reconocido públicamente, fracasamos en esa tarea imprescindible.

El fracaso puede ser imputado a diversas causas, y las "verdades" son múltiples, habiendo una por cada sector incriminado. Pero hay, por lo menos, dos verdades que nos son comunes a todos: la primera es la necesidad de esta unidad, basada en una tradición y un acervo comunes, aunque los matices varíen; la segunda es que todos los socialistas buscan un partido autónomo, en el cual cada respuesta a los cuestionamientos contemporáneos surja de una discusión abierta, democrática y plural.

Con este objeto, el XXIV<sup>o</sup> Congreso, cuya trascendencia el tiempo se encargará de determinar, dejó convocada una Conferencia de Organización y Programa —que ya está en marcha— y fijó la fecha del próximo Congreso, a fin de buscar lentamente las fórmulas que permitan la unificación de todos los socialistas, con la posible excepción de aquellos que, entre gallos y media noche, se han "vaciado" orgánicamente a las estructuras stalinistas:

Hubiéramos deseado que destacados camaradas, hoy fuera de nuestras filas oficiales y sectores con los que sabemos existen afinidades comprobadas, pudieran participar en la redacción del programa, llamado a sustituir el aprobado en 1947, y que esperamos llene todas las necesidades y requerimientos de la hora presente. Confiamos en que, si no hay camino, se haga camino al andar. Es un deber de todos desterrar desconfianzas, erradicar sospechas y sobreponerse a pasiones. Todos tenemos algo que decir y algo que aportar. No se trata de preeminencias pueriles, de controles direccionales o de rivalidades cuantitativas. De lo que se trata es de elaborar un proyecto socialista para Chile a fin de volcar, en el interior, una lucha concreta contra la noche oscura de la tiranía. Y esa lucha, no en el sentido infantilista y provocador de otros tiempos, sino en consideración al transcurso del proceso, requerirá de un heroísmo nutrido indispensablemente por la voluntad unitaria de la izquierda y sostenido por organizaciones fuertes capaces de hacer ondear sus estandartes a través de las amplias alamedas, como lo soñó en sus últimos momentos nuestro camarada Presidente, nuestro querido mártir, Salvador Allende.



5

La entrada en escena de la Administración Reagan, en los Estados Unidos, no es precisamente un buen augurio de que se tratará de mantener un clima civilizado y democrático en el "patio trasero" del imperialismo yanqui. Tal gobierno ha sido entronizado por las corporaciones monopólicas transnacionales para imponer la ley de la selva en el plano de las relaciones internacionales y eso explica el júbilo con el cual se recibió la noticia del triunfo electoral republicano por parte de los Videla, los Pinochet y los Strossner en América Latina.

El sistema transnacional de poder que asume cada vez más la representatividad del capital financiero e impone las decisiones en esta época de poderío nuclear asocia a los apoyos económicos los recursos de la propaganda, a fin de regular las reacciones de la opinión pública, tanto en el seno del imperio como en el interior de los países débiles. Kissinger ha dicho que "un transmisor de radio puede ser una forma de presión más efectiva que un escuadrón de bombarderos B 52". De ahí que la toma de conciencia de las masas aparezca obstaculizada por una ola de versiones, noticias y opiniones que se manipulan en un contexto deformante y deprimente.

Ha pasado la época en que una supuesta defensa de los "derechos humanos" tendía una cortina de humo sobre la sucesión de préstamos e inversiones a través de los que tanto el Estado dominante como los empresarios monopolistas, favorecían y sostenían a los dictadores

más allá y por encima de las hipocresías críticas moralizadoras. Ha llegado la hora en que los dictadores serán ayudados públicamente y sin restricciones en la medida en que esos gobiernos son dóciles y no provocan preocupaciones al imperio. Esta nueva situación va a poner a prueba la voluntad de la resistencia y sus efectos se harán sentir en forma inmediata en la zona centroamericana, donde tantos progresos se hicieron recientemente en el plano de la unidad y de la lucha.

El problema de la unidad está dejando de ser cada vez más un problema de política interna en cada país, para pasar a ser un imperativo de "continentalización" revolucionaria. No se trata de fuera de artificio sino de necesidades reales que irrumpen vigorosamente en el horizonte regional. De ahí la importancia de los contactos y frentes que comprendan a los partidos y movimientos populares del subcontinente donde pueda plasmarse una política común ante la intromisión descarada de la gran potencia.



6

El derrocamiento de Somoza fue precedido y determinado por una insurgencia masiva que abarcó, no sólo a los trabajadores, sino a la gran mayoría de la población. La lucha en El Salvador presenta similitudes características y sus derivaciones dependen, en gran medida, de las reacciones mayores o menores evidenciadas por el nuevo gobierno norteamericano. Estos son síntomas de dificultad de "reformular" a las dictaduras obligándolas a progresivas institucionalizaciones. Los trabajadores uruguayos acaban de comprobar la inutilidad, en tales condiciones, de los plebiscitos supuestamente democráticos.

La violencia nunca es deseada por los pueblos, pero suele irrumpir como arma exclusiva para romper la arbitrariedad totalitaria. En Chile se había propagado, en los últimos años, un sentimiento de desconfianza ante la lucha armada, ya que los excesos verbalistas e infantilistas determinaron, en cierta medida, la intervención brutal de los militares. Las "conclusiones políticas" del XXIV<sup>o</sup> Congreso del Partido Socialista colocan las cosas en su lugar y restituyen a la resistencia de hecho un papel determinante en la actual coyuntura.

No se trata de empujar a la muerte a batallones juveniles ansiosos de enfrentarse a la tiranía sino de asumir responsablemente el ineludible deber de "desestabilizar" a la Junta. Si no se hacen sacrificios no se logrará jamás minar las bases del régimen. A la prepotencia de los militares no se le puede oponer solamente la palabra y el volante. El "grado" a que va llegando la resistencia popular sobrepasa la frontera de una simple oposición política. Y un partido revolucionario o una vanguardia que no saben apreciar a tiempo la magnitud del factor sub-

jetivo se demuestran incapaces de asumir su misión conductora.

Los socialistas chilenos pecamos un día por exceso de "impaciencia", lo que no justificaría que falláramos ahora por sobredosis de "prudencia". Ni tan cerca que te quemes ni tan lejos que te hieles. Son los pueblos de América Latina los que se rebelan ante la inhumana condición de miseria a la que se ven reducidos y los trabajadores del cono sur no serán excepción a esa norma.

Este es el motivo esencial que nos hace preocuparnos por el daño casi irreparable que el sectarismo ha inferido a la unidad de los trabajadores chilenos. Partiendo del falso presupuesto que la dirección debe ser monolítica y que el "pluralismo" ideológico o político es nocivo para la conducción del proceso, se provocó la división del Partido Socialista chileno y se agravó, así, la crisis general de la izquierda. Con gritos, con amenazas y con injurias se ha pretendido imponer un vocabulario estereotipado y un consignismo falso que distorsionan la realidad e impiden la búsqueda consciente de una línea general común.

Cuando se dijo irresponsablemente que ese criterio monolítico debería imponerse "cueste lo que cueste" se desconoció la presencia de hombres y partidos cuya trayectoria era la antítesis de tan desorbitadas pretensiones y el precio que se pagó por la tentativa fue la división y la desmoralización de la izquierda.

Los hechos suelen ser más fuertes que las palabras y han venido a demostrar que no hay partido alguno en el Chile de hoy, ni dentro del país ni en la mancomunidad del exilio, que pueda imponer su voluntad prescindiendo de la discusión y del análisis. Reformular la Unidad Popular implica fatalmente revisar las pretensiones tutelares y conformar un frente en que las diversas fuerzas políticas de izquierda aportan libremente su interpretación, tanto del momento coyuntural, como del proyecto definitivo.

Los sociólogos chilenos hemos reforzado recientemente nuestro acervo ideológico y esclarecido para nuestras bases al alcance de los compromisos transitorios y de las alianzas estratégicas. Si bien no pretendemos imponer a nadie nuestro criterio, tratamos de preservar la hegemonía de la clase obrera en los frentes que se constituyan, por tratarse de un imperativo histórico. No queremos aplicar nuestra ley pero sí explicitar nuestro pensamiento.



---

# POLITICA

---

## Presencia de Julio César Jobet en el proceso político chileno

Belarmino Elgueta B.

*Julio Cesar Jobet, indudablemente es mucho más un historiador que un político o un ideólogo. Su obra es indispensable para reconstruir la trayectoria del Partido Socialista de Chile. Al publicar ahora este ensayo que nos ha enviado, desde México, Belarmino Elgueta, nuestra revista cumple la obligación que todos los socialistas tenemos con el recuerdo de tan vigorosa personalidad, y contribuye así a consolidar lazos de respeto y de afecto que, por desgracia no encuentran en otras partes debida correspondencia.*

### El hombre y su circunstancia

El tiempo del oprobio no transcurre en vano en Chile. En medio del nuevo "peso de la noche" que aplasta y oscurece la vida colectiva, compatriotas ejemplares emprenden el viaje sin retorno. Hoy rendimos, precisamente homenaje a Julio César Jobet, combatiente destacado de la Casa de la Cultura, la democracia y el socialismo. Su muerte, acaecida sólo hace algunos días, remece nuestros corazones y a la vez fortalece nuestros espíritus, por el legado de ideas y sentimientos que él nos deja, emanado de la pasión creadora que abrazara su existencia.

Julio César Jobet asiste en su juventud a uno de los períodos más interesantes del desarrollo político chileno. Su generación emerge a la escena nacional en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando se desencadenan grandes conflictos sociales que conmueven a todo el país, los cuales definirán las condiciones materiales e ideológicas determinantes de la situa-

ción actual. Nuestro autor se ubica conforme al concepto sobre las generaciones de José Ortega y Gasset - en la de 1938, año que marca el inicio de un período de ascenso vertiginoso del movimiento popular en Chile.

Según el propio Jobet, los hechos decisivos de la toma de conciencia y de la actividad de la generación de 1938, en el marco mundial, son la gran crisis del sistema capitalista, las convulsiones sociales subsiguientes producidas en todas las latitudes y la amenaza del fascismo regresivo y terrorista. Esta generación enfrenta, en el interior, la lucha contra la dictadura del general Carlos Ibáñez, participa en el movimiento popular por la democratización de las instituciones, combate la "dictadura legal" de Arturo Alessandri y rechaza la violencia provadora del nazismo criollo.

No son éstas, sin embargo, las únicas preocupaciones históricas que afronta. En el orden internacional, vibra de entusiasmo con el movimiento de solidaridad con el pueblo español durante la guerra civil, experimenta

horror ante las purgas masivas realizadas en el Partido Bolchevique por la burocracia stalinista y vive las inquietudes inherentes al estallido de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial. En el orden nacional, participa de los afanes de la clase trabajadora por conquistar el gobierno, lo que consigue en 1938 a través del Frente Popular la gran alianza con la burguesía nacional.

La intelectualidad de esta generación se incorpora, pues, a este movimiento multitudinario, afiliándose a los partidos obreros —socialista y comunista— y muchos de sus más destacados integrantes asumen, por primera vez, responsabilidades en el nuevo gobierno presidido por el maestro y estadista Pedro Aguirre Cerda. Esta misma intelectualidad promueve, en el campo de arte, una profunda transformación en la temática y los estilos, replanteando la función social del artista y la necesidad de elevar la categoría de sus obras.

Jobet es uno de los más altos valores del Partido Socialista. Se afilia a él desde su fundación y llega a ser miembro de su Comité Central entre los años 1937 y 1942. Hombre ilustrado y atento a todos los avances de la cultura, convierte su militancia, no sólo en el cumplimiento de los deberes políticos rutinarios, sino en un compromiso con el perfeccionamiento de la clase trabajadora, empezando por su misma organización política. Pocos han sentido tan profundamente como él los deberes de la inteligencia. Su acción educadora está diseminada en todas las publicaciones socialistas y democráticas de su país, durante una jornada que se prolonga tanto como la existencia misma de su partido.

Jobet recoge y traduce principalmente el estado de crisis del propio período en que él vive y procede de acuerdo al espíritu de su tiempo. Por eso, su revisión del pasado tiene como objetivo comprender mejor el presente y vislumbrar las incertidumbres del futuro. Como todo estudioso de la Historia, él sabe que los tiempos transcurridos son fuente inagotable de conocimiento, a condición de que no se pretende transmutar los valores del pasado al presente, ni tampoco insuflar las ideas del presente a los protagonistas del pasado. La vida contemporánea exhibe sus propios problemas y éstos constituyen un desafío que corresponde, precisamente a los hombres de nuestros días resolver.

La investigación histórica se convierte así en un instrumento del cesante proceso de cambio de la sociedad y del hombre. Pero Jobet no es, en estricto sentido, un historiador, porque su obra se refiere a su propio tiempo, cuanto más, al período que inmediatamente la precede y, por consiguiente, no dispone de la perspectiva que ofrece al transcurso de toda una época. Su obra es principalmente testimonial, si bien hay una parte en la que también actúa como juez. El mismo autor ha dicho rei-

teradamente, que no es propiamente un historiador, sino un ensayista, con una interpretación revisionista de la evolución política de Chile y una decidida intención de relacionar el movimiento democrático izquierdista a fuentes ideológicas. Para eso, ha reivindicado a todos los grandes valores intelectuales y ha investigado acuciosamente el desarrollo de las ideas en su país.

### Las raíces de la crisis social en su obra

La crisis de crecimiento de la sociedad chilena presenta dos aspectos interdependientes desde los cuales suele analizarse: las interpretaciones del pasado nacional y las confrontaciones sociales del presente. Nada de lo que sucede hoy es ajeno al acontecer de ayer: sólo indagando el pasado es posible encontrar las raíces de los conflictos del presente. La apasionada búsqueda de un camino para el desarrollo social supone, por eso, la definición previa de la identidad nacional, como quiera que las interrogantes a los grandes problemas actuales tropiezan con nuestra formación histórica. Y esta identidad nacional sólo puede surgir de la imagen resultante de la confrontación de los hechos con las ideas, tanto en la historiografía como en la práctica política.

La obra de Jobet se da, por lo mismo, en esos dos puntos, para lo cual él ha participado en la renovación de los métodos de investigación y análisis. Su formación marxista le ha proporcionado el espíritu crítico necesario para encarar su tarea. Así, durante cuarenta años, ha escudriñado en los orígenes de la crisis social chilena, introduciendo el escalpelo de su análisis sistemático en la realidad histórica con tal lucidez y pasión que ha hecho brotar de sus entrañas una perspectiva distinta de la que historiografía conservadora había difundido, por mucho tiempo, en los medios académicos y populares. Con este trabajo laborioso y apasionado, colabora en la demolición de la mitología portaliana, que sirve de cobertura a la política totalitaria y terrorista aplicada con intermitencia —cada una generación aproximadamente— por las clases propietarias.

Su obra, en este plano, ya es suficiente para destacarlo entre los forjadores del Chile de mañana. Pero este espíritu sensitivo para apreciar la evolución de la humanidad y las injusticias sociales de su época no se ha detenido en ella. En Jobet no se escinde la "hora del conocimiento" de la "hora de la acción", sino que ambas se dan simultáneamente a través de un proceso dialéctico. Armado de su espíritu crítico, se incorpora en plena juventud al campo de la política chilena, que en la década del treinta se pone al rojo vivo, y se lanza a destruir sofismas filosóficos, a señalar los enemigos principales y a desenmascarar el oportu-

nismo en las filas de la izquierda. Este hombre apacible, pero de profunda vida interior, es el más intransigente luchador en el orden de las ideas.

De este modo, la preocupación intelectual de Jobet tiene dos vertientes: la historiografía y el pensamiento político. Por esta circunstancia, también, sus obras de escritor pueden clasificarse en este mismo sentido. Entre las primeras, cabe mencionar el "Ensayo del desarrollo económico-social de Chile", "Tres ensayos históricos" y "Temas históricos chilenos" y entre las segundas "Fundamentos del Marxismo", "Precursos del pensamiento social de Chile", "Doctrina y praxis de educadores chilenos"; en general, sus ensayos y artículos representativos diseminados en diarios y revistas.

Julio César publica su "Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile" en 1951, lo que da lugar a las más encontradas y apasionadas críticas en los medios intelectuales y políticos. En el propio Congreso Nacional se levantan voces agresivas en contra de la Universidad de Chile por haber dado cabida al mencionado trabajo en los "Anales de la Universidad", amenazando a esta casa de estudios superiores con reducciones en su presupuesto a manera de represalia. Así, una vez más, se hace presente la soberbia aristocrática, herida en su orgullo de casta dominante por la crítica punzante del valiente escritor.

Este libro es la clave de las obras de Jobet, como quiera que, en torno a ese agudo ensayo, expone una variada temática en nuevos estudios, como el origen del movimiento obrero, el desarrollo del pensamiento social, la presencia del imperialismo, la historia del Partido Socialista, etc. En el corazón de este análisis está la preocupación por los orígenes del subdesarrollo y la formación histórica de Chile. Parte, por eso, con una crítica severa a la historiografía tradicional —que destaca como únicos protagonistas de la hazaña chilena a las clases dominantes— para concluir reivindicando el rol del pueblo y sus capas más explotadas. Así, surge de sus páginas la lucha de clases como la fuerza motriz de la historia, particularmente de su "Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos".

Reconstruida nuestra historia más reciente, a través de cuyo proceso intelectual el pueblo se pone de pie, surge irredarguible la gran verdad: Chile sólo saldrá del subdesarrollo y la pobreza por la acción revolucionaria de la nueva conciencia social que emerge de las masas. Ella se expresa, desde finales del siglo diecinueve, en la creación de las organizaciones y la prensa obrera, en la fructificación del pensamiento social precursor de los grandes movimientos reivindicativos de comienzos de la presente centuria, en la fusión creadora del pensamiento socialista maduró con el movimiento obrero, en el nacimiento de los partidos revo-

lucionarios y en las experiencias dramáticas que vive el pueblo en momentos cruciales —como en 1920 y 1933— que anuncia su vez la epopeya mayor: la lucha —vacilante, pero consistente— por el poder en 1970-1973.

En este largo proceso de formación revolucionaria del proletariado chileno, Jobet mira con interés, no exento de entusiasmo, la labor ideológica de los pensadores políticos democráticos y socialistas de las dos centurias, desde José Victorino Lastarria a Valentin Letelier, entre los liberales, y de Santiago Arcos a Alejandro Venegas, entre los socialistas. Son ellos los forjadores de una tradición de izquierda menospreciada por la hipocresía burguesa y no considerada, en todo su valor, por los partidos populares. Complementa, por eso, a su obra anterior, su libro "Precursos del pensamiento social de Chile", publicado en su país, en 1956, por la Editorial Universitaria, S.A.

"Precursos del pensamiento social de Chile" es un libro de enseñanzas y emociones. Jobet pinta —expresa uno de sus críticos— fascinantes retratos de las personalidades intelectuales y políticas de quienes trataron de establecer una nueva identidad política y social para la nación chilena. Traza el crecimiento de la noción de *conflicto de clases*, desde la rebelión de aquellos a quienes Vicuña Mackenna ha llamado los "gironidos chilenos" de 1850, a los críticos del parlamentarismo y capitalismo en el siglo veinte. Incluso a aquellos propiciadores del reformismo liberal tanto como a los pensadores más radicales porque en su propio humanismo cultivado ellos desafiaron las banalidades de la "politiquería" y propusieron serias reformas en educación, finanzas y desarrollo agrícola. Ellos son nuestros profetas olvidados.

### El Partido Socialista de Chile

Julio César Jobet ve en el Partido Socialista el instrumento fundamental para construir el Chile de mañana, precisamente, porque este vasto movimiento político nacional surge de la experiencia de las masas, donde las primeras expresiones de lucha económica del proletariado hasta la lucha por el poder. El movimiento obrero se nutre, en efecto, durante su infancia, de las aportaciones ideológicas de aquellos precursos del pensamiento social que señalan al socialismo como el camino de su liberación y se funde, en su madurez, con la teoría marxista para adquirir un carácter revolucionario. Por eso, él se convierte en protagonista e historiador del socialismo chileno.

La generación de 1938 tiene el privilegio de tomar contacto con las grandes concepciones filosóficas y sociales de la época, que entonces alcanzan su máxima difusión en Chile. Pero, quizás su mayor ventaja es el hecho de poder confrontarlas con los acontecimientos

cruciales que vive la humanidad durante esos años tormentosos. Desde luego, las lecturas de los *precursores* no son las mismas que las de la generación de 1938, ni estas son iguales a las de hoy, si bien, desde el Manifiesto Comunista de 1848, los fundadores del socialismo científico constituyen la fuente primera de la formación de todo revolucionario. Jobet señala, en un trabajo titulado, precisamente, "La generación de 1938 en Chile y las grandes concepciones filosóficas y sociales de su época", la literatura en boga entonces y las corrientes que ejercen una influencia más profunda. Entre ellas, destaca naturalmente el marxismo como la más decisiva.

Expresa Jobet la gravitación de esta doctrina a través de su vivencia personal. "El marxismo en Chile, en la década del treinta, fue para muchos como una justificación de su rebelión contra un orden económico y social injusto y una explicación racional de su inconformismo y de su anhelo de libertad mental. Además, un cauce a su actitud iconoclasta, derivándola hacia la revolución. Resultaba una doctrina profunda que daba solución a los innumerables problemas del hombre social y, al mismo tiempo, fácil de reducirse a esquemas sencillos, a fórmulas tajantes que impulsaban a la acción en vez de encerrarlo en la tranquilidad del gabinete o de aislarlo en la academia estéril de la discusión. Esta cualidad entrañaba un peligro: el de estratificar la teoría en consignas rígidas y aprisionar a sus adeptos en el círculo asfixiante de los dogmas. Y así ocurrió con numerosos seguidores del marxismo. Este no emancipó sus espíritus ni les dio libertad mental; únicamente los aprisionó con 'slogans' y los transformó en sectarios con su lenguaje agresivo y pedante."

Esta distinción que hace Jobet en la apreciación del marxismo constituye la línea demarcatoria entre los socialistas y los comunistas en Chile. La generación de 1933 se divide: unos se incorporan al Partido Socialista y otros al Partido Comunista, en tanto que un sector importante forja el movimiento socialcristiano. "Los que nos hicimos socialistas —dice Jobet— nos negamos a momificar el marxismo y a confundirlo exclusivamente con el Partido Comunista de la URSS. Ante todo, lo sentimos como un renovador completo de la realidad y guía para la acción. Su contenido humanista y su apertencia de libertad, su rechazo a todo poder estatista y burocrático y su objetivo revolucionario, orientado a construir una nueva sociedad, en el cual el pleno desarrollo de cada uno es la condición para el pleno desarrollo de todos, satisfacía de manera profunda nuestras aspiraciones de cambio, de justicia, de libertad."

En este sentido, repite con Marx y Engels: "No tenemos deseos de comprar la igualdad si precio de la libertad".

Jobet influye apreciablemente en el desarrollo del pensamiento del Partido Socialista.

Miembro de su Comité Central, de 1937 a 1942, es el más documentado de los críticos de la política de frente popular. Para el libro de Humberto Mendoza "¿Ahorá qué?", publicado en 1942, escribió un prólogo que, por la profundidad del análisis, la severidad de la crítica y la visión de sus sugerencias, es más orientador que el mismo libro prologado. En 1946 se une jubilosamente, junto con Eugenio González (quien, entonces, es elegido por primera vez miembro del Comité Central del partido que él mismo fundara), al movimiento de juventud que produce una renovación en la organización.

## Despedida melancólica

Este trabajador intelectual infatigable siente, por fin, la necesidad imperiosa del reposo, no por la pérdida de la fe en los ideales que abrazara en su juventud, sino por haber sido golpeado cruelmente por la adversidad. Consciente de que ha llegado la hora de abandonar su labor de escritor, publica en la revista "Occidente", N. 263 correspondiente a los meses de octubre y noviembre de 1975, de Santiago de Chile (de la cual fue asiduo colaborador), un trabajo con el significativo título de "Despedida melancólica", en el que explica a sus lectores su dramática situación. "El 18 de enero de 1973 —dice Jobet— cumplí 61 años, y ya mi salud era muy delicada a causa de un agudo estado nervioso y una alta hipertensión. Pasé el verano en condiciones precarias aunque logré terminar algunos trabajos comenzados..." He ahí al combatiente que no abandona todavía sus armas.

Pero el destino se ensaña con él. Como expresa en estas dramáticas páginas autobiográficas, "el 6 de abril en la mañana, mientras me duchaba, una terrible trombosis me colocó al borde de la muerte, aniquilándome física y espiritualmente con la parálisis de todo el lado izquierdo de mi cuerpo, después de varios días de intensa lucha me salvé y comencé una lenta y prolongada rehabilitación". Jobet se recupera y conserva su lucidez mental, pero su capacidad de trabajo y su entusiasmo intelectual decaen notablemente porque "el espectro de la muerte anula su anhelo creador".

Para ilustrar su situación dolorosa, derivada de aquella terrible enfermedad y del ambiente de preguerra civil existente entonces en el país, cita a Martín du Gard: "La inteligencia humana se nutre tan esencialmente de futuro, que en el instante en que toda posibilidad de porvenir queda abolida, cuando cada impulso del espíritu choca indistintamente contra la muerte, ya no hay pensamiento posible". Luego, vive semanas de pavor —así lo confiesa él mismo— ante los trágicos hechos de septiembre de 1973 y se transforma en un ser desalentado y su frente, sumergido en su estoicismo

natural, pero todavía afirmando en su pública y reiterada posición humanista y antitotalitaria, en su singular idealismo político democrático, en su elevada conducta ética.

Siente que el hundimiento del gobierno popular en 1973 ha significado el desaparecimiento de toda una "belle époque" de la democracia liberal y del ascenso político del movimiento popular, a cuyo desarrollo colaboró en el curso de su existencia. La muerte de Salvador Allende, primero, y el desaparecimiento de notables políticas, estadistas, educadores, artistas y dirigentes obreros, después, representa el término de un período resplandeciente de la vida cultural y social de Chile. El último golpe para su espíritu es la partida sin regreso de Oscar Schnake y Eugenio González, protagonistas principales del movimiento revolucionario del 4 de junio de 1932 y fundadores del Partido Socialista, a quienes considera sus maestros.

En su "despedida melancólica" percibe, con su clara inteligencia y fina sensibilidad, lo que otros se resisten a reconocer, porque se afeizan egoístamente a la ambición de volver a ejercer liderazgos fracasados. "Asistimos —dice— con impresionante sinceridad —a la liquidación de todo un período histórico —político, literario y artístico— y de cuyas ruinas habrá de brotar otra fase, con otros dirigentes, otros ideales y otra sensibilidad. Pero los de mi generación, y yo mismo, ya no nos reconocemos en ella, ni podemos jugar algún papel..." Rotundamente afirma: "Hemos percido moral y espiritualmente en la catástrofe".

Todo corrobora en el Chile de entonces este sentimiento de frustración y derrota, que abate a su espíritu. Son suyas también estas palabras: "El sentimiento de soledad y de tristeza se agudiza al caminar por las calles derrumbadas, los edificios característicos demolidos, al notar la ausencia de tantos amigos desaparecidos en la tormenta, y el predominio de compatriotas desconocidos, indiferentes o desconciados de los viejos, acusados de ser los causantes del trastorno ocurrido". No obstante, este gran humanista y socialista, que aún tiene atento el oído para escuchar el rumor de la muchedumbre abandonada y percibir el tañido de las campañas de palo que doblan por su duelo, proyecta su esperanza hacia un porvenir más venturoso: "Únicamente podemos pensar y desear —dice— que la nueva época sea superior, mejor para bien de nuestra amada patria". Sí, Jobet tiene razón. La Historia, que es la vida de los pueblos, recomienza mañana.

Pero todo no es tristeza y abatimiento. Por encima de la derrota momentánea, su espíritu se ilumina por el vigor de sus ideales y embiste, en la última parte de su "despedida melancólica", contra el historiador Francisco Antonio Encina, creador del substrato ideológico —reaccionario y oligárquico— de la política que se enseñorea actualmente en Chile. Jobet com-

bate en lo que ha dado siempre su frente. Así, aún en su vejez y enfermedad (y a pesar de su "melancolía"), señala un derrotero a su pueblo, a través del análisis de su formación histórica y la definición del ser racional y social del futuro.

Es el derrotero del combate, dos veces apreciado: primero, por el valor intrínseco que contiene su mensaje y, segundo, por provenir de un hombre que percibe estocicamente la lenta extinción de su vida. ¡Qué hemos ejemplo para la juventud chilena!

## La pasión creadora como Legado

La muerte de Jobet se produce en Chile, cuando la dictadura de Pinochet procura perpetuarse a través de un fraude plebiscitario, sin abdicar de ninguno de sus principios. Durante estos años dolorosos, interviene en foros públicos sobre temas historiográficos, se preocupa por el destino del P.S. y participa en el proceso de su reconstrucción. Independientemente de sus concepciones sobre el partido, su doctrina y su política, él ha dejado un legado para el movimiento popular. Es su pasión creadora expresada en diversas formas:

- Su trabajo intelectual, realizado con renovado entusiasmo y profunda fidelidad al sentido ético del socialismo.
- Su actividad educativa en liceos y en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde influye en la formación de muchos nuevos investigadores.
- Su posición militante, mantenida sin interrupción durante cuatro décadas, aportando su capacidad de análisis de la realidad nacional.
- Su preocupación por la sistematización del pensamiento socialista, convirtiéndose en el historiador del partido a través de sus congresos.
- Su investigación permanente del origen y desarrollo del movimiento obrero, así como de las raíces históricas del socialismo chileno.



## El propio Jobet corrobora este legado.

En carta del 18 de enero del presente año, enviada a través de mi esposa, transmite el que quizás sea su último mensaje al exilio. "Emocionadas gracias —dice— por su hermoso, acertado y completo ensayo acerca de mi época y de mi personalidad. Trataré de que se publique aquí apenas se abra un 'resquicio' en medio del 'apagón cultural y político' que nos envuelve en Chile". Se trata de un estudio que yo hiciera como reconocimiento de su obra, para ser publicado en nuestro país.

Sobre la actividad intelectual en nuestra patria, expresa: "En estos momentos existe una gran inquietud ideológica, en el campo político, en la investigación socio-histórica de Chile. Mucha juventud nueva examina, estudia, investiga y escribe. Las ideas no se matan, no se deguellan. Es una esperanza cierta, positiva. Con una nueva mentalidad y un más sensato idealismo, con seguridad se reconstruirá el pasado histórico, lejos del consignismo y del dogmatismo partidistas que nos perdieron".

Ante este renacimiento intelectual, fija su posición: "Aunque estoy viejo (acabo de cumplir los 68 años), achacos y bastante desconcertado y desalentado, mantengo contacto con muchos grupos jóvenes, de nuevos investigadores, y con viejos políticos de las diversas tendencias que ahora sueñan con la reconstrucción de la democracia, del civilismo y de la sensatez".

Este estado de ánimo colectivo le entusiasma, afirmando su voluntad de lucha. "Tratamos —expresa— de formar una nueva mentalidad, sin los dogmatismos, fanatismos y oportunismos de antaño. Se que el socialismo se reestructurará en un solo bloque, no como partido estrecho, esquemático, demagógico, palabrero, sino como movimiento amplio, creador, ecuaníme, democrático, bolivariano, o sea, de acuerdo con los principios iniciales del P.S., y que hicieron su grandeza". Es un mensaje postero al exilio.

Podemos coincidir o no con esta concepción de Jobet, pero ella tiene el valor moral de representar su íntima inquietud por el destino de Chile y de su partido, que también es el nuestro, hasta el último aliento de su vida.

Julio César Jobet fue nuestro camarada en la búsqueda de la gran utopía socialista. Por su vida pura y transparente, otro igual no encontraremos. El mejor homenaje que hoy podemos rendirle, por eso, es reafirmar nuestra voluntad de reconstruir el socialismo revolucionario y autónomo, que constituye el socialismo de nuestros fundadores, pero enriquecido por la creación teórica y la práctica política de 47 años de lucha sin tregua, en la cual muchos han caído heroicamente.

Jobet no ha muerto, porque vive en nuestro recuerdo y nuestra esperanza.

México, Octubre de 1980.



## DEPENDENCIA IDEOLÓGICA DE LA FRACCIÓN

*Ofrecemos el texto de una declaración de la Secretaría Ideológica del Partido Socialista de Chile (Interior-Exterior) que ilumina los entretelones del sometimiento de la fracción stalinista a intereses extraños a la naturaleza del movimiento socialista chileno.*

Una de las características esenciales del Partido Socialista de Chile ha sido, desde su fundación, la autonomía ideológica y política que le ha permitido enfocar con objetividad e independencia los sucesos nacionales e internacionales. Así se explica la existencia y vigencia del partido durante casi medio siglo de acción revolucionaria sin llegar a confundirse con otros movimientos u organizaciones que han intentado monopolizar la dirección de los trabajadores chilenos con inspiraciones generalmente dogmáticas y foráneas. Más aún, podríamos afirmar que la autonomía ideológica y política del partido ha constituido la condición insustituible que ha asegurado su rol histórico y seguirá siendo el eje vitalizador de sus acciones futuras.

Esta característica fue claramente diseñada en los primeros documentos partidarios, entre ellos en la Declaración de Principios del año 1933, el Primer Programa Mínimo y los Fundamentos Teóricos del Programa aprobado el año 1947. El Partido Socialista de Chile decidió mantenerse independiente de la Internacional Socialista y de la Internacional Comunista, sin perjuicio de practicar un verdadero internacionalismo obrero y de propender en especial a la coordinación y unidad de las luchas reivindicativas y revolucionarias de los pueblos de América Latina. El partido no se vio, así, sometido a presiones para justificar errores y ensalzar crímenes que han dañado la imagen del socialismo ante las conciencia de inmensas masas de trabajadores.

El partido se negó a participar de las querrelas entre trotskistas y stalinistas, por tratarse de un debate ajeno a la formación de los cuadros revolucionarios chilenos; condenó, sin embargo, duramente los crímenes de Stalin y denunció los alcances del pacto nazi-soviético anterior al estallido de la Segunda Guerra Mundial; sostuvo vigorosamente el año 1950 la decisión de los comunistas yugoslavos que entrearon las empresas a la gestión de los propios trabajadores y la decisión del Mariscal Tito que se negó a someterse a las presiones kominfo-

mistas; en Octubre del año 1956 censuró la intervención militar de la Unión Soviética en Hungría y lo mismo hizo posteriormente, con singular vigor, cuando acontecimientos similares ocurrieron en Checoslovaquia.

Para los socialistas chilenos es inseparable de su acervo teórico y de su actitud moral la certidumbre de que la revolución no le puede ser impuesta a los pueblos sino que debe surgir de sus propias luchas. El socialismo no se exporta en la punta de las bayonetas ni sobre la cubierta de los tanques, sino que debe responder, en su forma y orientaciones, a los anhelos de las grandes mayorías nacionales. Esto es tanto más efectivo cuanto que, en los casos de Hungría y de Checoslovaquia —y tal vez menos ostensible en otros acontecimientos de este período— no sólo la inmensa mayoría de los obreros sino que también las direcciones oficiales de los partidos comunistas de esos países, habían esbozado reformas del régimen a fin de asegurar una más amplia participación en las decisiones de los trabajadores que aseguraran el control popular sobre los organismos tecno-burocráticos dominantes.

Por supuesto, esta actitud se reflejó en los acontecimientos sociales y políticos de Chile manteniendo el partido una total independencia operativa, sin perjuicio de reforzar, en cada caso determinado, la unidad de acción de las fuerzas populares. Sin esta firme voluntad habría sido imposible constituir la Unidad Popular, en que la hegemonía pasó de manos de la burguesía a manos de los trabajadores, y consagrar la victoria del año 1970, que llevó a la Presidencia de la República al destacado dirigente socialista Salvador Allende, que inició la etapa de transición al socialismo a través de profundos y decisivos cambios estructurales.

Si no hubiera sabido resguardar orgullosamente su autonomía, el partido habría dejado de existir absorbido por las ingerencias foráneas o desnaturalizado por las presiones ostensibles de elementos extraños a su tradición y a sus principios.

## TENTATIVA DE CAPTURA

El "centro" ideológico soviético no ha renunciado jamás a la dirección del movimiento comunista en el mundo y las apariencias o simulaciones no bastan para ocultar, a los observadores cuidadosos, esta situación evidente. Tal monolitismo excluye el análisis crítico, sustituyéndolo por esquemas inmutables. Y exige, naturalmente, la desaparición o el sometimiento de todo partido obrero o popular que mantenga su independencia de juicio y su libertad de acción.

En Chile se había extendido la idea de que la "vanguardia" del proletariado no estaba integrada única y exclusivamente por el Partido Comunista sino que había cedido espacio a un "pluralismo" que abarcaba, no sólo a socialistas y comunistas, sino que a sectores cada vez más influyentes de las masas cristianas. Tal concepción, que chocaba frontalmente con el criterio clásico del partido único del proletariado, fue seriamente criticada por el PCUS y, más enérgicamente aún, por el PSUA alemán. En las escuelas de cuadros de esos partidos se instió regularmente en la gravedad de tales confusiones y, cosa paradójica a tales centros de enseñanza nuestro partido, ya en la pendiente de sus sumisiones consecutivas, envió a jóvenes socialistas, que no habían alcanzado a formarse políticamente antes del golpe militar, y que en gran número se transformaron en instrumentos orgánicos de los comunistas.

En el Pleno de Agosto de 1977 el Comité Central del Partido Comunista se preocupó largamente del problema y entre los que más categóricamente negaron el papel histórico y la misión revolucionaria del Partido Socialista de Chile estuvo Jorge Inzunza, quien luego de definir al partido "hermano" como una especie de antesala para conseguir el alto honor de llegar al comunismo, terminó diciendo que "es un deber común, pero sobre todo nuestro el disminuir las diferencias que separaron a socialistas y comunistas y que tan grande influencia tuvieron en la derrota de la revolución chilena. Es una condición de la victoria sobre el fascismo que conseguiremos cueste lo que cueste".

Entre esas diferencias que deben hacerse desaparecer están, por supuesto, las críticas a las intervenciones militares de la Unión Soviética, como ha sido el caso de Afganistán, o el apoyo a los deseos de los obreros polacos que, después de treinta y cinco años de gobierno comunista, han exigido su presencia real en las resoluciones nacionales. Silenciar las expresiones de la solidaridad internacional es un objetivo que Inzunza propone lograr "cueste lo que cueste". Señalamos que no es casual el hecho de que sea Inzunza, actualmente, el representante del Partido Comunista Chileno en la dismuida Unidad Popular que funciona en el exilio.

Para llegar a esa meta, se recurrió al expediente de imponer la "expulsión" del propio Secretario General del Partido Socialista en esa época, el camarada Carlos Altamirano, lo que necesariamente equivalía a la división del partido. Subestinando la conciencia revolucionaria de los militantes, tanto del interior como del exilio, la tradición partidaria, la devoción ideológica y el amor por la aguerrida organización socialista, los estrategas de esta división, ubicados fuera de los rangos partidarios, pero utilizando a elementos sumisos beneficiarios de apoyos logísticos masivos, consumaron sus propósitos con manifiesta insolencia. Sirvieron para ello, entre otros, muchos de esos supuestos militantes que habían instruido en sus "escuelas de cuadros" y que no eran, ni son, militantes del socialismo chileno.

Los hechos son más fuertes que las palabras. La sumisión ideológico-política de la fracción stalinista encabezada por Clodomiro Almeyda se manifiesta hoy tristemente por la imposibilidad de sus administradores para pronunciarse con independencia ante los acontecimientos más resaltantes de la política mundial. Ellos no pueden expresar los pensamientos y los sentimientos de los socialistas chilenos porque, al hacerlo, perderían las cuantiosas ayudas sin las cuales no pueden sobrevivir. Lo más que pueden hacer, en ocasiones, es callarse, pero aun eso los hace sospechosos ante los ojos de sus generosos mandantes. Jamás los socialistas chilenos habían constatado tanto impudor político en individuos que aún se atreven a hablar en nombre de ellos. Para un revolucionario, nada es más vergonzante que la obligación de mentir o la necesidad de callar, simplemente por dinero.

## DOS HECHOS Y DOS ACTITUDES

La fatalidad inexorable de la historia ha enfrentado a la fracción almeydista a dos hechos que demuestran cabalmente sus claudicaciones inexcedables. Primero fue la invasión de Afganistán, justificada por la fracción con el cínico argumento de que "el socialismo, a veces, se ve en la obligación de intervenir". Lo que ayer se condenó en los casos de Hungría y de Checoslovaquia, hoy debía aprobarse para mantener la protección de quienes suministran el dinero. Lo que ayer se escribió con la mano, hoy se borra con el codo. Cuando se priva a los pueblos de su derecho a la autodeterminación, no se está construyendo el socialismo sino que se está decretando su esclavitud. El concepto de la "soberanía limitada" es una grosera violación de la teoría revolucionaria. Para el Partido Socialista de Chile éste es un principio intransable.

A fin de demostrar el criterio puramente

geopolítico de las acciones consumadas por la URSS en diversas partes del mundo basta recordar que esa misma potencia ha obligado al Partido Comunista argentino a sostener al gobierno militar del general Videla, en Argentina, y que se ha apresurado, junto con el gobierno de la DDR, a reconocer a la siniestra dictadura boliviana. Fcos hechos tampoco pueden ser comentados o criticados por la fracción, ya que ello le acarrearía sanciones económicas inmediatas.

Después fue el "otoño" polaco que mostró a las masas obreras de ese país alzadas vigorosamente contra la burocracia estatal. ¿Cómo puede explicarse que, después de treinta y cinco años de régimen socialista, se pueda producir semejante estallido? ¿Podríamos honestamente culpar a los elementos infiltrados desde el exterior? ¿Qué socialismo sería aquel que constatará tan masivo repudio por la simple acción de algunos provocadores?.

Los acontecimientos de Polonia son la demostración irrefutable de que el llamado "socialismo real", al excluir a los trabajadores del manejo de la sociedad en su conjunto, lleva a un naufragio económico y político sumamente grave para el destino de la humanidad. Cuando se pretende sustituir a la clase obrera por una burocracia que actúa "en nombre" de la clase obrera, se trastornan las bases mismas de la construcción socialista. Las amenazas foráneas constituyen un recurso desdeñable. La fracción está imposibilitada de cualquier análisis ya que tales amenazas extrañas a los trabajadores polacos provienen, precisamente, de sus benefactores más directos.

Compartimos el sentimiento de vergüenza y humillación de muchos militantes que siguieron, en el primer momento, las orientaciones de la fracción stalinista, y que ahora han podido comprender el abismo de abyección que implicaba la venta del partido, de sus tradiciones y de su programa, a un implacable aparato mundial que trata de ahorrarse a todo el movimiento obreros en moldes inflexibles fundidos en el crisol de una supuesta verdad absoluta.

## DEPLORABLE MIMETISMO TEORICO

Basta leer los documentos emanados de la fracción stalinista para percatarse del "lavado doctrinario" que se le trata de aplicar a los militantes del partido. Sus revistas, por ejemplo "Cuadernos", podrían ser la expresión del Partido Comunista o de cualquier sector de la izquierda chilena, ya que en ellas no se adopta jamás alguna tesis propia de nuestro acervo. Ellos no hablan ya de acontecimientos tan decisivos para nuestra determinación histórica como la revolución socialista del 4 de junio de

1932, ni de elementos formativos tan importantes como los Fundamentos Teóricos del Programa de 1947, ni de acuerdos de nuestros congresos tan básicos como la línea del Frente de Trabajadores. Por el contrario, sin que ningún congreso lo haya así resuelto y por simple decisión de la cúpide, se ha declarado "obsoleta" la línea de Frente de Trabajadores y se la ha sustituido por un concepto moldeable aun no esclarecido, en que la hegemonía de la clase obrera aparece sustituida arbitrariamente por una hegemonía de la Unidad Popular que sería, en el fondo, la hegemonía del Partido Comunista.

Clodomiro Almeyda ha debido llegar consecuentemente, por este camino, a la conclusión de "que las masas explotadas no pueden acceder -al menos en tiempos operables- a la condición de clase para sí, sin la acción educadora y concientizadora de la teoría revolucionaria, traducida luego en organización y dirección formales, lo que sólo puede venir de los partidos, o al menos convertirse en partido..." Lo que él ignora es que las masas saben mucho más de los que creen sus autodesignados conductores y que no aceptan que algunos se atribuyan su representación política sin contar con su apoyo consciente.

En este mismo artículo, publicado en el N.º 1 de la revista "Cuadernos", Almeyda plantea con cinismo singular que se "adecue" la composición partidista en la Unidad Popular y en la política chilena "a la real estructura de la vida socio-política del país, de manera que cada partido con identidad propia, se corresponda con un real espacio social, político e ideológico en la realidad nacional, al que esa fuerza política debe interpretar y cuyo potencial aporte a la lucha popular debe producirse por su intermedio".

Este es el reconocimiento virtual de la pretensión comunista de que sólo ese partido representa a la clase obrera y que los demás, entre ellos el Partido Socialista de Chile, reflejan las necesidades de otros sectores de la sociedad, correspondiéndole a los socialistas las capas medias. Tanto es así que en otro artículo del mismo Almeyda, publicado en el N.º 2 de la señalada revista, sostiene que "nosotros, el Partido Socialista de Chile, nos atribuímos legítimamente un papel fundamental en el concierto de la izquierda chilena, no sólo por nuestra fuerza política e influencia social, sino también porque de hecho somos el lugar geométrico de encuentro de las diversas vertientes que la componen y el núcleo natural de su convergencia...".

El Partido Comunista, por el contrario, es necesario "por su arraigo en la masa obrera y popular, por su firme tradición internacionalista y su innegable fuerza orgánica, política e ideológica..." Se trata de una simple repetición de los acuerdos del Pleno del Comité Central del Partido Comunista del año 1977: los co-

*Conferencia dictada en el Seminario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander (España), en Septiembre de 1980.*

**Jorge Arrate**

En el último tiempo se ha hecho cada vez más aceptada, ya sea como simple sentimiento, como impresión o como conclusión del análisis, la idea que el régimen pinochetista posee una aspiración estratégica muchísimo mayor de la que se le atribuía anteriormente entre los medios políticos opositores. De uno u otro modo el fenómeno de asienta en una base objetiva indesmentible: la constatación que los siete años de dictadura se han convertido, para quienes detentan el poder, en la introducción o simple prólogo de un largo período histórico en que un reducido sector de la población aspira a imponer un proyecto de sociedad, coherente con sus singulares y minoritarios intereses de clase, que rompe radicalmente con las tradiciones políticas y culturales que, por decenios, constituyeron y expresaron parte esencial del modo de ser chileno, el núcleo central de una determinada forma de procesar el conflicto social.

La apreciación anterior no constituyó una parte del diagnóstico general de la izquierda chilena en los años siguientes al golpe militar en gran medida porque dos factores críticos parecieron convertirse en posibles desencadenantes de un proceso más bien rápido de debilitamiento de la dictadura y de su eventual desgaste y reemplazo. Uno de ellos no ha sido la complejísima situación internacional que ha debido enfrentar Pinochet, derivada de la fuerza y omanencia del movimiento de solidaridad internacional con Chile, del aislamiento del gobierno chileno en la Organización de Naciones Unidas y, en general, en la comunidad internacional, y del deteriorado nivel de relaciones entre el gobierno chileno y el de Estados Unidos. La condenación internacional de la dictadura ha tenido, sin embargo, un marcado énfasis político, diplomático y moral. No es este fenómeno responsabilidad del movimiento solidario sino, simplemente, una limitación objetiva.

En efecto, la condena política o ética no ha tenido correspondencia en el plano de las relaciones comerciales, económicas o financieras, de modo que la Junta Militar presidida por Pinochet ha recibido el apoyo generoso del gran capital internacional, disponiendo de un

volumen de créditos como nunca antes disfrutó ningún gobierno en Chile y conquistando nuevos mercados para exportaciones más diversificadas que han alcanzado cifras récord. En el caso de los Estados Unidos las "sanciones económicas" o los intentos de tales han tenido prácticamente un carácter simbólico, en la medida que las reducciones de ayuda y créditos propiciadas al nivel de las fuentes de carácter público han sido mucho más que compensadas por los incrementos crediticios otorgados por instituciones privadas. La solidaridad internacional por la democracia, los derechos humanos, ha tenido su contrapartida en la "solidaridad" de las transnacionales y su lógica de expansión y ganancia.—

La razón principal del hecho anterior es la coherencia del modelo económico aplicado por la dictadura con la necesidad de readequación del sistema capitalista a nivel mundial. Este mismo factor fue insuficientemente considerado en los análisis que tendieron a enfatizar los efectos perniciosos de la política económica dictatorial como otro de los elementos críticos para la perdurabilidad del régimen. El extremo "liberalismo" de ese modelo generó consecuencias de la mayor gravedad en la vida económica y social de Chile, que se mantienen hasta hoy y que no podrán superarse en el marco de la política actual. Sin embargo, ese extremo "liberalismo" no ha constituido una suerte de irracionalidad o de absurdo en el esquema dictatorial, sino precisamente uno de sus principales supuestos de funcionamiento. Mientras en su proyección propiamente internacional el "ultraliberalismo" de Pinochet ha generado, entre otros, los problemas del desempleo crónico a niveles altísimos, del desmantelamiento de parte importante del aparato industrial, del desgaste no subsanado de la infraestructura nacional, en sus efectos externos ha permitido insertar con más funcionalidad capitalista a la economía chilena en el cuadro de las actuales relaciones económicas internacionales. Más allá de la perversidad intrínseca de la política económica en relación con las necesidades inmediatas y básicas de la mayoría de la población, y de su inviabilidad como perspec-

munistas son el partido de la clase obrera y los socialistas un simple "señuelo" para atraer a los más vacilantes, o de menor madurez conceptual, en su calidad de... "lugar geométrico de encuentro", y no de vanguardia revolucionaria de las masas explotadas.

Llama la atención, en los documentos políticos de la fracción, la facilidad con que se mimetizan los conceptos para acomodarlos a las urgencias pragmáticas. Por ejemplo, en el N.º 3 de la misma revista, a través de un estudio muy extenso, se llega a la conclusión de que las dictaduras militares del cono sur ya no son fascistas, o a lo más, como en el caso de Bolivia, se trataría de un fascismo "precario". A este desenlace se llega, no por el encadenamiento lógico de un análisis marxista, sino por el simple hecho de que algunas de estas dictaduras, especialmente la argentina, han establecido relaciones comerciales con la URSS y, por supuesto, es preciso justificar tal intercambio partiendo de la base de que esos gobiernos son "autoritarios", pero no fascistas.

Bien sabemos que, hasta hace muy poco, quien se atreviera a negar la tipificación de las dictaduras militares como fascistas, era calificado de traidor, de ultrista o trotskista. La "ciencia" interpretativa del marxismo parece consistir, para estos elementos, en una aceptación inmediata y entusiasta de las instrucciones impartidas desde arriba, por algún "deux ex machina" desconocido.

Por eso no resulta extraño que en otro artículo, firmado esta vez por "Bolivariano", seudónimo, de un connotable elemento stalinizante, se trate de salir al encuentro de estas naturales observaciones, diciendo que quienes han permanecido leales a la organización partidaria son "retrasados ideológica y políticamente, para los cuales el plantearse en contra de algo constituye su única definición".

Para "Bolivariano", o sea para los stalinistas, el "avance" ideológico parece consistir en la aceptación lisa y llana de las mayores aberraciones imaginables; la madurez política se expresa a través del más absoluto silencio frente a los sucesos de mayor relevancia en el plano mundial; la fidelidad al socialismo consiste en aceptar que la línea de Frente de Trabajadores está obsoleta, pese a que ningún congreso lo haya así resuelto; con franqueza, a quienes se oponen a tan desmesuradas sumisiones ideológicas, se les califica de "retrasados".

La fracción stalinista dirigida por Al-

meyda, al negarse incluso a mencionar los objetivos históricos del partido, cumple con el papel mediatizador de convertir al socialismo chileno en un movimiento aseptico teóricamente, neutro políticamente y transitorio orgánicamente. Todo esto, por supuesto, al servicio de quienes le otorgan un irrestricto apoyo logístico y monetario.

## UN LLAMADO A LA MILITANCIA

Nos vemos en la obligación de señalar que decenas de miles de socialistas que viven en el interior de Chile no comparten las actitudes ni las opiniones de estos tráfuga partidarios y así lo hicieron presente durante las sesiones del XXIV Congreso General recientemente celebrado. La Dirección del partido, radicada mayoritariamente en el interior, tampoco acepta tamañas tergiversaciones.

Han bastado unos pocos meses para dejar en claro que la fracción stalinista es ajena a la concepción que los socialistas chilenos tenemos de nuestro accionar partidario. Si lo que se pretende es aplicar sin restricciones la política de los comunistas, no se ve la razón para que los trabajadores acudan a marchar tras nuestras banderas, ya que les resulta mucho más atractivo incorporarse directamente al Parlamento Comunista. Pero si deseamos conservar nuestra personalidad política y proyectarnos hacia el futuro, sustancialmente en el interior de la patria sojuzgada, es preciso que resguardemos nuestra independencia y conservemos nuestra autonomía, lo que ha sido siempre una característica partidaria.

Cumpliendo los acuerdos de nuestro reciente XXIV Congreso General, que contó con la presencia de los militantes elegidos por las bases del interior y del exilio, haremos todo lo necesario para reagrupar a los socialistas dispersos y superar las diferencias que nos separan de algunos sectores escindidos. Pero este esfuerzo no nos conducirá jamás a la sumisión ideológica y a la falsificación política. Los dirigentes de la fracción stalinista, muchos de los cuales, por lo demás, no pueden considerarse realmente socialistas, son los que se han marginado de la convergencia buscada. Para todos los demás, nuestra mano está extendida con franqueza.

*Secretaría Ideológica del  
Partido Socialista de Chile  
(Interior - Exterior)  
Enero de 1981*



tiva de desarrollo a largo plazo, dicha política no se caracterizó ni parece caracterizarse por llevar implícitos gémenes cataclísmicos que pudieran haber hecho previsible o hacer hoy día previsible un colapso súbito. Ella ha sido, en realidad, la motivación básica de la dictadura y, por lo tanto no debe sorprender la tenacidad con que se persiste hoy crearle, minimizando al máximo los riesgos, una contrapartida institucional que garantice la supervivencia de sus bases esenciales por sobre los cambios, en todo caso marginales, que podrían producirse en el nivel de la superestructura política y jurídica.

Mientras la izquierda no percibió o se negó inconscientemente a percibir el respiro histórico burgués del proyecto de Pinochet, mientras elementos reales y objetivos dieron lugar a valoraciones exageradas de la debilidad dictatorial en aspectos o coyunturas críticas, le fue posible posponer el hacer cuentas consigo misma. El afinamiento de sus propios análisis, la presentación desvergonzada de los objetivos reales de Pinochet, la difusión de la conciencia de sus incapacidades estructurales como izquierda para hacer del conjunto, y no sólo de uno o de algunos factores críticos, las bases que permitieran el despegue vigoroso de un movimiento de masas con perspectiva triunfadora, han hecho que, finalmente, exista una práctica unanimidad en reconocer la situación de la izquierda chilena como una situación de crisis.

2. La expresión más patente de la crisis de la izquierda es, sin duda, su falta de proyección como fuerza política efectiva en el escenario nacional. La izquierda está presente, existe, es parte de la realidad de Chile y quien quiera se plantee una proyección política a futuro debe considerarla como factor inevitable del cuadro general. Esa presencia, sin embargo, carece hoy de perfil, se manifiesta principalmente como una potencialidad y no como una fuerza efectiva capaz de incidir decisivamente en el cambio de la situación.

Más específicamente, la crisis se expresa en una asincronía entre la situación del Chile actual y el "modelo" de organización y funcionamiento de la izquierda. La izquierda chilena es una prolongación de su propio pasado, fructífero, unitario, glorioso a veces, pero pasado al fin; pasado que es factor esencial de su futuro pero que no puede por sí solo convertirse en el pilar básico de él. Mientras la sociedad chilena ha atravesado en la década recién terminada un período tumultuoso y, por muchos conceptos, traumático, las fuerzas de izquierda no han sido aún capaces de reflejar su propia visión crítica de la etapa transcurrida, de asumir plenamente la experiencia social nacional, y de expresar ese reflejo y esa asunción en un nuevo modelo de estructurarse, de definirse y de luchar.

No hay soluciones taumatúrgicas para el drama chileno. No es, no obstante, exagerado

sostener que una redefinición de la izquierda en sus diversos planos es hoy una necesidad inaplazable, tanto para elevar la capacidad propia en la lucha antidictatorial, como para evitar que el futuro coloque a las fuerzas de izquierda y en general, a aquellas antidictatoriales, en situaciones de grave desvarío político en que, durante largos años, la opción mejor sea siempre la del "mal menor" que ofrece menos represión, pero ofrece represión, que concede algo más de democracia, pero nunca llega a aceptar una real y plena democracia. Tal redefinición constituye no un ejercicio en teoría sino un instrumento básico de lucha que identifique los motores de la acción que se propone, los objetivos claros y concretos que se persiguen en el período próximo y las grandes líneas —sujetas a permanente confrontación y enriquecimiento a través de una práctica de lucha— de la forma de organización social que se presenta, como gran aspiración nacional, a todo el pueblo.

Levantar los propios perfiles, hacerlos evidentes y convertirlos en fuerza concreta en la lucha actual no se contraponen —como a veces pareciera creerse— con una política unitaria más amplia que se exprese en la ejecución común de acciones de lucha antidictatorial. La ambigüedad en los planteamientos definitorios del quehacer político propia crea, por el contrario, un clima desfavorable a la generación de acuerdos con otras fuerzas que desconocen con claridad las coincidencias y discrepancias que forman, ambas, la base de entendimientos claros y honestamente respetados. Por otra parte, hacer de nuestro perfil estratégico, del necesario e irrenunciable contenido socialista de nuestro proyecto histórico un factor de división y de sectarización de tareas comunes antidictatoriales, constituiría un grave error. Significaría, en el hecho, renunciar a "hacer política", profetizar el acontecer victorioso de décadas venideras, pero ser incapaces de transitar hacia ellas ejerciendo una acción transformadora que permita que, conseguido el fin, su consecución sea realmente atribuible a dicha acción y no simplemente a los efectos de las fuerzas que en el universo de las estructuras económicas definen un necesario desarrollo crítico de las firmas de organización capitalista en países como el nuestro. Se trata de incidir en el mundo real en la dirección del socialismo, no de esperar el socialismo mientras se sostiene verbalmente su inevitabilidad.

La izquierda chilena, no obstante sus diferencias internas, ha conseguido tras estos años mantener una unidad básica. Es este un hecho excepcional y valioso. Generalmente la derrota divide, ya sea por la diversidad de puntos de vista sobre su interpretación, ya sea por la atribución recíproca de responsabilidades, ya por la separación que establece la realidad del exilio entre aquellos que luchan en el frente principal del interior y aquellos que lo hacen

desde fuera; en fin, por la diversidad de experiencias, antes desconocidas como vivencia, y que el propio exilio propone a sus diversos componentes. La derrota incentiva y seguirá incentivando, como uno de sus efectos más perversivos, tendencias, siempre geminales en todo movimiento revolucionario, a dejarse llevar por un pragmatismo destinado a marcar sólo aquello que resulta viable en un alarzo supuestamente fijo, supuestamente ajeno a la acción política transformadora, o a emprender el sendero de una lucha preñada de voluntarismo que tiende a desconocer todo marco objetivo de referencia suponiendo que es posible o prescindir de él o modificarlo según convenga.

La tarea es, pues, un gran desafío: elevarse, en condiciones como las difíciles de hoy, a la categoría de fuerza política protagonista y, a la vez, no excluyente, asumir como propio el trauma de Chile como nación y redefinirse en función de los fenómenos de hoy, expresarse con lenguaje y contenidos renovados en un proyecto transformador de convocatoria nacional, constituyendo tres aspectos estrechamente vinculados de una plataforma de trabajo común que permita superar la crisis. Y, además, hacerlo mientras se lucha, a través de la lucha, en un proceso que no es meditación de laboratorio pero tampoco es puro pragmatismo. Es decir, reconstruir en un quehacer común que sea capaz de asumir el debate sobre las perspectivas y sobre el mañana sin por ello renunciar a la acción del presente y a su contenido fielmente transformador.

3. El período transcurrido entre 1970 y 1973 constituyó la culminación de décadas de lucha del movimiento popular, el momento en que trascendió en plenitud todo su inmenso potencial político pero en que, también se expresaron todas sus insuficiencias, sus limitaciones y desequilibrios. 1973 puso término a una fase histórica de la izquierda chilena y marcó el inicio de una nueva que estamos hoy viviendo. Sin embargo, resulta insuficiente lo que, a pesar de vivir una etapa diversa marcada por signos diferenciadores muy nítidos, se ha modificado la institucionalidad de la izquierda, es decir, su cuadro de partidos, el marco y protocolo de la relación entre ellos, la vida interna y las aspiraciones de vida interna de ellos mismos; la relación que intentan con quienes no pertenecen al partido, con las organizaciones sociales, en fin, con la masa.

Los seis años siguientes al golpe transcurrieron entre el tenaz empeño común de reconstrucción orgánica en Chile y los esfuerzos de inserción en las diversas microcrisis del régimen dictatorial. En el exterior, se despliega una sistemática actividad de desarrollo y de sostén de la solidaridad internacional. En el plano político la izquierda sigue siendo esencialmente la misma, como si el quiebre histórico, cataclísmico hubiera sido tal para la sociedad en su

conjunto pero no para el mundo propio de nuestros partidos. Es así como en el plano de la interpretación política de nuestra pasada experiencia, los seis años siguientes a los tres de gobierno parecieran ser para algunos una simple continuación y no una ruptura. El conservantismo interpretativo de los primeros años se ve acentuado por la política explícita, que todos o casi todos los partidos compartieron, de limitar los espacios de debate propiamente político al interior de sus filas, cercar la discusión sobre el pasado o intentar interpretaciones oficiales o semificiales elaboradas por direcciones o dirigentes, que fueron entregadas a la base más bien para su difusión que para su procesamiento crítico. La perspectiva frente a lo ocurrido sigue, en lo básico, siendo muy semejante a la preexistente de modo que, desde el punto de vista de la conciencia de sí misma, los años posteriores al golpe militar parecieran ser, para la izquierda, partes de un mismo período que los tres anteriores a ellos y las expresiones de análisis político semejan una proyección casi lineal de los esquemas de pensamiento predominantes durante el gobierno popular. De este modo el producto autocrítico ha sido, en general, justificatorio, muchas veces libresco, sin representar ni con mucho una ruptura intelectual y política del mundo anterior de la izquierda equivalente a la ruptura intelectual y política que ha despedazado el mundo anterior de la sociedad chilena en su conjunto asentándolo sobre otras bases.

Es legítimo preguntarse: ¿pudo o debió ser de otra manera?. El golpe militar con su singular brutalidad y carga de venganza diezmó los cuadros de los partidos de izquierda. Una parte importante de ellos se vio forzada a emprender el camino del destierro. En la primera etapa los núcleos subsistentes de los partidos debieron cerrar filas, clandestinizarse estrictamente, reconstruir en condiciones extremadamente difíciles. Aunque la represión haya sido menos masiva e indiscriminada en los últimos años y se hayan ganado para las fuerzas democráticas ciertos espacios de libertad, progresó en cambio en tecnificación y en capacidad de golpear en los centros vitales de las organizaciones populares. El poder inmenso de un Estado autoritario, monopolista de las armas, la difusión de ideas y recursos materiales, era antes desconocido para las organizaciones políticas y sociales chilenas desarrolladas en el seno de la república democrática liberal, con un parlamento que era el corazón de la actividad política y con un Estado de derecho en funcionamiento.

En el exterior, donde las condiciones permitían un desarrollo diferente, la izquierda institucionalizada se esforzó básicamente por mantener la unidad, por impedir su resquebrajamiento, por evitar la pendiente de las críticas recíprocas poco asentadas en la reflexión y sí, en cambio, en la pasión o emotividad pro-

ducidas por la derrota. Durante un lustro las organizaciones políticas de la izquierda funcionaron con un exagerado verticalismo, las viejas direcciones permanecieron, las prácticas, estilos, lenguajes, los moldes de la discrepancia y del acuerdo parecieron perpetuarse en la institucionalidad política existente, menos sólida por supuesto en su ligazón con la base que le había dado vigencia, legitimidad y fuerza, aunque más consolidada ahora en sus vinculaciones internacionales. ¿Si se hubiera seguido una política menos rígida, habría la izquierda resistido un debate en última instancia, del concepto de unidad que una organización haya sido capaz de desarrollar. El de la izquierda chilena era lo suficientemente rígido, sacramental y, a veces, formal, como para que el debate requerido hubiera posiblemente, puesto en jaque esa unidad. Dicho concepto está aún presente y, como señalaré más adelante, es una de las tareas actuales reformularlo y superarlo.

Todos aceptan hoy la responsabilidad de contribuir a robustecer la izquierda. La primera demostración de fortaleza de la izquierda debe expresarse en su capacidad de establecer un marco común aceptable para sostener, dentro de él, el proceso de revisión de sí misma. La crisis surge de circunstancias objetivas, no de voluntades personales caprichosas. Los procesos de división, escisión o trizadura en el seno de los partidos existentes no constituyen causas de la crisis, sino que son su efecto, sin perjuicio, por cierto, de una evidente interacción. La crisis, al mismo tiempo que destruye tejidos crea otros nuevos o abre, al menos, las perspectivas de su creación. Diversas iniciativas concretas, en Chile y fuera de Chile, constituyen una demostración. No es este un hecho sorprendente. El proceso crítico de la izquierda no es lineal, cerrado, preciso, con un curso que pueda diseñarse previamente. Por el contrario, es un proceso abierto, cuyo resultado final no puede ser predeterminado ni menos aún profetizado hoy. La variedad de cauces existentes para la reconstrucción así lo demuestra y lo reafirma el entrecruzamiento de iniciativas y propuestas a los niveles direccionales y de base de diversas organizaciones políticas.

La crisis no plantea, pues, la destrucción de la izquierda como tal. Plantea su reconstrucción, su recomposición. En este sentido, la crisis se expresa en los vacíos, insuficiencias y ambigüedades del pensamiento y acción política de la izquierda, y en la maduración de cambios en las percepciones políticas producidos en los últimos años. No es, en consecuencia, una "crisis de crecimiento", una suerte de fenómeno casi natural en un movimiento cuyo desarrollo de masas adquiere, después de un largo período de reflujo, un nuevo dinamismo. El problema no es adjetivo. Definir la crisis de la izquierda como crisis de crecimiento significa desconocer su real naturaleza y hacer caso omiso del cuestionamiento de estilos, métodos y contenidos y considerarlos, por el

contrario, factores positivos del crecimiento que se señala como marco principal. No habría, pues, mucho que corregir o cambiar en el seno de la izquierda. La definición de la crisis como de crecimiento lleva implícito el ánimo de reconocer el carácter de crisis de ideas y de acción y de atribuirle una magnitud limitada, puramente coyuntural.

Percebo el fenómeno como muchísimo más vasto. La actual crisis de la izquierda debe ser entendida como un proceso que abarca los planos orgánicos e ideal y que afecta al conjunto de las organizaciones que la integran. Es este conjunto, como tal, el responsable de superarla.

4. ¿Cuál es el objeto de la crisis? Es posible identificar dos elementos básicos: una determinada forma de concebir la lucha política revolucionaria como quehacer global y la forma de organizar la energía política existente y potencial. Ello no significa que el conjunto de la izquierda haya llegado ya a la convicción que los dos elementos señalados deben ser reformulados. La crisis no se produce porque esta constatación sea un hecho unánime —que está lejos aún de serlo— sino, precisamente, porque el conjunto del cuerpo político de la izquierda es atravesado por un contraste, una contradicción, una diferencia, que se expresa en una tendencia a la conversación y una tendencia a la renovación de los contenidos y formas consagradas que constituyeron por largo tiempo la solución aceptada a las dos problemáticas que señalo. No es posible entrar en estas páginas en una rigurosa revisión de lo que estas dos posturas diversas significan con respecto a múltiples factores definitorios. No constituyen ellas, por otra parte, tendencias más o menos orgánicas, precisas, con relieves absolutamente perceptibles. Son, por el contrario, expresiones difusas no siempre fáciles de configurar.

Dos elementos básicos pudieran identificarse, a manera de hipótesis de trabajo, como los grandes discriminantes entre conservación y renovación en la izquierda. El primero, el análisis de la cuestión del Estado, el segundo la vinculación entre democracia y socialismo.

Ambos están, obviamente, relacionados entre sí y profundamente enraizados, como nos los problemáticos, con la experiencia propia del movimiento popular chileno. No en vano el proyecto allendista planteó a la izquierda el desafío de trabajar con una percepción del Estado burgués liberal y también el desafío de hacer práctica una determinada concepción de la vinculación concreta entre democracia y socialismo. La opinión que se tenga sobre las insuficiencias y errores cometidos durante la experiencia allendista —algunos de ellos específicamente en relación a los dos temas señalados— no puede anular el reconocimiento de su originalidad y el valor inmenso que representó como tentativa específica de plantearse la lucha por el socialismo y su construcción.

Es decir, la temática de hoy no es nueva, pues estuvo generalmente implícita en el curso de nuestra historia como movimiento político y social. Por lo demás, ambos temas han estado, en último término, siempre presentes en los debates del movimiento obrero, en cada experiencia revolucionaria y son hasta hoy parte del núcleo de problemas teóricos que se han planteado los más destacados pensadores de inspiración marxista. Lo particular en la actualidad no son los temas en sí mismos sino el momento y circunstancias en que surgen ante nosotros. Ellos constituyen, por una parte, el meollo del debate que recorre hoy día a todo el movimiento obrero, a comunistas, socialistas y demás tendencias de la izquierda en el mundo. La discusión ha adquirido relevancia particular en momentos en que, con diversos significados, se habla de una crisis del marxismo. Más allá de la aceptación o rechazo de este concepto resulta innegable hoy día reconocer que las materializaciones prácticas de los marxistas plantean problemas no resueltos, serios flancos críticos que día a día se expresan con indelible evidencia. Aparte del significado lacertante que tuvo para la vertiente comunista del movimiento obrero, desarrolla en toda su primera etapa sobre la base del monolitismo, la ruptura chino-soviética ha sido solo una de las varias expresiones serias de disidencia. El surgimiento de tendencias autonomistas, más allá de la Yugoslavia de Tito, explicitadas en 1957 por Togliatti, fue madurando en el fenómeno denominado "eurocomunismo". Por otra parte, el momento actual presenta al interior de diversos países del "socialismo real" de Europa del Este aristas críticas de magnitud tal que, una vez más, plantean con fuerza los problemas de la democracia socialista, de la participación, de la libertad.

Por lo que respecta a nuestra situación particular la derrota de proyección histórica de Septiembre de 1973 ha, naturalmente, condicionado de manera decisiva los debates y desarrollos internos. En general, en la izquierda hemos tendido a elaborar explicaciones del fracaso final y de los comportamientos políticos que inmediatamente lo precedieron. No ha habido esfuerzo de igual magnitud para explicar cómo y por qué triunfamos en 1970, como y por qué la experiencia revolucionaria de Allende, aún en el marco institucional rígido que le fue dado, logró desarrollarse intensamente durante tres años. El énfasis en el primer problema ha reforzado, al asociar la vía allendista al socialismo con la derrota final y dejar en un segundo plano la victoria de 1970 y las perspectivas que ella abrió, las tendencias interpretativas más conservadoras que tienden a buscar refugio explicativo en las categorías marxista-leninistas en su formulación más clásica y difundida, elaborada y codificada durante el período stalinista y, sin grandes revisiones, sostenida hasta hoy día por la dogmática oficial.

La derrota, para quienes se ubican en este ángulo, se produce, en lo básico, por no haber sido la izquierda "suficientemente leninista". Por cierto, sonaría a absoluta herejía sostener que la victoria podría atribuirse a igual razón y, sin embargo, es una hipótesis que, en lo sustantivo, valdría la pena examinar. Esta vertiente interpretativa, que no es atribuible en forma exclusiva a un partido determinado, tiende a enfatizar en el proceso reconstructor los elementos centralizadores, el concepto de "conducción única", la idea de "homogeneidad". El énfasis en el análisis del Estado sigue siendo en los aspectos que recoge su definición más clásica, es decir en su carácter coercitivo. La vinculación entre democracia y socialismo no es percibida como una temática central en la medida en que democracia es identificada con aquella preexistente al triunfo de Allende y se otorga a su expresión jurídico-institucional el rol de limitante decisivo en el accionar político del gobierno entre 1970 y 1973. La vida, sin embargo, plantea una problemática diversa cuando se percibe que necesariamente el terreno de la democracia es en Chile aquel que permite batirse con mayor legitimidad y perspectivas de éxito, por mencionar tan sólo aspectos que pudiéramos denominar "tácticos", y que en la última década la "democracia" adquiere en el conjunto de América Latina una connotación claramente subversiva. La temática democracia-socialismo obliga, pues, a nuevas reflexiones y no puede lisa y llanamente agotarse en la afirmación voluntariosa pero poco útil que "el socialismo es la máxima expresión de la democracia".

En el plano de la organización de la energía política es ejemplar de la óptica a que me refiero una de las versiones del llamado "Bloque por el Socialismo" que recientemente ha sido propuesto como línea estratégica de reconstrucción de la izquierda:

"La concepción política clave que subyace en este proyecto de reconstrucción de la izquierda es la de que cada uno de sus componentes orgánicos aporta al conjunto del movimiento popular un valor específico representativo de un auténtico espacio social e ideológico en el espectro político de la izquierda chilena. Un aporte que no puede reemplazarse... Un aporte específico que no es antagónico, sino complementario al de los otros componentes..."

Y se agrega:

"Pensamos que la palabra Bloque, para caracterizar este nuevo estadio en el desarrollo unitario de la izquierda, es el más adecuado, por cuanto de la idea de un cuerpo compacto, con su fisonomía única de conjunto, sin perjuicio de connotar también la idea de que ese conjunto esté compuesto de partes con identidad propia y espacio específico y cuyo ajuste y ensamble y complemento recíproco, es condición para la constitución del

### Bloque como conjunto". (1)

La propuesta, pues, se basa en el entendimiento del cuadro político de la izquierda como un cuadro de partidos con espacios específicos, social e ideológicamente "especializados". Los espacios no se yuxtaponen y las diversas partes ensamblan a la perfección. Ello hace posible "La idea de un cuerpo compacto". La proposición no recoge la riqueza de los fenómenos sociales, políticos e ideales que vivimos. Su carácter escolástico, de pretensión ordenadora, da nacimiento a un cuerpo de apariencia rígida cuyas posibles contradicciones internas no se señala cómo se resuelven o, más simplemente, parecen darse por eliminadas sobre la base de la atribución de "espacios específicos" a las diversas fuerzas. Sin perjuicio del valor de algunos de los elementos planteados, es preciso señalar que una tentativa de reconstrucción para que sea exitosa requiere reconocer que no existe en la izquierda chilena la posibilidad de establecer una relación lineal absoluta entre representación de clase, perfil ideológico, propuesta social y espacio político. La izquierda chilena debe hoy, por el contrario, reconocer que ello no es un modelo posible ni deseable, y que la riqueza del camino al socialismo y de su desarrollo permite, precisamente, ofrecer ángulos, perspectivas, propuestas que no son idénticas y que, sin embargo, pueden situarse en el plano unitario que requiere nuestra lucha. El Bloque por el Socialismo, en la versión específica a que me refiero, se plantea una forma de "unidad unánime", similar a la que ha conducido a la Unidad Popular a una casi paralización. Esta concepción, en vez de contribuir a una unidad dinámica en su diversidad interna, potente por su carácter creador, asentada en la realidad, pudiera eventualmente conducir, como conducen en general las concepciones de textura monolista a la división.

Necesariamente simplificando, es posible perfilar una tendencia de óptica diversa a la anterior, que recoge como elemento central en la derrota popular el insuficiente reconocimiento de las características del Estado chileno. La misma tendencia rescata, más allá de los errores cometidos en la situación específica entre 1970 y 1973, la democracia y el socialismo como un par indisoluble que se tuvo presente en la experiencia de la Unidad Popular no por un capricho tautocástico sino porque constituía una demanda indivisible de parte significativa del pueblo, que poseía, además, una capacidad convocatoria que iba social, políticamente más allá de los márgenes de la Unidad Popular. En el plano teórico esta óptica posee el antecedente indiscutible de una corriente autóctona de pensamiento político, cuya figura más destacada fue Eugenio González, que

se planteó con décadas de anticipación muchísimos de los temas que están hoy en el centro del debate del movimiento obrero internacional.

En fin, es en este marco aproximado en el que se debaten problemas más específicos tales como la cuestión militar y su significado en la lucha por la democracia y en su consolidación, como el contenido de los conceptos de hegemonía y de pluralismo en el proyecto socialista, el nuevo rol de la Iglesia en América Latina y el de los cristianos como factor y como potencial revolucionario, el tema de las alianzas políticas y las formas de lucha en las diversas etapas. No hay ni puede haber en un proceso de reconstrucción una asociación absoluta, completa, entre las ópticas con que se observen los diversos temas. Por ello es quizás preciso decir que, aparte de constituir la anterior una visión puramente personal, ella incurre, sin duda, en inevitables simplificaciones.

5. La reconstrucción de un amplio y poderoso movimiento de izquierda es una condición indispensable para el derrocamiento de la dictadura en Chile. La tarea es, al mismo tiempo, un proceso que, como más de uno ha expresado, no se agota en ejercicios de cúpula política. Tan solo como una contribución, que no pretende ser definitiva, a ese proceso de discusión y acción, planteo las siguientes ideas.

1) La reconstrucción de la izquierda chilena comprende los planos teóricos y orgánico. Una izquierda reconstruida deberá expresarse en una superación y enriquecimiento de sus categorías de análisis, y en una forma renovada de articular su fuerza para la acción.

2) La reconstrucción es una tarea a la vez teórica y práctica. Si no se va materializando en convergencias de acción se convierte en un puro ejercicio intelectual. Si se limita a una práctica de lucha, sin que ella se inspire en una común reflexión y en una evaluación compartida, se corren los riesgos del tautocismo y del pragmatismo.

3) El proceso de reconstrucción es posible de llevar adelante como parte de la lucha concreta. Es más, no habrá reconstrucción válida si ella no se alimenta de esa práctica. Los esfuerzos reconstructores pueden y deben, en consecuencia, ser una palanca de movilización.

4) Ello es posible si la izquierda es capaz de preservar una unidad básica en cuyo marco se promueva y desarrolle un debate muy amplio, no excluyente, democrático, orientado a generar ideas comunes concretas que vayan conformando una alternativa histórica para nuestro pueblo en torno a las ideas vinculadas de democracia y socialismo.

5) La reconstrucción requiere de una revisión más profunda, propiamente de una re-

visión, de la idea de unidad que ha servido de base hasta hora a la izquierda chilena. El concepto de unidad empleado peca, a nuestro juicio, de un extremo formalismo, limita la interacción posible, lógica y beneficiosa entre los partidos integrantes de conglomerado, rigidiza innecesariamente las relaciones en la base, especialmente en condiciones como las actuales en que el vínculo entre partidos y masa está debilitado y operan nuevas formas de intermediación a través de diversas organizaciones que actúan con bastante autonomía o que surgen al calor de aspiraciones, demandas o inquietudes populares que tienden a organizarse espontáneamente.

6) Es preciso también reconsiderar la definición sobre los pilares básicos de la unidad. En el caso de Chile más de dos décadas de unidad socialista-comunista dieron un sello característico al movimiento popular y consiguieron conducir a importantes victorias. La mantención de esa unidad como un "eje" central no recoge hoy día, sin embargo, nuevos fenómenos de la mayor importancia. No se trata de destruir lo logrado en común y ejemplar esfuerzo por las dos vertientes clásicas que han expresado las aspiraciones de una parte muy mayoritaria de los trabajadores chilenos, sino de renunciar a sostenerla como eje dominante exclusivo y excluyente. El problema planteado hoy día por el desarrollo, en el

conjunto de América Latina y también en Chile, de un vasto y creciente contingente cristiano que se bate por el cambio social, no se agota en el reconocimiento de su importancia o en expresar que tiene un carácter "insustituible". Lo primero es, a estas alturas, un lugar común político. Lo segundo es obvio. De lo que se trata es de renovar y enriquecer la capacidad de convocatoria popular reconociendo explícitamente que es la unidad de las corrientes socialistas, comunista y cristiana de avanzada la que constituye hoy por el pilar de nuestra fuerza, y que dicha unidad se puede reconstruir y fortalecer reconociendo que las tres vertientes poseen iguales derechos en la lucha de hoy y en el quehacer político de mañana, y que los tendrán en el Estado socialista que se proponga como objetivo último. Aceptar como idea y construir en la práctica esta forma de hegemonía compartida, pluralista y democrática, constituye el principal desafío que se nos abre hoy. Superarlo y concretarlo sería una singular contribución a generar nuevas posibilidades de reactivar, sin excluir medio alguno, la lucha por la democracia y por un proyecto socialista que haga de su carácter profundamente libertario una fuerza interna capaz de contribuir a una dialéctica social más rica en los planos tanto material como espiritual.



## REFLEXIONES PARA AUNAR CRITERIOS

Queridos camaradas:

La izquierda chilena y el pueblo de Chile, se han visto conmovidos en el último tiempo por una serie de acontecimientos que es necesario analizar y respecto de los cuales estimamos oportuno entregar algunas orientaciones básicas.

Desde luego está en la mente de todos el discurso que hace un mes y medio aproximadamente, pronunciara en Estocolmo el Secretario General del Partido Comunista, C. Luis Corvalán, acerca del momento que vive Chile y del ritmo que debiera asumir la resistencia.

De mayor importancia aún, ha sido el intento que realizara la Dirección de la Unidad Popular en Chile, en la búsqueda de la unidad de la izquierda, planteando la incorporación del Partido Socialista a ella en todos sus niveles, de los cuales aparece torpemente desplazado por la negativa sistemática y tozuda del grupo que lideriza Clodomiro Almeyda, secundado por el silencio o la abstención del P.C. Chileno. Esta situación ha tenido un duro epílogo para el pueblo de Chile tras la carta insólita que este dirigente enviara hace sólo unos días a la Izquierda Cristiana, al Mapu y al Mapu O.C. y en la cual no sólo atacara categóricamente nuestra incorporación a la U.P. — a la cual pertenecemos por pleno derecho — sino que, además, cuestionara gravemente el sentido y la oportunidad de la Convergencia Socialista.

Sobre estas cuestiones y el momento que hoy vive nuestra Patria, versan las reflexiones siguientes, motivadas en la necesidad de aunar criterios, informar a los socialistas y recoger de manera adecuada nuestras propias experiencias y las que nos ha entregado recientemente la Comisión Política y el Secretario General del Partido desde el interior.

Ya en el Congreso de España del Partido Socialista de Chile, en el informe que me correspondiera rendir (Mayo de 1980) decíamos que "tenemos la impresión de que recién el pueblo de Chile comienza a salir de su letargo de casi seis años, bien motivado y justificado en una represión que no ha conocido parangón en su historia. Hay razones objetivas y subjetivas que lo avalan.

"Desde luego —agregábamos— es evidente que las condiciones de miseria a que está sometida la inmensa mayoría de los chilenos, con su ingreso medio insuficiente para subsistir y una cesantía que rompe todos los récords, constituyen una razón más que poderosa para impulsar la lucha contra el sistema que los produce; pero además existe un factor anímico nuevo capaz de producir la movilización. Seis años con un largo período que no sólo erosio-

na al que sufre las penurias de la explotación, sino también al que las causa. La lucha soterrada en el interior en el plano económico, más abierta contra la violación sistemática de los derechos humanos y la carencia absoluta de diálogo y participación; la incorporación a esta lucha de sectores de las capas medias e incluso de la burguesía —más protegidos para alzarse, comienzan a abrir pequeñas áreas de libertad. El sistema mismo, en su afán de pervivir, requiere también hacer pequeñas concesiones y estas concesiones traen a su vez aparejadas una mayor motivación del pueblo en su lucha, una mayor protección: se empieza a perder el temor y eso es lo que está ocurriendo hoy."

El año que ha corrido desde entonces ha sido una ratificación de nuestro aserto. La Dictadura en su afán de estabilizarse y lograr la institucionalización del modelo, ha debido abrirse en determinados momentos, como lo fue la época previa al plebiscito constitucional, permitiendo que el impulso de la masa se expresara incluso en las calles, o en las manifestaciones de rebeldía estudiantil frente a la degradación de las Universidades, o en las expresiones de protesta sindical, cada vez más aglutinantes y con valor decisivo.

Como lo decíamos entonces, es un fenómeno natural y un desencadenamiento lógico de los hechos, en que se confunde y se interaccionan las inquietudes del pueblo con las necesidades de estabilización de la dictadura, pero que requiere sobre todo de consecuencia y conducción de los partidos políticos.

Esta conducción y consecuencia la que aparece como el mayor fallo de las formaciones políticas de la izquierda chilena.

Teóricamente aglutinadas en la Unidad Popular, la verdad es que no han sabido ser consecuentes con sus propósitos y por ello mismo, incapaces de dar dirección. La lucha contra la dictadura de Pinochet, sigue siendo lamentablemente un movimiento espontáneo, que no pasa por las direcciones políticas de los partidos, salvo tangencialmente.

Decíamos en Mayo de 1980 que "estos seis años de Dictadura han cambiado casi la totalidad de la estructura económica y social, generando un marco absolutamente distinto de relaciones políticas, ideológicas y culturales respecto del conocido históricamente en el país". Lo único que no ha cambiado, es la concepción estratégica básica de algunos Partidos integrantes de la Unidad Popular.

El desplazamiento de clases sociales, la aparición de fenómenos nuevos en nuestro espectro, la generación de una capa media cada día más pauperizada, el casi millón de cesantes potencialmente revolucionarios o potencialmente reservas de una política paternalista reaccionaria, el surgimiento de una capa burguesa que alienta un proyecto real de largo alcance, al lado de la formación de ingentes sec-



tores de la población, cuyo origen cristiano e inclinación francamente socialista, se hacen presentes en el escenario de las luchas, o la toma de conciencia de la propia Democracia Cristiana de que se está frente a un proyecto fascista en el que no puede participar, el intento cada día más expansivo y serio de aglutinamiento de las distintas vertientes socialistas, parecen apenas rozar la epidemia de algunos.

En mayo de 1980 ya estábamos de acuerdo con Luis Corvalán, Sec. Gral. del Partido Comunista, cuando manifiesta recientemente en Estocolmo que hay una nueva disposición de combate de las masas" que ha "quedado de relieve en la lucha contra el plebiscito". Pero si dijéramos en su apreciación acerca de que también haya "quedado de manifiesto el avance logrado en el entendimiento unitario, sobre todo en la base social."

La verdad es que el ánimo demostrado por las masas en esas jornadas ha sido torpemente frustrado por el sectarismo, por el deseo de la pequeña ganancia de los sectores políticos de la propia izquierda, por las contradicciones que ellas mismas mostraron en el momento en que la movilización se desarrollaba, por la utilización en beneficio partidario y no como el inicio de un movimiento unitario de todo el pueblo destinado a aglutinar sectores democráticos y progresistas en beneficio de un proyecto común de sustitución a la dictadura. Los discutibles llamados del propio Luis Corvalán en radio Moscú, en la época, más dejaron la sensación de un intento de apropiarse de un movimiento que era de todos, que de un deseo de impulsar la lucha unitaria y —por qué no decirlo— en nuestra opinión, no llevaron agua al molino de quienes se jugaban en la calle por impulsar una apertura democrática, precisamente.

Ese mismo ánimo, fundamental en todo proceso de cambios, expresado en la rebeldía sindical o estudiantil también se ve frustrado en su versión política al interior de la Unidad Popular desde que el grupo que lideriza Clodomiro Almeyda desde la República Democrática Alemana intenta bloquear la reconstitución de la izquierda, bajo el pretexto de asumir una representatividad socialista legal que no tiene como si ese bloque fuera de alguna ayuda para las luchas del pueblo chileno. Y va más lejos en su intento, porque no sólo se trata de bloquear la participación del Partido Socialista en la U.P. y en la discusión a su interior del verdadero carácter que ésta debiera tener, sino más bien apunta a impedir la convergencia de todos los socialistas que bajo distintos signos y orígenes, comienzan a formular un proyecto alternativo. La actitud de claro dogmatismo, de exclusión y de agresividad incluso, en contra del Partido Socialista por parte de Almeyda, se ve en los hechos siempre apoyada por el P. Comunista, de forma tal que aparece como una sola política.

¿De qué se trata? ¿Es que la convergencia de los socialistas, provengan éstos del viejo tronco partidario, como nosotros y muchos miles que participan en distintas formaciones o que están al margen de toda organización, o provengan de los distintos movimientos cristianos o de origen cristiano, como la I.C. el Mapu, el Mapu O.C., carece de sustancia y no constituye un serio avance en la unidad del más importante sector de la izquierda chilena? ¿O es que es un obstáculo para quienes desean una izquierda monocolor y dogmática?

Nos quedamos con esta última interpretación. La carta que Almeyda dirigiera a la Izquierda Cristiana, al Mapu, y al Mapu O.C. en estos días nos ratifica en esta afirmación. Su duro e impertinente llamado de atención a estos Partidos por el intento de establecer un diálogo y un punto de encuentro de los socialistas para aglutinar fuerzas en la lucha contra la dictadura, dentro de la Unidad Popular, refleja temor a ese diálogo, desconfianza y pocos deseos de que los socialistas se unan y expresen una alternativa coherente; y el más firme propósito, en cambio, de expresar y tender hacia un proyecto de unidad cerrada, monolítica y sectaria, "sin exclusiones anticipadas", en lo que podría ser el Partido Único. De allí sus constantes alusiones a la necesidad de una "dirección única" y a la "valoración distinta" que hacen de la U.P. y la política de alianzas, en orden a contener en ésta todo el movimiento social posible del pueblo chileno en su lucha revolucionaria, excluyendo toda posibilidad de pluralismo ideológico, e imputando a la I.C, Mapu y Mapu O.C. la paralización del trabajo dentro y fuera de Chile, en la medida que lo defienden e impulsan.

Su "disposición a estudiar y profundizar sin exclusiones anticipadas un proyecto de convergencia socialista", es un obvio alcance al Partido Comunista de Chile y evidentemente se inscribe en una valoración distinta de lo que nosotros entendemos por la convergencia de los socialistas. Ellos lo que están dispuestos a estudiar es un movimiento marxista dogmático, inflexible, en un proyecto común ideológico y estratégico con el Partido Comunista de Chile, desvalorizando nuestra historia y nuestro contenido.

No es que pensemos o sostengamos que la alianza del socialismo con el P.C. sea innecesaria o inconveniente, ni que ella deje de aunar a importantes sectores de nuestro pueblo, simplemente queremos decir que en definitiva se trata de opciones distintas.

Es necesario recordar que desde la historia de sus orígenes, la izquierda chilena ha reconocido —a lo menos— dos tendencias distintas en su seno, que han conformado dos ejes o polos ideológicos diferentes: el socialista y el comunista. Ambos se reconocen revolucionarios, representativos de la clase trabajadora y asientan sus bases ideológicas en el marxismo.

Sin embargo su carácter revolucionario es distinto, como diferente es también su representatividad y su versión del marxismo. De ello han derivado y derivan enfoques distintos de la realidad chilena y del proyecto de su transformación, aunque en las palabras muchas veces éste aparezca confundido.

Y no porque sostengamos que uno u otro no sean revolucionarios, sino más bien por su manera de insertarse en esa sociedad y por la calidad y oportunidad de los cambios que proponen.

Para nosotros socialistas, el problema de la transformación revolucionaria de la sociedad chilena nace de su propia realidad y se desarrolla como consecuencia de ella. Las profundas contradicciones de clases existentes que motivan y aceleran la lucha socialista están en esa realidad, sin perjuicio de la connotación y entronque internacional que puedan tener. Estamos conscientes de que nuestra dependencia económica, política y militar, hoy de los Estados Unidos de Norteamérica, es uno de los más fuertes obstáculos para lograr una Sociedad sin clases, libre, democrática y soberana y que ello es un problema y una tarea a la vez de todo el Continente americano, afligido por el mismo mal: por eso buscamos su unidad y su desarrollo conjunto. Pero estamos conscientes también de que hay en la propia historia chilena todo un bagaje de entrega, sumisión y dependencia a la explotación extranjera por nuestras capas sociales dirigentes, que viene de mucho antes de la aparición en escena de los grandes consorcios internacionales americanos.

No está demás recordar que ya en 1981, el Presidente José Manuel Balmaceda, pago con su vida esa "preferencia" a los intereses extranjeros —entonces ingleses— que la parte triunfante de la burguesía chilena defendió hasta el holocausto masivo del pueblo. Fue una lucha auténticamente interburguesa, entre los que querían un desarrollo capitalista nacional y los que preferían —por incapacidad— un desarrollo dependiente. En 1981 triunfó la incapacidad de un sector parasitario de la burguesía chilena que hundió, tal vez para siempre, los impulsos progresistas y nacionales de los sectores liberales representados por el Presidente Balmaceda.

Y porque así ha sido la tónica permanente de nuestra historia, es que los socialistas hemos reivindicado el papel protagónico de la clase trabajadora chilena, planteando la necesidad de que ésta asuma incluso el papel de agente movilizador que en determinadas etapas históricas —teóricamente— le habría correspondido a otras capas de nuestra sociedad.

Para el Partido Comunista, el análisis parte desde la visión de un "mundo socialista" liderizado por la URSS, donde se ha logrado desarrollar un modelo de socialismo al cual aspira. Para ellos el mundo está claramente di-

vidido entre ese campo socialista y el campo capitalista mundial, que lo conforman todos los restantes países. De la realidad de ese campo socialista y del análisis de sus necesidades para el desarrollo, parte el análisis de la sociedad chilena en la cual trata de insertarse. Esto conlleva fatalmente a confundir los intereses nacionales de los llamados países socialistas, con los intereses parciales de los trabajadores en cualquier lugar del mundo, porque suponen que el desarrollo del bloque socialista y su hegemonía en el mundo terminará acabando con el capitalismo, principal enemigo de los trabajadores chilenos.

Cada avance del campo socialista es un avance en la lucha antiimperialista chilena, o argentina o boliviana, pues resta fuerzas al enemigo principal del progreso en estos países. Así se explica, por ejemplo, su indisimulado apoyo a la dictadura oligárquica argentina bajo la razón de que, al restar ésta parte importante de su mercado a USA y transferirlo a la URSS, están delibitando al principal enemigo de los trabajadores argentinos.

Los socialistas, en cambio, si bien entendemos como un avance extraordinariamente positivo el surgimiento de un Estado Socialista en la vieja Rusia zarista, seguimos creyendo que los logros por éste alcanzado no constituyen el modelo de sociedad que nosotros queremos. Sea por la existencia de una burocracia dogmática que se alza por sobre el partido; sea porque, a la vez, este partido se constituye en una élite en el conjunto de la sociedad soviética y no la representa democráticamente en consecuencia; sea porque no compartimos sus métodos de violencia ejercida en contra de otros pueblos para imponer un modelo de desarrollo, como lo venimos diciendo desde la fundación del Partido en 1933; sea, en suma, porque creemos en un socialismo democrático, participativo, que respete la capacidad plural del ser humano, profundamente revolucionario en cuanto lucha no sólo por cambiar las relaciones de producción en el entorno chileno, sino también sus relaciones sociales y culturales, como consecuencia del análisis de nuestra propia realidad.

En otras palabras, hay una diferencia de método en el análisis y en la interpretación marxista de nuestro devenir social: para nosotros el socialismo científico es un método de interpretación y guía de acción generales que, a partir de la realidad chilena, conforma toda una teoría de la revolución, dogmática, flexible, de acuerdo a esa propia realidad y para cuyo desarrollo consideramos las variables internacionales como un dato importante o influyente, pues comprendemos que el fenómeno de la interdependencia económica, especialmente, es un hecho real, pero no el primero. Siempre creemos que es la fuerza del pueblo mismo, su conciencia política, su desarrollo,

lo que hará o no posible el surgimiento del socialismo en nuestra Patria.

El Partido Comunista, aunque en las palabras lo niegue, toma su modelo y establecimiento y lo adecúa luego a la realidad china, con una estrategia dogmática, ya que cambiar el modelo está fuera de su alcance y de sus intenciones, pero con una táctica flexible ya que debe estar atento a los cambios que se producen en su polo ideológico, para poder ajustarlos a la realidad sobre la que él trabaja.

Decisorias son las palabras del compañero Luis Corvalán en su discurso de Estocolmo: "nunca" hay que perder de vista que la sepultación del capitalismo en una serie de países y el derrumbe del imperialismo colonial se ha logrado no sólo en virtud de la lucha de los pueblos, sino también y SOBRE TODO porque existió la revolución de Octubre y porque existe el gran país soviético."

Así como la carta de Clodomiro Almeyda nos dá la clave acerca de las intenciones que éste y el P.C. chileno alientan sobre la unidad de la izquierda en Chile, este magnífico trozo del Secretario G. al. del P.C. nos ilustra con claridad meridiana acerca de nuestras diferencias.

Es obvio que estamos en desacuerdo con él y que por el contrario de su afirmación, creemos que el derrumbe del colonialismo es sobre toda obra de la lucha de los pueblos subyugados y subsidiariamente, producto de la influencia externa, no siempre la de la Unión Soviética. Cuba y toda África, casi sin excepciones, confirman este aserto pero, lo que es más, lo confirma la propia Revolución de Octubre que es capaz de surgir al amparo de sus propias fuerzas, en la más difícil coyuntura internacional y sin que exista Estado alguno al cual recurrir para debilitar la fuerza aparentemente incontrarrestable del capitalismo mundial de la época.

Valorando la situación actual chilena reiteramos lo que ya dijéramos hace más de un año, ella se caracteriza por un alza manifiesta de las condiciones de combatividad de la masa, aunque sin una dirección política definida y fundamentalmente dirigida a rescatar niveles de subsistencia en el plano económico y garantías mínimas en el de las conquistas sociales y los derechos humanos y, por otro lado, fortalecimiento institucional de la Dictadura destinado a darle trascendencia histórica al proyecto económico y social que ella encubre, que la obliga —necesariamente— a una política más flexible de aceptación de mayores áreas de libertad y de imposición a la vez, de medidas de represión más duras, aunque más aisladas. La ascensión al poder en los Estados Unidos de Ronald Reagan se ha constituido en un poderoso aliado de esta política ya que cambia de manera importante la correlación de fuerzas mundiales dispuestas a prestarle un apoyo indiscriminado.

Podríamos decir que, en el campo interno, recién comenzamos a salir de un largo período de reflujo. Ello hace más necesario que nunca la unidad del conjunto del pueblo chileno en torno al principal objetivo inmediato, cual es el derrocamiento de la dictadura.

Esta unidad necesaria, sólo es posible lograrla "postulando un proyecto alternativo que democratice la estructura política del país" y "buscando en esta orientación, la más amplia unidad de la oposición", como expresaba en su declaración de Octubre de 1980 la Unidad Popular en Chile. "Confrontando nuestro propio proyecto para esta etapa con los sustentados por otras fuerzas democráticas, a fin de buscar un proyecto de consenso que, salvaguardando los intereses del pueblo, interprete a los más vastos sectores del país." (Acta de Compromiso Político de la U.P. Santiago, Octubre de 1980).

Y, desde luego, la unidad del pueblo, habrá de partir por la unidad de todos los socialistas, que es a lo que tiende la Convergencia Socialista y por el sano entendimiento de la izquierda en la Unidad Popular o en la organización que en definitiva se dé.

Una política de tal naturaleza obliga a ser objetivos en la apreciación del momento por el que atraviesa la lucha de clases en Chile. A medir, desde nuestra realidad, los avances y retrocesos del pueblo, a interpretar al conjunto del pueblo y no a sectores aislados de él, a sopesar las nuevas condiciones internacionales que se producen y la influencia que en el desarrollo social chileno puedan tener.

Así como pensamos que la lucha de clases llegó a una etapa culminante en la época del Gobierno de Salvador Allende y que los cambios cualitativos que se empezaban a alcanzar hacían previsible la contrarrevolución y, en consecuencia, también imprescindible la lucha armada para defenderla e impulsarla, aunque sectores tan importantes de la propia Unidad Popular, como el P.C. chileno no lo hayan comprendido, hoy creemos que es utópico reivindicar la fuerza y la insurrección armada como tareas del momento, como pareciera desprenderse del discurso del Secretariado General del P.C. Chileno recientemente en Estocolmo o de los acuerdos suscritos en La Habana entre el Movimiento de Izquierda Revolucionario y Clodomiro Almeyda en representación del grupo que le sigue. Tal vez ello crearía un punto de conflicto al imperialismo americano en la lucha fría que parece aminorarse, pero no contribuiría ciertamente al fortalecimiento de la lucha de masas de Chile, ni tampoco a acortar el período de la Dictadura. No está demás recordar, como un dato de la causa, el desgaste que sufrió el pueblo español en su lucha contra la dictadura de Franco con la política de "huelga general" patrocinada entonces por el PCI, lamentablemente desfasada de la realidad espa-

ñola y que tantos mártires le costara a la resistencia.

Una política de esta especie sería obviamente contradictoria con la diseñada antes y, lo más probable, su revulsivo. Es decir una contradicción al deseo expresado de la unidad de toda la oposición y probablemente —por la oportunidad— un duro traspás al ascenso que la lucha del pueblo de Chile empieza a experimentar. Es decir, sería negarnos por anticipado, la posibilidad de desarrollar en toda su magnitud un movimiento nacional y popular que comprenda a la inmensa mayoría de la población, impedir su maduración sin ofrecer una alternativa razonable y que pueda ser visualizada por el pueblo y, tal vez, hacerle el gusto a la Dictadura, en su juego amplitud-represión.

La rebelión es un derecho sagrado de los pueblos, como recuerda Luis Corvalán en su intervención, y en ella está implícita la violencia para erradicar la tiranía y la opresión. Saber cuándo y cómo hay que ejercerla, es saber dar dirección y nosotros pensamos que el propio pueblo de Chile será capaz de medir el alcance de sus luchas, la maduración de ellas y las necesidades de su desarrollo. De lo que no hay duda es de que el punto óptimo se alcanzará cuando el pueblo cristiano, el pueblo socialista, el pueblo que busca la democracia y la libertad, alcancen un grado de unidad tan importante, como para ser capaces de entregar una única alternativa.

### Las tareas de hoy en este sentido.

Las tareas de hoy en este sentido siguen siendo para los socialistas las que diseñó su vigésimo cuarto Congreso General: 1º La unidad de los socialistas provenientes del tronco histórico partidario, a través de la formación de "Comisiones de enlace" que establezcan un diálogo abierto y fructífero entre ellos, para culminar en el día de mañana en el Congreso de Unidad de los Socialistas chilenos; 2º El más decidido impulso a la Convergencia Socialista, donde todas las vertientes del socialismo sean capaces de entregar su aportación a la conformación de una alternativa socialista, coherente, democrática, plural y revolucionaria.

3º Impulsar la unidad del conjunto de la izquierda chilena, en una sana política de alianzas que, reconociendo el valor de las opciones que se ofrecen, permita a los socialistas mantener y desarrollar su propia identidad y la identidad del proyecto político que les es común. La confrontación cada vez más nítida y orgánica de la Convergencia Socialista en Chile, es una gran contribución a la clarificación de estas alternativas.

4º La reconstitución de la Unidad Popular, con

nuevos perfiles, sin sectarismos y con el reconocimiento pleno de que ella constituye una alianza y no un Partido Único o la sustitución de ella por el frente de lucha que sea capaz de recoger las ricas experiencias del movimiento popular chileno.

Estamos conscientes de que el cumplimiento de estas tareas no es fácil, menos cuando desde diversos sectores de la propia izquierda se ataca a sus objetivos básicos y se intenta más dividir que unir, pero la vocación de sacrificarlo y la comprensión integral que los socialistas han sido capaces de conseguir acerca de su importancia, puede y debe hacerlos posibles.

Erick Schnack Silva  
Subsecretario General  
Europa - África  
Febrero, 1981



**¡NO A LA INTERVENCION U.S.A.  
EN EL SALVADOR!**



# INTERNACIONAL

## ¿Hacia dónde va Ronald Reagan?

Enrique Sepúlveda Q.

La llegada de Reagan al poder abre una serie de incógnitas para los pueblos latinoamericanos. Enrique Sepúlveda, estudioso de los problemas internacionales, trata de entregar en este artículo algunas respuestas.

Las oligarquías de América Latina celebran —tal los antiguos cipayos de la India “inglesa” el triunfo de Reagan y del Partido Republicano. Pinochet, Videla, Duvalier, Figuerido y Napoleón Duarte, sueñan con el fin de la era de “La defensa de los derechos humanos” proclamada con más retórica que verdad, por Carter.

No nos hagamos ilusiones. Porque tiene razón “Le Monde Diplomatique” (Nov. de 1980) al afirmar que “las divergencias entre MM. Carter y Reagan se dan menos acerca de los objetivos a alcanzar que sobre la amplitud de los esfuerzos a emprender y acerca de los medios a escoger”. Un poco como halago al Presidente electo, otro como pantalla para incrementar la represión, o como táctica de desmoralización para las fuerzas populares, ellos reclaman para sí esta sombra “protectora”. La de un hombre que jamás pasó del rango de una vedette de segunda clase en los westerns de Hollywood, o que durante 20 años aprendió a hablar en público como asalariado al servicio de la General Electric. Este “salvador transatlántico” tendría, para los dictadores reaccionarios, la virtud de poder detener la marea popular revolucionaria y liberadora que se extiende —una vez más— de Norte a Sur, por el Continente insumiso de Bolívar, de San Martín, de Mariátegui, de Recabarren, de Allende, y del Che Guevara.

Las doscientas familias norteamericanas, al frente de las transnacionales, de las Cías. petrolíferas más poderosas del orbe, de las empresas de armamentos y del negocio de la guerra atómica, alientan la esperanza de que el nuevo gobierno republicano aumente entre un 10 y un 15 por ciento el Presupuesto de Defensa (en vez del 4 por ciento prometido por Carter), bajo la pantalla farisea del mito de la “Superioridad militar de la URSS”.

Este paso de la simple economía parasitaria de armamentos a una “economía de guerra”, de la política de distensión a la guerra fría, de una estrategia defensiva a una de abierta agresión, significaría un “discreto” crecimiento del PNB, una aceleración de las inversiones, una inflación “republicamente tolerable”... siempre que se dé aliento a la empresa privada (a la “libre empresa transnacional”) que se transfirieran los gastos sociales a los distintos Estados de la Unión, y se dismantelen los Ministerios de Educación y de Energía. En una palabra, siempre que la “economía social del mercado” se convierta en bandera pirata de los grandes cetáceos, tal como aconseja —con desenfreno— la conocida Escuela de Chicago y el profesor Milton Friedman, cuyas recetas se venden por millares en las librerías norteamericanas, gracias a los esfuerzos de la “Nueva derecha” ya incrustada en los círculos áulicos del Partido Republicano.

Tales visiones paradisíacas, que podrían sorprender a los desinformados, no son compartidas por los analistas norteamericanos más lúcidos. Porque ellos saben que los Estados Unidos viven los tiempos de la crisis mortal del capitalismo y de su propia declinación a escala planetaria, agravadas por la prolongada recesión económica, por la apenas contenida inflación, por una cesantía crónica y un deterioro del nivel de vida de los obreros que socava —cada día con mayor fuerza— las relaciones obrero-patronales. Sostienen, en suma, que frente al cúmulo agobiante de los problemas internacionales e internos, ni los republicanos de Reagan, ni los demócratas de Carter, poseen un plan global y coherente para enfrentarlos. Que la confusión reinante en las altas esferas del Partido Republicano (disfrazadas de "pragmatismo conservador"), así como el choque de intereses de sus grupos de presión, obedecen a esta causa esencial. El solo hecho de que la solemne y bullada reducción en un 30 por ciento del impuesto a los "ingresos" se diluya o postergue, al tiempo que se preconiza un aumento de los gastos de guerra, comprueba la magnitud de las opciones en pugna.

## EL DIFÍCIL CAMINO

El indudable viraje de la política norteamericana bajo la Presidencia de Reagan está limitado por las circunstancias históricas y económicas objetivas propias al sistema capitalista en bancarrota, por la declinación cierta del poderío absoluto y relativo de los Estados Unidos en el mundo, por la magnitud y la prolongada crisis actual, por la intensificada competencia entre las grandes potencias industrializadas, por los conflictos de clase a escala internacional que están irrumpiendo dentro de sus fronteras. Existe, sin embargo, una dimensión más. Y es la urgencia de presentar una alternativa global al deterioro profundo de las relaciones entre los Estados Unidos y el océano de las colonias y semicolonias del Asia, del África y de América Latina, al antagonismo básico con la URSS y el "Campo socialista" dirigido por ella, que se ha intensificado en brazos de la crisis mundial y de la bancarrota de la burocracia stalinista.

La economía norteamericana, para salir a flote del pantano actual, debe vencer y superar su atraso tecnológico en sectores claves (acero, carbón, construcción, etc.), debe desbordar la debilidad de sus inversiones y dejar atrás el cáncer de la inflación, debe someterse a vivir bajo el imperio de la ley de hierro impuesta por el hecho de que 1/3 del monto bruto de la formación del capital fijo está consagrado a los gastos militares, en circunstancias que la cifra es muy inferior en Europa y en Japón. Debe resolverse así mismo el problema derivado del hecho de que la competitividad en los años 70 haya perdido 5 puntos en el propio país y 23 por ciento en la esfera mundial, al tiempo que su productividad de 2,9 por ciento en 1967/73 haya bajado después de esa fecha al 1,6 por ciento, quedando muy por debajo de la del Japón, de la de Francia y de la de Alemania Federal.

El talón de Aquiles, el "difícil camino" del poderoso imperio no engaña a los más lúcidos políticos norteamericanos. Ya en 1973, John Connally afirmó con desencanto y melancolía: "La era de la supremacía norteamericana en las finanzas internacionales, que se iniciara con la segunda guerra mundial, ha terminado. El sistema monetario y comercial que creó la base para la época de postguerra, se ha derrumbado. No tiene objeto que nos engañemos a nosotros mismos sobre ello diciendo que solamente se tambalea, que podrá ser reconstruido, etc.: ¡se acabó!".

No son, pues, las ilusiones y las vacilaciones "humanitarias" de Carter las que han creado esta realidad. *Es esta realidad* la que ha obligado al derrotado timonel demócrata a navegar casi a la deriva en estos años tempestuosos. Y la que llevará a Reagan, pese a su aparente "firmeza" contra la detente, a disimular, tras el "pragmatismo", su difícil camino.

Esta porfiada realidad ocasionó la derrota norteamericana en Viet Nam, pese a la presencia ominosa de 600.000 hombres adueñados de las armas más mortíferas. Fue ella la que condujo a la caída del Sha del Irán y a la pérdida de todo el dispositivo estratégico norteamericano en la región. Fue ella la que obligó a Carter a verter la última gota de sangre nicaragüense en defensa activa de Somoza. Es ella la responsable de la subsistencia del polvo-

ría del Cercano Oriente con Camp David y todo. Es ella la causante de que, frente a las ruedas de los tanques soviéticos atropellando el derecho de un pueblo a determinar su destino, los Estados Unidos levantaran como amenaza un cuchillo sin hoja. Y la que ha conducido a Carter a vigilar, con su flota en el Golfo Pérsico, apenas estallada la guerra entre el Irak y el Irán, advirtiendo al mundo que aún es capaz de "manejar" el flujo del oro negro, pese a las necesidades de Europa y del Japón.

Digamos algo más. La "defensa de los derechos humanos." no fue para los Estados Unidos, durante el gobierno de Carter, un tonel de miel, como desean hacernos creer los demócratas-cristianos y los oportunistas. Ya en 1978, Carter mismo los definió ante el mundo subordinándolos a tres puntos básicos: 1º. (y antes que nada!), la seguridad del país fundamentada en el poderío de sus fuerzas armadas y el sus "alianzas"; 2º. El mantenimiento de la "paz mundial"; y 3º. El crecimiento económico. Fue por ello que estos tres fundamentos pesaron más que la "defensa de los derechos humanos" cuando entregó la ayuda norteamericana a Haití, Indonesia, Irán, Perú, Argentina, Corea del Sur y Filipinas, pese a sus sangrientas dictaduras y a los horrores de sus torturas y servicios, al tiempo en que un solo país era amenazado con la suspensión de la "ayuda": la Nicaragua Sandinista...

Con toda razón "Le Monde Diplomatique" (Nov. 1980) pudo decir: "Los viajes de Mr. Carter a los países dictatoriales, los elogios que ha prodigado el Sha del Irán, su rechazo a recibir al jefe de la oposición de Corea del Sur, su incertidumbre frente a Somoza, etc. todo muestra que, tanto en el tiempo de Mr. Carter como en el de Nixon, influencia política, bases militares, alianzas, exportaciones, inversiones, balanza comercial, equilibrio nuclear, todos estos elementos constitutivos de la potencia deben, inexorablemente dictar la política exterior de los Estados Unidos".

## UNA COMPETENCIA ENCARNIZADA

Aprovechando de esta situación, empujados por sus necesidades de aumentar las ex-

portaciones o caminar cuesta abajo, Europa y Japón —con sus transnacionales a cuestras— han incrementado sus esfuerzos para arrebatarle mercados, zonas de influencia y terreno apto para la exportación de sus capitales y sus créditos. El economista uruguayo o Vicente Rovetta, suscribiendo las palabras del profesor Bernard Liether, alto dignatario del Banco de Bélgica ("Desarrollo Económico" N.º 60 de julio de 1980), en su brillante artículo acerca de la situación económica de América Latina, ha dicho que: "los monopolios europeos, conscientes de la nueva situación, dicen que en la crucial década del 80, Europa Occidental debe cambiar radicalmente su estrategia económica y diplomática con Iberoamérica, para dominar sus propias dificultades. Lo que está en juego en Iberoamérica no son solos los 15 mil millones de dólares de sus inversiones directas allá, sino la vulnerabilidad de todo su comercio exterior".

Anotamos que tal tendencia viene desde fines de la década del 60, cuando se puso en evidencia que el 60 por ciento de todas las inversiones de la RIA en los países del "Tercer Mundo" estaban radicadas en América Latina (Prof. Rovetta). Y agreguemos que esta lucha encarnizada a escala mundial aparece en la prensa diaria, en los comunicados de la República Popular China, en la presencia de 40.000 soldados norteamericanos en Corea del Sur, en los negocios del África en el mercado de consumo para ricos" que es el barrio Alto de Santiago de Chile.

América Latina ya no es el EXCLUSIVO "patio trasero" de los Estados Unidos, su coto de caza de superganancias a base de una fuerza de trabajo super explotada. La penetración de capitales, de créditos, de armas y aviones, de tecnología, de conquista de mercados fáciles frente a unas oligarquías cipayas, de parte de Europa y de Japón han crecido a saltos desde la década del 70. Vicente Rovetta, con cifras y antecedentes en mano, demuestra que "ya a comienzos de esa década se puso en marcha un gigantesco plan de expansión de capitales y de comercio en América Latina: grandes banqueros, propietarios de minas y de importantes consorcios industriales y fábricas de automotores o de equipos electrónicos, así como empresas pesqueras, penetraron profun-

damente en los círculos industriales y financieros del subcontinente". Y se "aprovecharon" de la política de los "derechos humanos" para coquetear con los dictadores de turno...

Tras los capitanes de las empresas transnacionales europeas han llegado los vendedores de cruces y de medallas socialdemócratas, con su bagaje a cuestas de "reforma social". O los hombres de negocios japoneses con sus inversiones y sus créditos (crédito de 170 millones de dólares para la Cía de Acero del Pacífico), en busca de ganancias millonarias de magnitud tal que llevaron a Jamamoto, Presidente del complejo industrial Daihatsu a "obsequiar" un Charmant de 1.400 cc. a la esposa de Pinochet.

## EL VIEJO TOPO SIGUE SU TRABAJO

Es verdad. El triunfo de Reagan significa un cambio de la política norteamericana, tanto dentro del país como en sus relaciones internacionales. Triunfo que alienta a los sectores más duros y reaccionarios de las clases dominantes del mundo capitalista industrializado y a las oligarquías de América Latina a cuyo servicio se han colocado las dietaduras militares".

No han "cambiado" los objetivos del imperio, sino los medios escogidos para alcanzarlos, entre los cuales pasan a primer plano, no los juramentos acerca de los derechos humanos, sino el ruido de armas y de botas.

Pero si "ellos" abandonan, antes que lle-

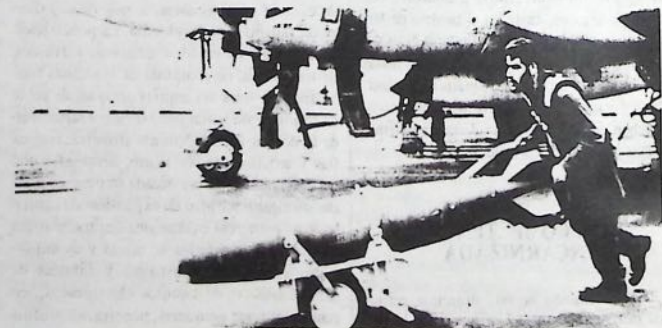
gue la hora cero, los derechos democráticos a la voracidad de las fieras reaccionarias, si "ellos" cierran pídicamente los ojos ante un Continente torturado, explotado y reprimido, los pueblos de nuestra América Latina insumisa no deben ni pueden hacer lo mismo. Más que nunca, estas banderas, abierta o progresivamente abandonadas por las burguesías de cada país, constituyen parte fundamental de nuestro combate por la libertad del Continente, tanto política como socialmente.

Reagan no podrá detener con su escoba reaccionaria y republicana la nueva oleada ascendente obrera y popular de América Latina, que ya ha dado sus frutos encendidos en Nicaragua y en El Salvador, pese a la criminal violencia de sus clases dominantes y a la amenaza de una intervención armada.

Ni menos impedir la movilización global de la clase obrera europea que, en medio de la cesantía, de la inflación y de la parálisis industrial, prepara un profundo viraje histórico en un plazo no lejano. O paralizar el alzamiento multitudinario del Asia y del Africa, cuyos focos de tensión se han transformado en un polvorín en el Cercano Oriente, en Irán e Irak, en Afganistán y el sur del Africa.

Temporalmente detenida, esta oleada mundial no será frenada porque ha ocurrido algo que constituyó anticipación agónica de Ernesto Che Guevara, al amenazar al imperialismo norteamericano con "uno, dos, tres Viet Nam". Que es el trabajo del "viejo topo" de que un día hablara Marx.

*Evry, Enero de 1981*



## POLONIA: UNA RENOVACION DE SIGNIFICADO HISTORICO

Gerardo Ojeda-Ebert  
Carlos Iribarren

Socialistas chilenos que viven en Polonia y que militan activamente en las filas del Partido Socialista de Chile, nos han enviado el comentario que publicamos, al que se acompaña un dossier de documentos cuya extensión nos impide darlo a conocer íntegramente. Hemos elegido un discurso del Primer Secretario del C.C. del POUP, Stanislaw Kania, que refleja la preocupación de los dirigentes comunistas polacos ante los acontecimientos ocurridos en ese país.

Los socialistas chilenos que hemos postulado desde siempre un camino y una forma nacional de construcción del socialismo, visualizando el ejercicio del poder político de la clase obrera y los trabajadores en nuestro país en la forma de una amplia y participativa "democracia de trabajadores", no podemos dejar de manifestar nuestro gran interés, simpatía y solidaridad con el proceso de renovación socialista y democrática que está realizando el pueblo polaco.

Este proceso que se iniciara con los movimientos huelguísticos del último verano, y que abarca actualmente todas las esferas de la vida del país se realiza sobre el respeto irrestricto a:

- a) el reconocimiento del principio de la propiedad social de los medios de producción, fundamento del régimen socialista imperante en Polonia.
- b) el reconocimiento del rol dirigente que el Partido Obrero Unificado Polaco asume en el país.
- c) no cuestionamiento del sistema de alianzas internacionales de Polonia.

El movimiento huelguístico constituyó, como es de conocimiento general en Polonia, una respuesta obrera de sana conciencia de clase contra los errores de la política económica y contra serias deformaciones de la vida social y el ejercicio del poder, caracterizándose las

huelgas por su surgimiento espontáneo y por una actitud disciplinaria y responsable de los trabajadores en huelga, vinculándose en sus reivindicaciones postulados de carácter económicos, sociales y políticos.

Ante la manifestación abierta de la crisis, el POUP y el gobierno tomaron la decisión histórica de enfrentarla a través de formas políticas, flexibilidad, diálogo y disposición al compromiso lo que fructificó en el acuerdo de Gdansk del 31 de agosto, firmado por el Comité de Huelga Interempresas (MKS) y la Comisión Gubernamental. Este acuerdo identificado hoy como el nuevo Acuerdo Social, cuya validez ha sido extendida a todo el país y cuya realización constituye una de las bases más importantes de la renovación socialista y democrática, ha abierto un profundo proceso de participación y autogestión ciudadana en la vida económica, social, política y cultural, incentivando a la vez un proceso general de revalorización moral.

El proceso de renovación protagonizado actualmente por el pueblo polaco constituye sin duda alguna tarea y responsabilidad del propio pueblo polaco: toda ingerencia del exterior constituiría intromisión ilegítima. De igual manera cabe constatar, al respecto, el equívoco profundo en que se encuentran en el marco internacional aquellos medios que desde distintas posiciones quieren ver en el

proceso polaco una regresión. Los factores que determinan la esencia del proceso de renovación determinan a la vez su carácter socialista: las expresiones antisocialistas que inevitablemente acompañan las actuales transformaciones constituyen sólo expresiones marginales.

Los efectos de la renovación son apreciables en diferentes planos y a los cambios personales en las altas esferas dirigentes del partido y del gobierno se agrega un hecho sin precedentes en la construcción socialista de Polonia, el surgimiento desde la base misma del nuevo, independiente y autogestivo sindicato "SOLIDARIDAD" que se constituye en el auténtico representante de los trabajadores. Sus dirigentes son elegidos esta vez a través de elecciones en base a listas ilimitadas de candidatos, por votación secreta y directa, el voto secreto pasa de ser un derecho —limitado anteriormente por expresiones de autocensura— a ser una obligación. Al momento de su registro legal /10.XI.1980/ agrupan al 70 por ciento de los trabajadores del país. Este hecho sienta las bases de un nuevo movimiento sindical caracterizado por su independencia frente a instancias estatales y de organizaciones políticas y, por su vida interna democrática.

Paralelamente a la disolución del Consejo Central de Sindicatos Polacos surgen también los sindicatos independientes por ramas. En su lucha por la defensa de los intereses materiales y sociales de sus afiliados cuenta ahora —el movimiento sindical— con el derecho a huelga como último recurso.

El partido inicia a su vez un proceso de amplia discusión en todos sus niveles que significa la necesaria vuelta al estilo democrático de vida interna y que abre las posibilidades de una mayor relación del partido con las masas trabajadoras. En los tres últimos plenos del Comité Central realizados a partir de septiembre, como en los plenos regionales se ha manifestado la necesidad de convocar a un congreso extraordinario del partido.

En el centro de discusión está ubicado —entre otros problemas— el del rol dirigente del partido en la construcción socialista. Existe plena conciencia de que toda renovación de la vida política nacional se encuentra íntimamente ligada a la renovación del propio partido y a la realización de su rol dirigente; esta

situación de privilegio político en la sociedad, limitada históricamente al período de construcción socialista, es un rol que se gana y conquista cada día.

Otro efecto visible lo constituye la apertura de la vida política en el país: se ha impuesto el consenso de que se debe abandonar definitivamente la compartimentación de la vida política y el anonimato institucional. Si ayer se hablaba de decisiones del Comité Central, de acuerdos del Sejm "parlamento", de resoluciones del gobierno, hoy se exige saber quién en representación de qué y por qué; ésto ha significado la necesidad de un cambio radical en el estilo de trabajo, por ejemplo del Sejm. Por primera vez se hacen públicas las discusiones y sesiones de trabajo de sus diferentes comisiones. En el marco de la elaboración de nuevas disposiciones de censura, se experimenta un significativo aumento del cúmulo de informaciones de diferente tipo entregadas a la ciudadanía. De una fracasada propaganda del éxito se pasa a un veraz y responsable análisis de la situación.

Una atmósfera distinta rodea la vida nacional caracterizada por el pluralismo y la tolerancia, se reivindica oficialmente la memoria de los trabajadores caídos en las luchas del año 1970 en Gdansk, se examina la legitimidad de los despidos en empresas y expulsiones en los establecimientos de enseñanza superior; después de las huelgas de 1970 y 1976, se somete a revisión por el Ministerio de Justicia los casos de personas privadas de libertad por sus convicciones, se revitaliza el rol de los partidos aliados que integran el Frente de Unidad Nacional /FJN/ como de otras asociaciones representadas por el parlamento.

Se ha impuesto una convicción generalizada de que la solución a los problemas que enfrenta el país es tarea común de todos los polacos creyentes y no creyentes, en definitiva diálogo y cooperación en busca de acuerdos constructivos. En este marco cabe destacar el significativo rol asumido por la iglesia católica de profundas raíces nacionales y patrióticas que continúa una política de colaboración —no exenta de problemas— con el gobierno y que ha aportado también en esta crisis una dosis importante de ecuanimidad y mesura que se suma al consenso general imperante.

El desenlace final de los sucesos polacos está aún por escribirse: pensamos que la mejor garantía de superación de estos momentos difíciles está en la madurez política de la clase obrera y el profundo sentido de responsabilidad manifestado por toda la nación polaca.

Convencidos del significado histórico del proceso de renovación de Polonia y de su importancia para las luchas futuras de los pueblos y en especial del chileno es que presentamos este primer dossier de documentos.

Varsovia, Enero de 1981



# DOCUMENTOS

## Resoluciones políticas XXIV congreso nacional

(Resumen)

### INTRODUCCION

El Partido Socialista de Chile nació a la vida nacional respondiendo a una profunda necesidad social. Su proyección histórica ha obedecido a su condición de instrumento político de liberación de los trabajadores del país y a su capacidad para interpretar con autenticidad sus intereses y vivencias.

Como entidad política constituida por hombres que naturalmente reflejan las contradicciones y las características de la sociedad en que actúan, el Partido alcanzó su estructura política portando virtudes y debilidades, obteniendo éxitos y fracasos, cruzando etapas de promisoría unidad y de dolorosos quebrantos. Así han transcurrido sus 47 años de vida, sufriendose contantemente, levantándose de sus caídas, tanto por el esfuerzo generoso de sus militantes como por la fuerza que emana de la corriente histórico-social que representa.

A sus filas han concurrido amplios estratos políticos obreros e intelectuales que dieron forma a un bulente instru-

mento de acción. Abierto al análisis crítico y a la búsqueda constante de caminos propios, se ha fortalecido con la dialéctica del movimiento ideológico general y con el debate interno democrático y creador. La asimilación de la experiencia de la lucha de clases internacional y su práctica política le han permitido elevarse al nivel de las exigencias siempre renovadas de la lucha revolucionaria. Así se ha transformado en un partido de clase revolucionario y popular, que se ha caracterizado por su orgullosa autonomía para analizar el acontecer político social y ubicarse soberanamente frente a éste, así como por su autenticidad nacional, entendida dentro de la concepción internacionalista del pensamiento marxista.

Sin embargo, no ha podido evitar que, en determinadas circunstancias del decurso político, la fuerza contradictoria de los fenómenos y sus propias debilidades ideológicas y orgánicas hayan permitido la penetración de ideas extrañas a su fondo ideológico generando fuertes crisis en su seno.

Especial validez tiene esta afirma-



ción por el difícil transitar de la alternativa de la Unidad Popular en 1970/73, cuya evolución y desenlace entregaron en exceso los elementos para producir la disolución interna y el cuestionamiento político e ideológico no sólo del Partido Socialista sino en todas las entidades participantes en ese proceso.

El Partido Socialista, como uno de los protagonistas fundamentales de ese período, no podía escapar a las secuelas de la derrota del Gobierno Popular presidido por Salvador Allende. Así fue como después del golpe militar, se destacaron en su seno tendencias que enjuiciaron desde diferentes ángulos su conducta política, descalificándolo históricamente y negando su vigencia política.

Es de la esencia del Socialismo Chileno el derecho inalienable del militante a la crítica y a la discrepancia interna, pero la organización jamás ha aceptado la utilización de esta prerrogativa para que debilite el sedimento político constitutivo del Partido y se disocie su vida interna. Ha rechazado una militancia que se incorpora sosteniendo concepciones encontradas con las del Partido o sustentadas por otras organizaciones.

En cuanto al militante - dirigente o de base - ha sido y es soberano para evolucionar o modificar sus posiciones, pero también ha sido, y es, uno de sus deberes fundamentales utilizar los mecanismos estatutarios para exponer y defender sus puntos de vista, sin que de ninguna manera, - ni a título de circunstancias extraordinarias-, pueda hacerlos valederos y aplicarlos a su arbitrio por encima de las disposiciones orgánicas y políticas del Partido mismo.

Después del golpe, las discrepancias internas derivaron en corrientes ideológicas que rechazaron elementos fundamentales del pensamiento del Partido y cuyas formulaciones llevaron a la práctica e im-

pusieron sin que la militancia - ni menos un Congreso, único organismo soberano para sancionar los cambios de pensamiento de su organización- aprobara o pudiera discrepar de los nuevos criterios. Así fueron cuestionadas y desechadas concepciones sobre el carácter del Partido, sobre la Revolución Chilena y Latinoamericana, sobre la línea de Frente de Trabajadores, sobre la visión internacional sostenida en la década de los 60 adelante, etc. Bajo el pretexto de llevar a cabo una crítica necesaria al comportamiento político partidario en el período de la Unidad Popular, esos sectores, en el interior del país y en el exterior, llegaron a descalificar la ideología decantada por el Partido en su larga trayectoria política.

Si sus militantes y/o dirigentes, tenían el derecho de plantear reformulaciones teóricas y políticas, de ninguna manera tenían el derecho de imponerlas por sí mismos a la organización. Estas imposiciones agudizaron al extremo la crisis interna, generando fuerzas centrífugas que han culminado en el quebrantamiento y la dispersión orgánica.

Este Congreso General de realiza, (entonces) en los momentos agudos de la crisis del Socialismo Chileno. Por esto mismo, nunca como ahora era tan necesaria la realización de un evento que permitiera la participación democrática de las bases partidarias, impedidas de manifestarse desde hace siete años. Igualmente, nunca antes fue tan necesario e indispensable identificar el pensamiento del Partido y singularizar su contenido como ahora, cuando el clima político entre los socialistas y de los sectores que lo fraccionan está lleno de incertidumbres y desconfianzas que nublan el campo del despegue unitario. Por esto mismo, el marco teórico y político sobre el que se ha convocado y se realiza este Con-

greso, no está constituido por formulaciones enamadas de sectores o dirigentes, sino por las resoluciones generadas democráticamente en estas últimas décadas por su instancia orgánica principal: el Congreso General.

Las siguientes conclusiones, producto del debate desarrollado en las sucesivas fases del XXIV Congreso General Ordinario y en su etapa final, a la cual concurren delegados generados democráticamente por la militancia en Chile y en el extranjero, constituyen una reafirmación de los postulados teórico políticos sustentados por el Socialismo Chileno desde el Congreso de Unidad de 1957 y especialmente desarrollados en sus tres últimos Congresos Generales, y constituyen una base fundamental para la continuación del proceso de unificación de todos los socialistas y el instrumento que orientará los combates del Partido en su lucha por los derechos democráticos y el socialismo.

## POSICION INTERNACIONAL DEL PARTIDO

El Partido Socialista sostiene que el mundo contemporáneo se caracteriza por una compleja pugna entre el régimen capitalista, históricamente caduco, y el Socialismo que se levanta como una nueva organización económica y social de la humanidad sobre bases más justas e igualitarias.

No obstante el intrincado cuadro que presenta la situación global del presente, la confrontación fundamental se produce entre el conjunto de fuerzas del socialismo y la agrupación de fuerzas que sostiene y defiende al capitalismo, cuyo guardián principal es el imperialismo norteamericano.

De acuerdo con su propia concepción del Socialismo, el Partido Socialista

se siente parte del conjunto de fuerzas que luchan por abatir el sistema capitalista, cualesquiera que sean las contradicciones que transitoriamente afectan y separan a estas fuerzas.

El Partido considera componentes de las fuerzas del Socialismo: a los estados que en distintas formas construyen el socialismo, a los movimientos de liberación nacional y social, a la clase obrera bajo dominio capitalista, a las masas explotadas y oprimidas y a los movimientos políticos que en el mundo entero luchan de diversas maneras por su liberación económica y social.

Se considera integrantes de estas fuerzas rechazando toda hegemonía entre las mismas y con plena autonomía para analizar por sí mismo los accidentes de la lucha político social y con el derecho inalienable de decidir libremente su ubicación frente a ellos y a las posiciones de sus componentes.

El Partido Socialista reafirma la necesidad de encontrar una síntesis dialéctica de los conceptos interrelación - autonomía, que posibilite unir a las fuerzas anticapitalistas del mundo a la vez que la mantención de la autonomía de cada una de ellas para conducir sus acciones de acuerdo a sus propias perspectivas sin perjuicio de sostener una necesaria y fraternal confrontación de posiciones y experiencias.

Para estos fines, el Partido Socialista auspicia el mantenimiento y desarrollo de relaciones amistosas con todas las fuerzas revolucionarias y progresistas bajo el supuesto obvio del respeto mutuo y la igualdad de trato.

El Partido no desdibuja su imagen ni pierde su identidad por el contacto e intercambio político con las distintas corrientes ideológicas del movimiento obrero, si tales relaciones se sostienen sobre las bases señaladas y sin mediatizar su pensamiento y su personalidad política.

Por estas consideraciones, el Partido sostendrá con fraternidad y firmeza sus posiciones en sus vinculaciones con las variadas expresiones políticas revolucionarias y progresistas que actúan en el mundo de hoy. Con esta conducta aumenta las posibilidades de irradiar sus planteamientos, acrecienta la fortaleza de sus posiciones y gana el respeto de sus interlocutores. El carácter y la amplitud de las relaciones que surgen de estos intercambios se determinan por sí mismos de acuerdo al grado de coincidencias y políticas con cada una de ellas.

Fiel a esta posición, que su práctica en la lucha de clases internacional ha confirmado, el Socialismo Chileno pugna por el entendimiento y la coordinación de todas las fuerzas revolucionarias del mundo, para responder cohesionadamente a la fuerza contrarrevolucionaria organizada por el capitalismo internacional.

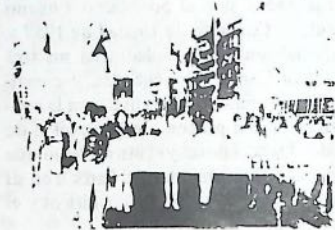
Consecuente con su independencia, desde su fundación el Partido se ha mantenido fuera de los rangos de la Tercera Internacional y de sus entidades continuadoras, aunque mantiene fraternales relaciones con algunos de los partidos que la componen, puesto que existen profundas diferencias estratégicas y metodológicas que nos apartan.

Sin perjuicio de tener presente que en su seno surgen hoy tendencias renovadoras del pensamiento marxista, algunas de las cuales nos acercan en la búsqueda del objetivo final, reivindicando el contenido democrático y revolucionario del pensamiento de Lenin, y otras que nos alejan al plantear el abandono de estos mismos principios.

Igualmente está al margen de la Internacional Socialista, por una clara separación de principios ideológicos, desde que ésta rechaza al marxismo como filosofía esencial y se inscribe en una política fundamentalmente reformista, ajena

al quehacer revolucionario del Partido Socialista de Chile.

En este sentido, el Partido estima contrarios a los intereses del socialismo en América Latina el desarrollo de políticas reformistas que, impulsadas por sectores de la socialdemocracia, intentan revitalizar las formas capitalistas de explotación existentes, desanimando la lucha fundamental contra el imperialismo y creando espejismos democráticos imposibles.



Ello, no obstante, el Partido reconoce la evolución que la Segunda Internacional ha sufrido en el curso de los últimos años, en relación a América Latina, expresada en el apoyo brindado al movimiento revolucionario de algunas regiones del Continente, particularmente Centro América. Como asimismo, a la existencia de matices y tendencias en su interior expresadas por importantes partidos socialistas o socialdemócratas, con los cuales mantiene fraternales relaciones.

#### a) El Partido Socialista y la guerra.

El Partido Socialista lucha contra el peligro de la guerra que la crisis del sistema capitalista mantiene como una amenaza permanente contra la humanidad. En este sentido, rechaza las ilusiones pacifistas de quienes recurren a la moral de los fabricantes de armamentos o a la con-

ciencia del imperialismo agresor para llevar la paz a los pueblos. Su política se sustenta en el marxismo, que ve en la naturaleza clasista y expoliada del capitalismo la causa fundamental generadora de los conflictos contemporáneos. Por lo tanto sostiene que luchar contra la guerra imperialista es luchar contra el capitalismo generador de la guerra y por el socialismo.

El Partido rechaza el armamentismo, pero no coloca en el mismo plano la producción de armas en la economía capitalista, que conlleva la agresividad propia del régimen contra el avance de los pueblos y la de los Estados socialistas.

De acuerdo con este criterio, combate la política armamentista del imperialismo norteamericano, su intromisión económica, política y militar en todos los continentes y el chantaje nuclear con que pretende atemorizar a los pueblos. Conforme con esta política activa anticapitalista y antiimperialista, siente como suya la causa de los pueblos de África, Asia y América Latina que luchan contra la intervención y la opresión imperialista.

A su vez, reconoce el derecho de los Estados a desarrollar una política de distensión y coexistencia pacífica, pero rechaza que esta posición signifique el apoyo al statu quo en el ámbito internacional, entendido como la mantención estática del régimen burgués imperialista. Por esto los socialistas son partidarios del apoyo a todos los pueblos que luchan por su liberación, al empleo de la violencia revolucionaria de las masas y a la utilización de todos los medios de lucha contra la violencia de los explotadores.

#### b) Autodeterminación y no intervención.

El Partido Socialista reafirma el derecho inalienable de los pueblos a elegir el camino para construir su propio desti-

no, basado en los principios de autodeterminación y no intervención. En este sentido, denuncia la actuación que permanentemente ha tenido Estados Unidos interviniendo política y militarmente en los países de América Latina, Santo Domingo, Guatemala, Argentina, Uruguay, El Salvador, Chile, entre otros muchos, destinada a mantener y desarrollar sus intereses económicos y estratégicos; generando dictaduras gendarmes de sus pueblos, orpiéndolos y expoliándolos sus riquezas.

Es en la defensa de estos principios tan caros a los pueblos del llamado Tercer Mundo, que la intervención militar soviética en Afganistán les causa un serio agravio, ya que más, que apoyar y desarrollar una verdadera revolución social en ese país, aparece sirviendo sus propios intereses estratégicos-militares.

El Socialismo Chileno sostiene que la revolución es esencialmente un proceso que surge del pueblo y que éste la desarrolla sobre la base de su fuerza material y moral propias y de la solidaridad internacional libremente aceptada; en consecuencia, ninguna fuerza ajena al pueblo, a sus luchas, a su propio grado de desarrollarlo y a las que voluntariamente reclame puede garantizar un curso auténticamente revolucionario, liberador y democrático a la lucha por el socialismo.

En defensa de la autonomía y libre determinación de los pueblos, el socialismo chileno reitera su independencia frente a la política de bloques, sin dejar de reconocer que, en la contradicción entre capitalismo y socialismo, está inserto en la lucha mundial contra el primero.

En este contexto, hace suya la política de No Alienación y reconoce el papel positivo de apoyo a la lucha de liberación de los pueblos del Tercer Mundo que desempeña el Movimiento de Países No Alienados, hoy encabezado por el

Presidente Fidel Castro y del cual formó parte activa el Gobierno Popular de nuestro compañero Salvador Allende.

#### c) Internacionalismo y Solidaridad

El Partido Socialista reafirma sus principios internacionalistas y su solidaridad plena con las luchas revolucionarias de todos los países del mundo y con los pueblos que construyen el Socialismo.

Sin embargo, sostiene que la prolongación imprevista del período transicional entre la liquidación del capitalismo y la implantación plena del Socialismo ha resultado más complejo y contradictorio que lo previsto. En el mundo capitalista se han generado nuevos fenómenos que distorsionan la lucha de clases.

En muchos países donde los trabajadores han accedido al poder y construyen el socialismo, el curso interno de su desarrollo ha sido alterado por desviaciones burocráticas, dogmáticas y la falta de participación democrática de los trabajadores en su construcción, surgiendo contradicciones entre países y partidos de la misma naturaleza que han sido resueltas por la vía del enfrentamiento armado.

En muchos países donde los trabajadores han accedido al poder y construyen el socialismo, el curso interno de su desarrollo ha sido alterado por desviaciones burocráticas, dogmáticas y la falta de participación democrática de los trabajadores en su construcción, surgiendo contradicciones entre países y partidos de la misma naturaleza que han sido resueltas por la vía del enfrentamiento armado. Esta lamentable y repudiable quiebra del entendimiento entre países socialistas desconcierta a las masas y debilita su fe en el Socialismo. El Partido Socialista rechaza como contrarios al internacionalismo y a la solidaridad, que son valores intrínsecos al socialismo, la solución violenta a las contradicciones que naturalmente puedan darse entre un

país socialista y otro.

En este sentido, repudia el curso alarmante e inadmisibles de las diferencias chino-soviéticas y, en particular, la política de la dirigencia china que ha conducido al país a la alianza con el enemigo fundamental de todos los pueblos.

En otro plano de su posición internacionalista y solidaria, el Partido condena los intentos imperialistas por mantener sus sistemas de dominación económico y plantea que los esfuerzos que se realizan por la consecución de un Nuevo Orden Internacional no pueden sino caer en la esterilidad si tal orden no se levanta sobre las bases realmente socialistas.

El Partido Socialista denuncia el apoyo brindado por el imperialismo norteamericano y las fuerzas conservadoras de Europa Occidental y Japón (Comisión Trilateral) a las dictaduras de América Latina, en abierta contradicción con la retórica de la defensa de los derechos humanos.

Por otra parte observa con interés la pugna intercapitalista en que Europa Occidental intenta zafarse de la tutela norteamericana y la creciente contradicción surgida en el seno del sistema capitalista homogeneizado por los Estados Unidos.

En una época de flujos y reflujos del movimiento de los trabajadores, el Partido Socialista destaca el ascenso que la lucha por la liberación del imperialismo y la construcción del socialismo ha tenido en vastos sectores de América Latina, Asia y África, así como la extensión y radicalización de la lucha en esas mismas regiones, haciendo más favorable la correlación de fuerzas a escala mundial entre el socialismo y el capitalismo.

#### d) El Partido Socialista y la Revolución Latinoamericana.

Uno de los rasgos fundamentales que caracterizan al Partido Socialista es lo

que ha definido como su vocación latinoamericanista. En su disposición a una acción mancomunada de los pueblos de esta región para alcanzar su liberación nacional y social a través de la constitución de una federación de repúblicas socialistas del continente, como un paso necesario en la lucha por la Revolución Mundial. Su pensamiento se fundamenta en el desarrollo histórico de América Latina.

Efectivamente, los países de este continente rompieron las cadenas del colonialismo español en una larga lucha mancomunada de sus pueblos. Triunfantes estos en la conquista de su independencia política a través de décadas de cruentas luchas, perdieron la batalla de la constitución de una gran nación latinoamericana. Balcanizada la región, quedó vulnerable a las nuevas y cambiantes formas de colonización económica impuestas por las distintas potencias imperialistas que se disputaron su dominio. Tanto las oligarquías como las nacientes burguesías nacionales fueron incapaces de desarrollar economías propias y autosuficientes y condujeron a la región a la situación presente de subyugación y dependencia de las fuerzas económicas mundiales, especialmente del imperialismo norteamericano.

Como consecuencia de esta impotencia histórica de las clases dominantes del continente, América Latina enfrenta hoy el problema común de su independencia económica y de la liberación social de sus pueblos.

Frente a esta situación, el Partido Socialista ha sostenido y sostiene teórica y políticamente que por ineludible imperativo de las circunstancias históricas la liberación nacional y social de los países latinoamericanos se realizará a través de un proceso ininterrumpido de luchas que culmine en la instauración del socialismo.

Las características similares de los

problemas de estos países, con las variedades que permite el desarrollo y discontinuo del capitalismo hacen de la liberación de los pueblos del continente una tarea común de gigantescos combates de proyecciones históricas.

Se trata de derrotar no sólo a las fuerzas reaccionarias que defienden sus privilegios en el interior de las fronteras, sino al gendarme del régimen capitalista que ha usado y seguirá usando las amas, directamente o a través de los ejércitos de cada país, para mantener su predominio en la región, como parte de su propia estabilidad y sobrevivencia. De esto se desprende cada vez más claramente la necesidad de los pueblos de aunar y concertar sus fuerzas y esfuerzos para alcanzar su liberación, que se dará fundamentalmente en términos armados. No se trata de revoluciones simultáneas sino de un período histórico de luchas hasta lograr la victoria total.

En la materialización de su concepción teórica, el Partido ha cubierto de acciones e iniciativas continentales toda su trayectoria, desde la organización de fuerzas socialistas y populares de toda la región hasta su activa promoción y participación en la constitución de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), primer intento de coaligar a las fuerzas revolucionarias de la zona bajo una estrategia global de enfrentamiento continental de largo alcance para abatir al imperialismo y su régimen de opresión. De acuerdo con esta línea, de la que fue partícipe directo Salvador Allende, el Partido ha entregado su apoyo irrestricto a la lucha liberadora emprendida por los movimientos combatientes de la región, incluida la gesta ejemplarizadora del Che en Bolivia.

Culmina su práctica latinoamericana con la movilización de militantes que en cumplimiento de la orientación partidaria, prestaron su apoyo en todos los

frentes a la lucha liberadora del hermano pueblo de Nicaragua.

Este es el marco que determina la política principal del Partido Socialista en el continente.

En este contexto, impulsa la coordinación de las fuerzas revolucionarias y populares de la zona para lograr una convergencia programática y estratégica general que posibilite enfrentar en escala continental la lucha liberadora de América Latina, buscando constituir un frente orgánico que incorpore a los partidos socialistas, organizaciones revolucionarias, organizaciones progresistas especialmente en el Cono Sur.

De acuerdo con estos postulados, denuncia las quevas formas que asume la venetración imperialista en la región que tiene su expresión en manifestaciones represivas de índole económico, político y militar y que asume las formas de dictaduras militares, "democracias restringidas" o "democracias autoritarias". Respaldada, al mismo tiempo, los heroicos esfuerzos de los pueblos latinoamericanos para poner término a este período de refluxo, siguiendo el magnífico ejemplo de la victoria alcanzada en Nicaragua y del movimiento revolucionario actualmente en desarrollo en El Salvador.

Reitera, a la vez, su decisiva solidaridad con la Revolución Cubana directamente amenazada por el imperialismo norteamericano, que desde sus agresivos puntos de mira tiene siempre presente la posibilidad de una agresión contra ella.

Manifiesta su total apoyo y solidaridad con los pueblos en lucha en América Central que libran batallas decisivas por consolidar su liberación. Llama la atención a todas las fuerzas revolucionarias del continente sobre el significado fundamental para la revolución latinoamericana que implica el triunfo de los pueblos en esa zona.

El Partido Socialista repudia las

dictaduras militares del continente, los regímenes represivos y su colusión internacional contra los movimientos revolucionarios que conlleva la delación, el traslado de un país a otro y el asenato sin fronteras de los combatientes del pueblo. Alerta a las fuerzas revolucionarias sobre la necesidad de responder coordinar y unitariamente a esta política concertada contrarrevolucionaria.

Igualmente el Partido Socialista repudia las maniobras de las Democracias Cristianas en América Latina que sirven los intereses del imperialismo norteamericano, con su respaldo a gobiernos represivos como el de El Salvador, en el cual participa el partido Demócrata cristiano local, y son un instrumento más de represión contra el pueblo.

La incorporación de vastos sectores cristianos y de la iglesia a la lucha antidictatorial y revolucionaria de América Latina, su defensa de los derechos humanos, sus aspiraciones de cambios sociales y económicos estructurales, marcan una importante variación que acentúa el potencial de desarrollo del socialismo en el continente.

El Partido propicia la convergencia con estas fuerzas en un sentido socialista.

## LA SITUACION POLITICA NACIONAL

### a) La sociedad chilena actual.

El rasgo más destacado que emerge ante cualquier intento de caracterización de la realidad chilena actual, radica en las profundas transformaciones experimentadas por el país bajo el régimen dictatorial. En efecto, desde 1973, Chile ha sido utilizado como verdadero laboratorio de ensayo de un proyecto que, después de su aplicación sistemática y persistente, terminó por modificar de mane-

ra drástica las estructuras económicas y sociales, a la vez que ha buscado sustituir los patrones culturales e ideológicos predominantes anteriormente por otros basados en el consumismo y en el peor de los individualismos.

Específicamente, en el campo económico se han modificado las condiciones fundamentales dentro de las cuales se desarrolló el capitalismo chileno de los años 10. Los cambios más significativos se observan en aspectos como los siguientes.

El sometimiento abrupto del aparato productivo nacional a la competencia externa, lo que se ha traducido en la desaparición o contracción de un número importante de actividades productivas, principalmente manufactureras. Como consecuencia de esto, vastos sectores de la población se encuentran impedidos de acceder a la satisfacción de sus necesidades esenciales. Los rubros con mayor dinamismo en el sistema productivo son aquellos vinculados al mercado externo o a los sectores domésticos que poseen elevados ingresos y ostentan hábitos de consumo altamente sofisticados.

En estas circunstancias, la economía nacional tiende a especializarse en la explotación de los recursos naturales, principalmente minerales, agrícolas y forestales, así como en industrias directamente vinculadas a ellos y que suponen un bajo nivel de transformación.

La privatización de un segmento significativo de actividades económicas y servicios sociales de propiedad o bajo control estatal, que el Estado se habría visto obligado a incrementar ante la incapacidad de la burguesía criolla para desarrollarlos o ante su negativa para invertir en ellos. Este desmentamiento del aparato estatal afectó en primer lugar a las empresas incorporadas al área de propiedad social durante el gobierno popular.

Esta reducción cuantitativa de la presencia pública en el sistema económico no puede llevar a minimizar el verdadero significado de las transformaciones registradas en el quehacer del Estado, que son fundamentalmente cualitativas. Tras la retórica de la "subsidiaridad" del Estado, sostenida como principio por la dictadura, se encuentra la colocación de éste al servicio del lucro del gran capital, local y foráneo y el abandono de responsabilidades en servicios de importancia básica para la población. Es lo que ha sucedido con la privatización progresiva de la salud, la educación y la vivienda popular, que se convirtieron en objeto de negocios particulares y, por lo tanto, prácticamente inaccesibles para gran parte de los trabajadores y de los sectores populares.

En realidad, hoy día el estado conserva en su poder una proporción mayoritaria de los activos productivos del país, además de mantener una amplia y activa presencia en todos los planos de la sociedad civil: somete a las universidades y al sistema educacional a la intervención militar; restringe la actividad sindical y las demás formas de organización social; controla la prensa y los medios de comunicación de masas; prohíbe la existencia de los partidos políticos y mantiene un inmenso andamiaje de vigilancia y soplónaje destinado a someter a la ciudadanía por medio de la represión y el terror.

La eliminación de controles fundamentales sobre el sistema bancario y financiero, lo cual ha permitido a ese sector transformarse en el principal beneficiario de la política aplicada por la dictadura y en el determinante en la orientación del proceso económico.

La violenta reversión de la reforma agraria que ha despojado de sus tierras a una inmensa cantidad de asentados y pequeños propietarios y sometido a una

superexplotación a los campesinos, arrasando a unos y otros a una espantosa miseria.

La derogación de todas las medidas destinadas a proteger el interés del país frente al inversionista extranjero, que pasó a ser equiparado, en beneficiosos y derechos, con el nacional.

No obstante las ilimitadas franquicias concedidas, las pretensiones de la dictadura de atraer cuantiosos capitales externos se han visto frustradas hasta ahora. La cantidad de recursos efectivamente ingresados en el país para realizar inversiones directas es reducida y se ha volcado en forma masiva a los recursos mineros, principalmente el cobre. Además, una parte de los capitales se ha aplicado a la adquisición de empresas ya existentes, lo que se traduce en una mera transferencia de dominio, con las consiguientes repercusiones negativas y sin generar una efectiva ampliación del potencial productivo nacional.

En la práctica, los recursos externos han llegado bajo la forma de créditos destinados a paliar el déficit que mantiene Chile en sus relaciones con el exterior, provocando una espiral ascendente en virtud de la cual es necesario contraer nuevas deudas para poder cubrir los intereses y la amortización de las anteriores.

Estas, entre otras medidas, han provocado una verdadera revolución en el estilo de desarrollo del país. Por medio de ellas se ha pretendido colocar a Chile en condiciones similares a las que dominaron a comienzos del siglo pasado en los países capitalistas hoy industrializados. Sin embargo, las características y las condiciones propias del desarrollo del capitalismo contemporáneo han determinado que, en nuestro país, se establezca la dictadura del monopolio, del gran capital criollo y extranjero. Un número reducido de grupos financieros asociados con las fuerzas armadas conforman el

bloque dominante que ha colocado a todo el pueblo al servicio de sus intereses y apetitos.

La consumación de este proyecto ha tenido graves efectos adversos sobre las condiciones de vida de la inmensa mayoría de los chilenos y los intereses trascendentales de la nación. Entre ellos pueden destacarse los siguientes: desorbitado crecimiento de la especulación a expensas de la producción; desempleo de grandes masas trabajadoras, lo que constituye un efecto y un supuesto del estilo de crecimiento adoptado; la dramática concentración de los ingresos en manos de un estrato absolutamente minoritario de la población; la acelerada concentración y centralización del capital; la caída de la inversión muy por debajo de los niveles históricos del país, lo que afecta decisivamente las futuras posibilidades de expansión de la economía; el cuantioso y acelerado crecimiento de la deuda externa, que compromete la independencia nacional; la transferencia al extranjero de la propiedad y el control de parte significativa del patrimonio de Chile.

En suma, la dictadura militar ha impuesto una estrategia económica que agudiza las desigualdades y desequilibrios internos, al mismo tiempo que profundiza la dependencia externa.

Se trata de un proyecto decididamente contrario a la vida democrática, al pueblo y a la soberanía nacional. Su mantención requiere del uso de la fuerza y la represión permanentes como único medio de defenderse de la reacción contraria de la inmensa mayoría de la población afectada por dicho esquema. De aquí se desprende la violenta supresión de los derechos y garantías conquistadas por los trabajadores a lo largo de muchos años de lucha y la imposición de una legislación laboral absolutamente contraria a los intereses de la clase trabajadora chilena.

Esta dictadura brutal ha permitido al capitalismo dependiente iniciar un proceso de reestructuración económica determinante de la estructura de clases en el país y que expresa el cambio introducido en el bloque de clases dominantes de la sociedad chilena, en el que ahora se encuentra ubicada exclusivamente la gran burguesía, representación de clase del gran capital monopolista local y extranjero.

La existencia de este capitalismo, el único capitalismo posible hoy en Chile, conforma la exactitud de la definición estratégica central contenida en la línea de Frente de Trabajadores, proposición política fundamental del Partido Socialista de Chile.

De esta manera, los siete años de la dictadura militar ha alterado el mapa social de Chile. Las transformaciones introducidas por la Junta Militar han sido de tal naturaleza, que bien podría caracterizarse al actual sistema chileno como un mecanismo político y económico de segregación en el cual un sector de una clase ejerce la totalidad del poder con absoluto desprecio de la voluntad y participación de la inmensa mayoría de los chilenos. En este cuadro, las fuerzas armadas cumplen el papel de ejército de ocupación que protege y usufructa de los privilegios de la ínfima minoría prepotente que posee el poder económico.

Los efectos de la política económica, la ofensiva ideológico-cultural y el impacto de la derrota en el movimiento popular han transformado cuantitativa y cualitativamente la estructura y la organización del sistema social chileno. Estas modificaciones obligan a introducir alteraciones profundas en la visión que la izquierda mantuvo durante décadas sobre nuestras sociedad.

Por una parte, la implacable política económica del régimen militar llevó la cesantía a niveles desconocidos en la

historia laboral chilena. Por otro, el aparato de comunicaciones, controlado por los militares, ha desarrollado un mecanismo de inculcación de la noción de que el gobierno de la Unidad Popular, el conjunto de la izquierda y en general el sistema de partidos políticos, fueron sinónimo de caos y anarquía.

En otro plano, la misma política económica de la dictadura y su propaganda han hecho del consumismo una especie de categoría cultural. Un pueblo, que durante décadas vivió orgulloso de consumir sólo aquello que se producía en el país, se ve ahora inundado por una ola de objetos importados. Estos dos elementos han producido un impacto en los sectores ideológicamente más retrados de la población que sería peligroso no reconocer. La militarización de las universidades, el impuesto a la importación de libros - el único artículo que los paga - y los mecanismos de censura y autocensura han mentenido al pueblo en un estado de hambruna y deformación ideológica que sólo ahora empieza a mostrar reacciones desfavorables.

El carácter masivo y brutal de la represión, también inédita en Chile, ha marcado profundamente a la mayoría de la población. La magnitud y características de la derrota han dejado también una huella y un sedimento de escepticismo, aumentados por la incapacidad demostrada hasta hoy por la dirección de las fuerzas populares para levantar una alternativa al sistema impuesto por los militares.

Naturalmente, el sector más afectado por esta combinación de factotes negativos ha sido el de los trabajadores, cuyo núcleo central es la clase obrera, que había conquistado la unidad de su fuerza sindical y la había desarrollado y profundizado durante más de 10 años, se ve ahora ante un funcionalismo y

una multiplicidad de organismos sindicales que supera todos los sueños largamente acariciados por los patronos, la burguesía y la dirección derechista de la Democracia Cristiana.

Sectores obreros tan importantes como las industrias textil y metalmeccánica; de empleados e intelectuales como los servicios públicos y educacionales y de la salud, fueron vaciados de sus trabajadores de mayor calificación y más alto grado de conciencia y preparación ideológica.

Este conjunto de factores ha tenido un impacto brutal también en las capas medias. La política económica ha proletarizado a un sector mayoritario de su contingente o lo ha empujado al exilio económico. Pero sería poco realista derivar de estos hechos reales y dramáticos la conclusión de que estas capas medias, por la simple pérdida de sus posiciones económicas y sociales, son ya aliados de las fuerzas de izquierda. Hay que tener presente que es sobre ellas que opera con mayor fuerza y eficacia la guerra psicológica y la deformación ideológica por vía de los medios de comunicación, presentándole engañosamente y de mala fe valores como los de orden, paz y tranquilidad. Con la misma fuerza operan los alicientes para el consumismo y la ilusión de una riqueza material que ni siquiera las capas medias de algunos de los más ricos países desarrollados poseen.



Sin embargo, no todo es negro en

este trastorno regresivo y profundamente antidemocrático de la sociedad chilena. Los valores democráticos, que persisten en el pueblo chileno, conforman el caldo de cultivo para un trabajo imaginativo y revolucionario de las fuerzas de izquierda. Es allí donde el Partido Socialista, por su tradición de independencia y su capacidad creadora se propone realizar una labor trascendental.

Para ello, el Partido debe plantearse como vanguardia de la clase trabajadora y el pueblo.

Levantando decididamente su alternativa a la dictadura del gran capital: la alternativa de la democracia y el socialismo, utilizando un lenguaje nuevo, simple y desprovisto de consignas ineficaces, dentro de un espíritu amplio y flexible, en un marco de rigor ideológico más en los hechos que en las palabras.

#### b) El cuadro político actual.

En Chile, hoy día, existe un sector burgués que intenta conformar un bloque cívico militar con fuerza suficiente para impulsar un proceso de transición, gradual y sin quiebras, hacia un hipotético régimen que desplace a las FF.AA. a un segundo plano. Este sector, que aunque apoyó al golpe militar buscó luego diferenciarse de la dictadura y pretendió explicarla como un mal menor, constituye la oposición burguesa al régimen militar.

Para lograr sus objetivos pretende articular sus aspiraciones con las de algunos sectores de las FF.AA., arrinconar a los grupos más reaccionarios y fascistas de la burguesía, asegurarse el respaldo del capital internacional y del imperialismo norteamericano, estructurar un plan político y económico que sea atractivo para la pequeña y mediana burguesía y, por otro lado, subordinar al movimiento popular a sus objetivos para mantener en repliegue al proletariado.

Por otra parte, entre los sectores de la burguesía que se han identificado permanentemente con la dictadura, y aún en el interior de las propias fuerzas armadas, se ha desatado una polémica en torno al futuro político del régimen. Mientras unos plantean la institucionalización de la dictadura, otros proponen el inicio de la transición política hacia una democracia autoritaria, res

tras unos plantean la institucionalización de la dictadura, otros proponen el inicio de la transición política hacia una democracia autoritaria, restringida o "protegida".

Esta situación podrá verse alterada sólo en forma mínima y momentánea por el esfuerzo de Pinochet tendiente a establecer alguna forma de institucionalidad de su régimen. La polémica en el seno de los sectores justistas, la posición burguesa, el mantenimiento del cuadro internacional adverso y las tensiones sociales y políticas acumuladas ya no pueden eliminarse con una simple demostración de fuerza o un golpe de mano del dictador.

En el marco de esta situación política, los partidos burgueses han asumido posiciones diferentes respecto a la dictadura. El P.N. prácticamente se disolvió en la estructura de gobierno y su visión conflujo de manera natural con los objetivos políticos y económicos de la dictadura. Sólo ahora empieza a diferenciarse tomando bandos contrarios en el interior de los sectores justistas.

Por su parte, con la salvedad del Partido Radical que mantiene su adhesión a la Unidad Popular, las distintas corrientes y organizaciones de inspiración social-demócrata han adoptado una actitud de crítica, principalmente dirigidos en contra del modelo económico, y se ubican como fuerza política de centro, dispuestos a colaborar con la Democracia Cris-

tiana y a imponer restricciones a la izquierda. Este espectro social-demócrata, conformando estos últimos años sin fronteras definidas, busca aglutinar e los sectores de centro-izquierda en la perspectiva de constituirse en la expresión de un movimiento popular que no cuestione al capitalismo. Sus perspectivas de desarrollo depende básicamente de dos factores: de la evolución política de la D.C. y de las definiciones políticas que asuma la resolución de la crisis de conducción que enfrenta la izquierda.

Su base social y sindical es restringida aunque su proyecto político, en líneas generales, es atractivo para sectores de la burguesía, la pequeña burguesía y para algunos cúpulas sindicales.

La Democracia Cristiana ha sido el centro político e ideológico bajo el cual se ha concentrado la oposición burguesa a la Junta. Su doctrina social, de comprobadas contradicciones con sus proyectos políticos y económicos, postula la incorporación de las clases en el desarrollo del capitalismo. En la oposición a la dictadura, la D.C. busca aglutinar bajo hegemonía burguesa, la mayoría de las reivindicaciones acumuladas por la burguesía, la pequeña burguesía, el campesinado, la clase obrera y los pobres. Esta perspectiva política la obliga a destacar nuevamente sus rasgos populistas que amenazan con convertirse otra vez en el talón de Aquiles de los verdaderos intereses de clase que representa, pues desatan en su seno aspiraciones y esperanzas que rebasan el marco del capitalismo.

La postulación de una democracia representativa como objeto político, significa, a su vez, para la D.C. la incorporación fundamental de las capas medias —mediana y pequeña burguesía— en un esquema de participación política, junto a la recuperación del movimiento sindical. Con esta base social de apoyo, esa colectividad pretende darle estabilidad

al capitalismo, estimulando la conciliación de clases. Estos objetivos de la D.C., a igual que los del resto de las agrupaciones políticas de la burguesía, no hacen incompatible el modelo de democracia que postulan con fuertes restricciones a las organizaciones políticas del proletariado. La subordinación de la izquierda es básica para la D.C., tanto para ofrecer garantías a los monopolios y a las FF.AA. como para estructurar su propio proyecto político.

Que este partido, por las condiciones reinantes en estos años, haya asumido las reivindicaciones pequeño burguesas y populares no constituye prueba alguna de una transformación de su ideario político ideológico. En definitiva, su proyecto de conciliación resume las contradicciones de las clases medias que dice representar. Por la composición de su militancia, la D.C. es pluriclasista, pero lo es tanto como puede serlo cualquier colectividad política chilena; su composición interna, sin embargo, da predominio ideológico a la burguesía, tal como en los partidos obreros predomina el proletariado sobre el resto. Lo que interesa en definitiva en los partidos es la adscripción ideológica de sus componentes y los intereses de clase predominante.

Una fuerza que se apoya en el imperialismo y el capital financiero, que no cuestiona de hecho la existencia de los monopolios, que admite la explotación del hombre por el hombre, que estimula el individualismo en un medio cada vez más socializado, que estimula el desarrollo de la pequeña burguesía tras el espejismo del modo de vida burgués y que ha intentado dividir el movimiento obrero y sindical, constituye básicamente una fuerza política de la burguesía. Esta es en definitiva, la esencia del Partido Demócrata Cristiano y determina las características de su comportamiento y de su proyecto político.

La desarticulación de la estructura política y sindical del proletariado chileno y la contraofensiva de la burguesía luego del golpe militar, provocaron el repliegue de la clase obrera e hicieron retroceder al conjunto del pueblo.

Hasta nuestros días, y de manera general, esta situación se mantiene, aunque desde el año 1978 se viene manifestando un aumento en los niveles de lucha y articulación del movimiento de masas y los partidos obreros. La debilidad orgánica de los partidos, atacados a fondo por la dictadura, así como no pudo impedir la ofensiva burguesa, tampoco ha logrado, salvo circunstancialmente, tener parte decisiva en la recomposición que han experimentado algunos sectores de masas, principalmente obreros, estudiantes y pobladores. Desde la base social se levantan reivindicaciones comunes que sobrepasan directivas y orientaciones partidarias.

Este hecho constituye una muestra evidente de los cambios operados en el movimiento popular. Los partidos, disminuidos numéricamente por la represión y las condiciones de trabajo clandestino, no recuperan su capacidad de vincularse a las masas; mientras, el movimiento de masas también; lo que ha perdido relevancia en el plano social es el movimiento popular que conocíamos. Este, prácticamente no existe.

La iglesia chilena, durante los últimos 20 años ha dado muestras de una gran sensibilidad social y vocación democrática. Esta postura, no absoluta sino mayoritaria en su seno, ha influido favorablemente en la formación de importantes sectores de nuestra sociedad que profesan el cristianismo y que, al definir una militancia política, se ubican mayoritariamente en las fuerzas democráticas, revolucionarias y populares.

La iglesia ha condenado el modelo económico de la dictadura. Ante la expe-

riencia económica y política a que ha estado sometido el país, la labor pastoral de la iglesia ha enfatizado la preocupación social; esa prédica marca un avance práctico en la identidad entre cristianos y marxistas, pues ha creado condiciones para fortalecer la unidad del pueblo y la unidad de los trabajadores. Sin embargo, persiste en el seno de la iglesia y del cristianismo chileno una visión del desarrollo de la sociedad limitada al capitalismo. Es un deber de los propios revolucionarios a través del debate ideológico y del trabajo conjunto, hacer que ellos superen esa visión y se incorporen de una manera definitiva a la causa revolucionaria.

Lo que los cristianos deben saber ahora es que los revolucionarios sólo son incompatibles con los que entre ellos defienden y justifican los privilegios de los monopolios, los que buscan preservar las condiciones estructurales que posibilitan la explotación del hombre por el hombre, que exacerban el individualismo olvidándose de la solidaridad y de la obligación de "ayudarse los unos a los otros" y que justifican la violencia institucional ante el legítimo derecho a la rebelión de un pueblo sojuzgado.

## ESTRATEGIA Y TAREAS POLITICAS DEL PARTIDO SOCIALISTA

### a) Sobre la estrategia.

Para el Partido Socialista, la estrategia es el diseño de largo alcance de sus objetivos políticos. No es un horizonte teórico sino la orientación coordinada de sus actos políticos encauzados al logro de sus propósitos. Es su actividad organizada y consciente en la cual la voluntad de realización es fundamental para avanzar por el camino trazado. Sobre estos supuestos determina su estrategia.

En la década del 60, el Socialismo Chileno se planteó la instauración del socialismo como una tarea la orden del día para la generación de ese período. El desarrollo socio-político del país, el triunfo de la Unidad Popular y las posibilidades que tuvo el movimiento popular, comprueban la corrección de esa perspectiva. La cruenta derrota del 11 de septiembre no niega la justeza de los objetivos sino que deja a la vista los errores y debilidades en que se incurrió en la consecución de las metas propuestas. Hoy día, como consecuencia del triunfo de la contrarrevolución y los subsecuentes siete años de dictadura, se ha distanciado la posibilidad del socialismo a la vez que se han acrecentado y multiplicado las dificultades para alcanzarlo. Sin embargo, en la medida en que la dictadura del gran capital imperante no ha hecho otra cosa que reconstruir y desarrollar el capitalismo dependiente, agudizando las contradicciones de clase y los problemas de las masas, el socialismo sigue siendo la única solución real para los problemas de Chile y de su pueblo. Por lo tanto, el Partido Socialista inscribe en su estrategia la lucha por el socialismo como un elemento actuante en el escenario de las acciones de las masas y no sólo como un enunciado teórico al cual se le anteponen etapas históricas para alcanzarlo.

Para lograr sus objetivos socialistas, el Partido postula la instauración de una República Democrática de Trabajadores como forma de Estado y de organización de las masas para ejercer el poder para transitar ininterrumpidamente al socialismo.

El Partido Socialista no desconoce las condiciones adversas actuales; por el contrario, parte de ellas bajo el supuesto que siempre ha habido y habrá dificultades para consumir una empresa revolucionaria de esta dimensión histórica.

El quid del problema no está en los

obstáculos sino en la disposición de sobrepasarlos. Como vanguardia de los trabajadores.

El Socialismo Chileno se propone luchar por todos los medios para modificar la situación actual hasta convertirla en una corriente favorable que lo conduzca a la consecución de sus metas.

De acuerdo con esta concepción dinámica, rechaza la noción puramente cuantitativa de correlación de fuerzas que desconoce la potencialidad revolucionaria de las masas y que, más que considerar el desarrollo de sus energías para superar su debilidad actual, se somete fatalmente a las condiciones del momento. Para el Partido, contrariamente, se trata justamente de modificar el cuadro de fuerzas de manera que los trabajadores adquieran la fuerza y capacidad de lucha suficientes para imponer su propia alternativa. Por eso rechaza la idea de luchar hoy por "lo posible" y dejar el socialismo para un mañana indeterminado. Se trata de desbrozar las dificultades y romper los escollos en una lucha diaria y permanente por acortar distancias y lograr la meta final.

#### b) Los objetivos propios y los compromisos.

La dictadura arrasó con toda la infraestructura democrático-burguesa, pisoteando y destruyendo todos sus valores políticos, jurídicos y sociales, sustentando su legitimidad sólo en la fuerza de las armas. Su modelo económico y político no sólo ha creado una colosal fuerza potencial antagonista formada por las masas asalariadas y sectores medios pauperizados, sino que también se ha ganado adversarios en su propio campo de clase.

Los sectores sociales y políticos que actualmente se oponen a la Junta coinciden en el objetivo de desplazarla del poder pero, por razones de clase, se diferen-

cian en su proyecto político. Cualquiera que sea la forma de la caída de Pinochet (y su pandilla) dejará abierto el campo para levantar una nueva institucionalidad en el país. El carácter de ésta estará determinado por la capacidad y fuerza de cada una de las corrientes opositoras para imponer su propia alternativa.

O se accede a un nuevo orden revolucionario impuesto por el movimiento popular, que restaurará los derechos democráticos y permitirá transitar ininterrumpidamente al socialismo o las fuerzas burguesas de recambio restablecerán algún tipo de democracia "restringida" que asegure la continuidad de su dominio de clase y el desarrollo capitalista del país.

El logro de los objetos democráticos y socialistas del Partido pasa inevitablemente por el derrumbamiento de la dictadura. Para esta tarea prioritaria, el Partido está dispuesto a concertar acuerdos concretos con todas las fuerzas sociales dispuestas a luchar por este objetivo. Estos compromisos deben asegurar para el período post dictadura un clima democrático que permita al pueblo decidir libremente sobre el futuro del país. Pero esta tarea primordial de derrocar la Junta está indisolublemente unida al desarrollo de las fuerzas propias de las masas trabajadoras y a la consecución de sus propósitos socialistas. El Socialismo chileno ratifica que sólo la fuerza organizada y dominante de los trabajadores es garantía para todos los sectores democráticos. Por eso sostiene que en su accionar político no tratará de que se consoliden formas de gobierno distintas al ejercicio democrático del poder del pueblo trabajador. Por la misma razón, junto con expresar su satisfacción por la oposición creciente de distintos sectores sociales a la dictadura y reiterar su decisión de llegar a acuerdos concretos para producir la caída de ésta, ratifica su independencia

estratégica y política con las fuerzas burguesas de oposición.

#### c) Reformulación de la Unidad Popular.

La Unidad Popular, pese a sus profundas contradicciones internas reflejadas tanto en su programa con en la conducción del proceso revolucionario que le cupo comandar, ha sido la expresión unitaria cuantitativa y cualitativamente más rica construida por el pueblo de Chile. Sus errores estratégicos y conductuales no demeritan su papel histórico en el desarrollo de la lucha social y en la concientización política de los trabajadores chilenos. Sin embargo, esta alianza política surgió en un cuadro histórico-político determinado y elaboró un proyecto político para esa situación. Hoy día, uno y otro han quedado atrás; de aquí que el Partido Socialista crea en la necesidad de desarrollar una nueva alternativa que responda a los desafíos propios de presente y redefina en su contenido y forma a la Unidad Popular sobre la base de la participación de todas las fuerzas revolucionarias. A partir de un proceso crítico y autocrítico debe alcanzarse un nuevo Pacto Político que reformule las bases unitarias de toda la izquierda chilena.

#### d) Las relaciones con el P.C. de Chile.

De acuerdo a la voluntad unitaria de clase que emana de su política de Frente de Trabajadores, el Socialismo Chileno continúa sosteniendo la necesidad de fortalecer las relaciones con el Partido Comunista de Chile sobre las bases de la autonomía de cada cual y un obvio respeto mutuo. Estima, sin embargo, que ésta no es una tarea fácil, porque subsisten, entre ambas concepciones, diferencias sobre la Revolución Chilena y sobre la estrategia para el período actual, a lo cual se agrega la posición que el Partido

Comunista ha asumido en relación a la crisis del Socialismo Chileno. No obstante esto, ateniéndose a sus posiciones de principios, el Partido Socialista continuará sus esfuerzos por fortalecer estas relaciones.

#### e) La convergencia socialista

Una de las características del movimiento obrero chileno es la temprana penetración de las ideas socialistas en las masas trabajadoras. A este hecho histórico ha aportado fuertemente el Partido Socialista con su extensa y sostenida lucha por el socialismo. Sus posiciones teórico políticas han ayudado a conformar una gran vertiente de pensamiento y práctica política socialista que hoy se expresa como una parte del espectro político del país. Este proceso de creciente identificación de las fuerzas que confluyen a la gran vertiente del socialismo chileno es de significativa trascendencia para el porvenir del movimiento obrero chileno y el partido valora altamente todos los pasos tendentes a fortalecer este camino unitario que eleva cualitativamente el contenido político del movimiento popular.

La convergencia socialista, sin lesionar la búsqueda de la unidad del conjunto de la izquierda, debe alcanzar su coincidencia en un proyecto de acción política propia que los una en la práctica y que ayude a romper el inmovilismo actual de las fuerzas políticas populares, incapaces aún de formular su nueva base programática y paralizadas ante su fallida perspectiva de constituir una alianza con la burguesía opositora.

Con respecto al problema de la unidad, el Partido Socialista subraya autocríticamente que reconoce - sin falsa modestia - que una condición fundamental para lograr la convergencia socialista y la unidad de toda la izquierda es la propia unidad del Socialismo Chileno, su fortale-

lecimiento político y orgánico y el aumento de su presencia activa en el seno de las masas. Por eso redoblará sus esfuerzos por solventar sus propios problemas que sólo por sí mismo puede resolver.

#### f) La Unidad Sindical.

Un paso decisivo en el desarrollo de la lucha de las masas es la unidad sindical. El Partido se propone redoblar sus esfuerzos reivindicativos y sociales a través de un nuevo instrumento unitario. La reconstrucción de la Central Única de Trabajadores, sobre las bases clasistas, autónomas y orientada hacia las transformaciones económico-sociales que han caracterizado al movimiento obrero nacional, es una tarea de primer orden del Partido.

#### g) La violencia revolucionaria.

La dictadura no caerá sola ni dejará voluntariamente el poder. El pueblo tiene el legítimo derecho de ejercer la violencia para derribarla. Por eso plantea como exigencia la organización de las fuerzas de las masas para todas las formas de lucha.

El movimiento popular chileno, desarrollado en un marco político institucional, se ha quedado absolutamente rezagado en la respuesta a un gobierno decididamente contrarrevolucionario que se sustenta en la fuerza armada y ha usado brutalmente, y está dispuesto a seguir usando, la violencia para mantenerse en el poder. Hoy día, a siete años de dictadura, y cuando nuevas experiencias del continente demuestran que con la simple lucha de masas, aunque sea mayoritaria y amplia, no se derriban las dictaduras, hay que ponerse en acción para desarrollar y organizar las fuerzas cuantitativa y cualitativamente suficientes para vencer en todos los terrenos.

En el desarrollo de esta perspectiva, el Partido considera fundamental la lucha de masas.

Como en el pasado, hoy está al frente de esa lucha y lo estará en el futuro. Sin embargo, el pueblo se encuentra hoy día luchando contra un orden sustentado en las armas.

Antes del 70, el pueblo desenvolvía su acción en un marco institucional que él mismo había ayudado a conformar; ahora sólo tiene ante sí a un armado que sólo entiende el lenguaje de la fuerza.

Tiene que derrocarlo. Para eso, sus acciones tradicionales y sus iniciativas actuales deben tener cada vez más sentido de resistencia creciente. Sin embargo, el incremento permanente de esta lucha no culminará por sí misma en la insurrección popular si no se orienta y organiza en este sentido. Hay que conformar un gran movimiento de masas perfilado a derrocar a la dictadura y no sólo para presionar a fin de reconquistar las garantías del pasado. El desarrollo de esta capacidad de lucha, llevada a todos los terrenos, debe culminar en un movimiento de resistencia nacional que derrumbe definitivamente e irreversiblemente a las fuerzas oscurantistas que se han apropiado del país.

El Partido Socialista se propone impulsar orgánicamente al movimiento popular y sus propias acciones por ese camino de enfrentamiento con la dictadura, sin paralizarse porque otros sectores no compartan estos criterios.

#### h) Una táctica dinámica, de contenido democrático y revolucionario.

La perspectiva socialista del Partido no es un telón de fondo sino la implementación de acciones que busquen configurar hechos políticos que den al movimiento de las masas un contenido congruente con la finalidad partidaria. La lucha por el socialismo sería una fórmula teórica si no se desarrolla enlazada con

las reivindicaciones parciales, transitorias y de todo orden que las masas plantean día a día. Para definir este quehacer concreto, el Partido tiene presente que se trata de promover políticas para un movimiento obrero y de masas que adquirió una alta conciencia revolucionaria, que vivió en la antecámara del poder y del Socialismo y comprendió las posibilidades de alcanzarlos.

Si la tarea consiste en crear las condiciones subjetivas que posibiliten el objetivo socialista, el Partido, como polo dinamizador del nuevo ascenso de la lucha, debe perseguir en primer término, estar a la cabeza de las aspiraciones democráticas de las masas, elevar el nivel de exigencias, combinar una consigna con otra y una acción con otra, sin dejar vacíos entre un planteamiento y otro hasta colocar a la orden del día el problema del poder. Así, se propone convertir cada conquista democrática, económica y social en un proceso de lucha socialista que obliga al planteamiento de nuevas demandas, enlazándolas todas en un movimiento que debe ensanchar día a día el horizonte del combate liberador. Esta táctica dinámica, móvil, que rechaza la agitación evolutiva y gradual para estar atenta a introducir los planteamientos que impulsan la modificación de la situación, debe desarrollar un proceso ascendente e ininterrumpido de acrecentamiento de fuerzas en todo sentido, que genere las condiciones para la caída de la Junta y continúe, utilizando y combinando las formas de lucha más adecuadas para cada momento, hasta culminar con la implantación de un régimen económico, político y social verdaderamente democrático que no puede ser sino socialista.

#### i) Voluntad revolucionaria.

El Partido Socialista es esencialmen-

te revolucionario. Su acción es permanentemente transformadora de la sociedad. Fundamentado en el pensamiento de los creadores del socialismo científico, ha desarrollado su práctica política en los métodos de la lucha de clases. No obstante que durante largos años se ha desenvuelto en la mecánica democrático burguesa que caracterizó a Chile - en cuyas redes se entrabó en algunos períodos de su historia - fue configurando una personalidad política anticapitalista y combativa que lo habilita para enfrentarse a la difícil tarea del presente. A 47 años de existencia no confunde la madurez que le ha dado la experiencia de su constante batallar con el conservadurismo político que paraliza la acción. Por eso se propone liderizar las luchas en todos los sectores subyugados por la dictadura de los monopolios y conducirlos a su liberación definitiva.

El Partido Socialista es un partido obrero; la clase obrera es la fuerza social que en el cumplimiento de su destino histórico, no sólo se libera a sí misma sino también a aquellos estratos que viven explotados y oprimidos por el sistema capitalista; a todos estos sectores no sólo pretende incorporarlos a la acción para derribar la dictadura sino también hacerlos partícipes de la construcción de la nueva sociedad que se levantará después del derrocamiento de aquella.

Las condiciones de hoy para la lucha son inmensamente más difíciles que en el pasado. El Socialismo Chileno se siente lo suficientemente fuerte y joven para continuar en la brecha revolucionaria, haciendo suyas las banderas de los grandes libertadores de la independencia política de América y de aquellos que, como Sandino, Camilo Torres, el Che, Salvador Allende y tantos miles de otros combatientes, nos indican el camino con su sacrificio.

## LA UNIDAD DEL PARTIDO SOCIALISTA

El Partido Socialista, fiel a la honestidad y franqueza que han caracterizado a su comportamiento ante las masas, estima indispensable asumir y enfrentar la situación de crisis en que se encuentra actualmente el socialismo.

El Partido Socialista, desde 1967, había planteado la vía amada como salida al desarrollo y agudización de la lucha de clases en el país. Sin embargo, las condiciones subjetivas que se fueron conformando - ya sea por ineficacia del Partido para impulsar el movimiento hacia la perspectiva que se había trazado o porque los acontecimientos fueron más potentes que sus esfuerzos- condujeron a la constitución de la Unidad Popular y a enfrentar las elecciones de 1970.

Sin embargo, el Partido llevado por el estímulo revolucionario, impuso su programa democrático y socialista, planteó la campaña como medio para alcanzar el poder y dejó establecido la inevitabilidad del enfrentamiento de clase; las contradicciones estratégicas que se daban en el seno de la Unidad Popular impidieron una orientación del Gobierno que consolidara la victoria. La Revolución Chilena fue sangrientamente derrotada.

Ahora bien, toda derrota trae aparejada siempre frustración, confusión y oportunismo. El descalabro del movimiento popular chileno provocó todas estas reacciones. El golpe militar y las condiciones en que se produjo, precipitaron al movimiento popular, en general y en particular, a una crisis seria y de profundas repercusiones.

El Partido no escapó a este fenómeno. Pero sería incorrecto silenciar que nuestros problemas venían arrastrándose desde mucho tiempo atrás.

Efectivamente, la corriente stalinista que se empieza a expresar abiertamente después del golpe y que logró tomar el control del Partido hasta abril de 1979, es la manifestación más grave de un proceso interno de mayores proporciones y de más antigua data. En realidad, ya desde el Congreso de Chillán, dada la apertura del partido al pensamiento revolucionario de ese período, se vaciaron en su seno posiciones disímiles que sólo coincidían en la lucha amada, pero cuyas formaciones ideológicas eran de raíces diferentes. El triunfo popular acrecentó las diferencias internas. Al calor de este fenómeno, un inmenso caudal social se incorpora a la lucha. Gran parte de este contingente vino a engrosar las filas del Socialismo Chileno, considerándolo como un instrumento adecuado para ese momento histórico.

La incorporación de estos cuadros al agitado y candente proceso de la Unidad Popular provocó en ellos una abrupta maduración política alimentada fundamentalmente de su propia vivencia revolucionaria y, en su mínima medida, del bagaje teórico-político acumulado por el Partido de su adopción. Sin una formación ideológica partidaria y sin el sedimento que deja la experiencia de años de luchas comunes, este contingente, en general, no fundamentó su pensamiento político en los valores históricos del partido, en sus aportes al desarrollo de la lucha de clases, en su carácter de vanguardia de los trabajadores e ignoró su constante evolución ideológica interna.

Pueden mencionarse otras manifestaciones de la crisis. El desarrollo de tendencias proclives a indentificarse con el social-democristianismo, el eurocomunismo, el radicalismo extremo. A todo esto, se suman las diversas formulaciones teóricas de dirigentes del Partido con planteamientos contradictorios que han aumentado la confusión. Existe también

la inquietud legítima de la militancia que ante el fracaso de una perspectiva que sentía valedera, buscan nuevamente derroteros para continuar la lucha.

Finalmente, y no porque sea lo menos importante, como tras fondo a este clima crítico, está la gran problemática del socialismo mundial cuyas contradicciones ideológicas, conceptuales, políticas y estatales cargan las inquietudes de las masas de incertidumbre y expectación por su destino. Estas contradicciones se reflejan en las vanguardias del movimiento obrero y agregan un elemento más de disgregación en el Partido Socialista.

En suma, todo aquellos que se han ubicado en una posición anti-partido como los que persiguen su reformulación expresan en sus planteamientos el quiebre de cartabones doctrinarios universales y todos, en conjunto, reflejan la profundidad de la crisis que debe salvar el socialismo chileno para continuar siendo la expresión política de los trabajadores y las masas explotadas y oprimidas de Chile.

El cuadro anterior indica la gravedad de la situación actual del Partido. Se ha llegado casi a la balcanización. El rompimiento del sector stalinista con el tronco de la organización es la manifestación más significativa de una dispersión que empezó a producirse inmediatamente después del golpe, que se agudizó cuando un sector del interior materializó las aplicaciones de concepciones extrañas al Partido y continuó en un desgaste permanente hasta el desenlace de abril de 1979, que ubicó en la superficie el problema de fondo que agitaba a toda la organización: la existencia de contradicciones teórico-políticas, cuya máxima expresión era la formación de una corriente anti-partido que la inmensa mayoría de la militancia rechaza casi intuitivamente. La superación de esta cri-

sis en nuestro Partido es un problema que preocupa y atañe a los socialistas y exige la contribución de todos los militantes. Estamos concientes de que fenómenos de esta naturaleza no pueden ser resueltos por la sola apelación a los sentimientos o por nuestra exclusiva decisión de superarlos. Nuestra voluntad, no obstante todo lo firme y generosa que sea, se ve enmarcada y condicionada por la dialéctica del proceso social. Por ello es que la unidad del socialismo debe entenderse como un proceso complejo que debemos seguir impulsando con redobladamente esfuerzos. Es necesario distender los endurecimientos y superar los individualismos para alcanzar una integración del socialismo chileno cualitativamente superior al pasado, sobre la base de lo que el Partido ha llegado a decantar como pensamiento político en años de confrontación teórica y práctica así como sobre su aplicación creadora a las realidades del presente. Es necesario posponer exitismos y proyecciones de grupos para confluír al cauce madre, identificados con principios comunes y sobre fundamentos teóricos y concepciones políticas también comunes. No se trata sin embargo, de una unidad por la unidad, sino de unir criterios concordantes, fundir pensamientos coincidentes, para forjar una herramienta compacta y capaz de cumplir su misión histórica.

El fortalecimiento político y orgánico de nuestro Partido en Chile, el rescate de los principios partidarios y la realización de este XXIV Congreso General, son elementos que fundamentan sobre bases sólidas el desarrollo de la unidad de los socialistas y del socialismo chileno.

Los ofrecemos como instrumentos del proceso de unidad.



Este documento tiene su historia. Fue enviado por el camarada Raúl Ampuero a los delegados del XXIV<sup>O</sup> Congreso del Partido Socialista de Chile, pero su portador no la entregó a sus destinatarios, salvo verbalmente. Posteriormente algunos de sus acápites, tomados fragmentariamente, han pretendido ser utilizados con retorcida intención. A fin de restituirle a la carta su verdadera significación y evitar manipulaciones poco decorosas —y cumpliendo además un deseo que nos ha expresado el propio Ampuero— entregamos hoy a nuestros lectores el texto original íntegro.

Aunque no compartamos algunas de las opiniones del camarada Ampuero, respetamos sus puntos de vista y reconocemos su pleno derecho a no ser tergiversado.

Roma, 22 de Mayo de 1980

Compañero  
Homero Julio  
Roma

Estimado compañero,

Diversas consideraciones me mueven a escribirte estas líneas, con la petición de hacerlas llegar a los delegados que participan en la gestión y desarrollo del XXIV Congreso General del P.S. Con ellas quiero dar respuesta a los dirigentes del Partido que me han instado a reintegrarme en sus filas, y enunciar de paso algunos juicios sobre ciertas cuestiones que afectan a la izquierda chilena. Si bien no me propongo abordar el problema mayor de la carencia de una estrategia propia, lúcida y eficaz de las fuerzas populares (al que debería dar una respuesta colectiva del Congreso mismo) quisiera formular, al menos, algunas de las premisas que estimo básicas para enfrentarlo con seriedad. No obstante el interés y la simpatía con que sigo la tentativa de reorganizar las fuerzas socialistas, que cumple con el XXIV Congreso una etapa decisiva, me parecería una ligereza particular como militante mayor todavía si lo hiciera como congresal— en un acto que debe resolver asuntos trascendentales para el presente y el futuro del partido habien-

do estado ausente por más de trece años de sus debates internos, de sus alternativas políticas, de sus mutaciones generacionales. Sólo un alto grado de coincidencias con las resoluciones del Congreso justificaría ulteriormente un paso de esta naturaleza. Si bien mantengo plenamente mi ánimo de colaborar sin reservas en las luchas populares plenamente mi ánimo de colaborar sin reservas en las luchas populares de mi país, pienso que se dan circunstancias en que tal colaboración es más positiva y fecunda desde posiciones independientes.

A mi entender, una tarea que reclama prioridad es la adecuación de los partidos chilenos a una realidad profundamente diversa de aquella que la condicionó en los años anteriores al golpe. Cuando éste se produjo, en efecto, los partidos se limitaron a preservar una estructura y unos métodos de trabajo rutinarios, aptos quizás para la actividad de masas en un ambiente de libertades, pero absolutamente insuficiente en las nuevas condiciones de clandestinidad en el interior del país y de dispersión física de los cuadros y de los militantes del exilio. El resultado práctico fue una tendencia de los partidos a encapsularse, a recogerse en sí mismos y a acentuar el rigor del verticalismo una vez interrumpidas la vinculación directa con las masas y circunscrito el debate interno al vértice de un estrecho

aparato, destinado a autogenerarse en un proceso continuo de cooperación.

El fenómeno no afectó sólo al Partido Socialista, sino, en general, a todas las agrupaciones de izquierda, y sus consecuencias —me parece— han ido mucho más allá del plano organizativo para alcanzar una dimensión política. Cortados los canales de confrontación cotidiana con su base natural de apoyo y drásticamente limitado el ámbito de los participantes en la elaboración de sus directivas, los partidos —y la Unidad Popular en su conjunto— han caído en un peligroso inmovilismo (si no en una fase de desintegración) y se alejan progresivamente de los procesos político-sociales desencadenados en Chile por una gestión gubernativa brutalmente dirigida a provocar un vuelco en el orden económico y en la estructura social, y, en consecuencia, en la mentalidad y en la cultura del país.

La U.P. fue el fruto de una prolongada evolución histórica, en cuyo curso se fueron acumulando sucesivos aportes sociales e ideológicos en torno al binomio P.S.— P.C. Segregados de su ambiente natural, ese bloque no tiene la misma aptitud para conducir las luchas de hoy ni sus componentes reflejan con igual fidelidad los sectores y tendencias que representaban ayer. Una auténtica política popular se desarrolla teórica y prácticamente sólo en la medida en que sus verdades son continuamente verificadas y reconstruidas en las luchas cotidianas del pueblo mismo. En suma, la lógica que explicaba en el pasado los alineamientos de partido ha perdido ahora gran parte de su vigencia.

Otro factor no desdeñable, que viene operando en el mismo sentido, es el impacto de las nuevas influencias culturales e ideológicas sobre la mentalidad de toda una promoción de dirigentes dispersos por el mundo. Junto con un enriquecer intelectualmente la política de izquierda, este hecho abre una fase indispensable de revisión de las concepciones anteriores, tanto en el plano individual como colectivo.

Una primera conclusión emerge de estas consideraciones: si los partidos no desean ser meras supervivencias del pasado, deberán reforzar urgentemente su ligazón con el pueblo de adentro y de afuera. En el interior, multiplicando las

estructuras que permitan a los aparatos clandestinos un enlace estrecho y constante con las masas; tarea a la cual muy poco podemos contribuir los que vivimos el destierro. En el exterior, construyendo una instancia nacional de encuentro, suprapartidista, democrática, abierta a todos los que no se identifican con el poder despótico de los militares. Son decenas de miles de chilenos dispuestos a combatir a la dictadura sin la condición de exhibir una ficha de partido y su integración a la lucha aliviaría a las organizaciones políticas de innumerables tareas, permitiéndoles concentrarse en aquellas más delicadas y más propias. No me detengo a describir las ventajas de tal entidad, ya que en otras ocasiones me he referido a esta iniciativa con alguna amplitud. Únicamente quiero subrayar que su materialización constituiría un estimulante desafío a los partidos para salir de su hermetismo actual y retomar un contacto vivo con los chilenos del destierro, en un espacio de convivencia y diálogo democrático.

De las reflexiones anteriores deriva una segunda conclusión: resulta imperativo remodelar el esquema partidista de la izquierda chilena. Su actual cristalización conduce inevitablemente a esterilizar el debate interno, cuando no a falsificarlo, sin hablar del derroche de recursos y capacidades que significa el mantenimiento de múltiples aparatos paralelos.

Naturalmente, no es éste un problema fácil de resolver: los "patriotismos de partido" son muy tenaces. Por eso mismo habría que abordarlo sin demora, como un proceso de discusión e integración gradual, pero partiendo de una cierta perspectiva.

Un primer criterio (ya insinuado por algunos) podría ser el de reagrupar las fuerzas en torno a ejes fundamentales teóricos, o doctrinales, o filosóficos —en todo caso, abstractos— identificados en el cristianismo, el marxismo y (llamémosle así provisionariamente) el humanismo racionalista. Otro criterio parte de las objetivas convergencias programático-estratégicas de los diversos contingentes populares, estimando que un partido no es una secta religiosa ni una escuela filosófica, sino una agrupación de hombres que toman conciencia de los intereses históricos de una clase y luchan por imponer

esos intereses en una sociedad concreta. Por supuesto, el acuerdo sobre los fines y los métodos de esa lucha debe apoyarse en un cuerpo de principios comunes, cuya vigencia estará sujeta a la permanente prueba de la praxis.

Este último es el criterio inspirador del seminario de Ariccia. Tomando nota de la variedad de interpretaciones derivadas del marxismo, buscaba orillar las especulaciones puramente ideológicas para acercarse a la individualización de aquellos elementos que han dado cohesión y persistencia histórica a determinadas corrientes políticas. Surgió así la concepción del *área socialista*, diferenciada del área comunista pero reconociendo explícitamente la necesidad de proteger y desarrollar la alianza que une a ambas por un cuarto de siglo.

Participé en la convocatoria y en los trabajos del seminario en la certeza de que el P.S., que a mi juicio había expresado plenamente ese campo hasta la mitad de los años 60, atraviesa una crisis que no le permitirá reasumir enteramente el mismo rol aún cuando logre superar sus manifestaciones más agudas. Para movilizar y conducir esa amplia zona creo absolutamente necesaria una profunda renovación en el pensamiento y en los equipos humanos de su vanguardia, enriquecida con la participación de nuevos protagonistas formados por experiencias paralelas. Únicamente así reconstruida podría reconquistar un papel prominente en el derrocamiento de la dictadura y en los acontecimientos sucesivos.

La cuestión, por supuesto, envuelve un gran número de problemas derivados, el más importante de los cuales lo constituye el marco ideológico y político de la fuerza que se quiere construir. Por mucho que se conciba el partido como un instrumento historicamente temporal, será preciso definir sus fronteras con claridad, tanta para evitar el pragmatismo socialdemócrata como para garantizar que la democracia interna no derive en un asambleísmo disgregador. No me oculto las dificultades de la empresa, pero confío en que un proceso de maduración llevado adelante con vigor y con limpieza puede arribar a una definición satisfactoria a través del progresivo fortalecimiento de los vínculos ideológicos y or-

gánicos entre los diversos núcleos, como ya lo hemos ensayado en Ariccia.

Surge aquí el tema particularmente complejo de la posibilidad que marxistas y cristianos confluyen en un partido común sin daño de su consistencia y capacidad de dirección. Personalmente me inclino por una respuesta positiva, en la medida que los creyentes sean animados por una interpretación revolucionaria del mensaje religioso y no al revés. Si concebimos el partido como un producto social y no como la encarnación de una verdad histórica y absoluta, lo que cuenta en su posición de clase y su aptitud para explicar tanto la naturaleza del capitalismo como la necesidad de reemplazarlo. En ese nivel la teoría marxista ha demostrado ser insustituible y no parece ofrecer contrastes insalvables con las convicciones teológicas, con los problemas de la fé. Desde el ángulo religioso, en cambio, muchos podrán encontrar poderosas motivaciones subjetivas para enrolarse en las luchas populares, pero no una visión científica del sistema capitalista ni de la revolución como proceso necesario. Es previsible, en cambio, que esa toma de posición los llevará, tarde o temprano, a enfrentar conflictos con la tradición conservadora de la Iglesia o con la jerarquía eclesial.

Hasta aquí el problema ha sido soslayado o abordado empíricamente por los partidos marxistas chilenos: en todos ellos han militado y militan miles de católicos sin originar dificultades explícitas. Los acontecimientos latinoamericanos de nuestros días, sin embargo, aconsejan tomar nota de la importancia creciente de la presencia cristiana en los movimientos de liberación y profundizar paralelamente los esfuerzos de integración de las fuerzas revolucionarias, impidiendo que nuevos dogmatismos tomen el puesto de los antiguos.

Ojalá el congreso logre avances serios en el estudio de éstos y otros asuntos. Reiterando mi voluntad de colaborar en las tareas encaminadas a devolver vigor y unidad al socialismo chileno, te ruego transmitir mis saludos a los compañeros del congreso.

Fraternalmente,

Raúl Ampuero D.



# ARTE

## DESTERRADOS

Iscorti Cartens  
(chileno)

*esto es  
y no es  
no es  
y está siendo*

*mosaico abrupto  
dolor quebrado  
más allá de la nostalgia  
más acá de la desesperación*

*grises figuras  
de nacionalidades dislocadas  
espigas castradas  
ni reaguada  
ni vanguardia  
ni siquiera guardias  
corsarios de la solidaridad*

*andamos chuteando recuerdos  
para meterle goles al olvido*

*aun cuando se nos nubla la memoria  
de tanta imagen revivida*

*y la emoción se disgrega  
se opaca  
se extravía envejecida  
por los cauces de un tiempo  
ya pretérito*

*que lo obstinamos  
presente  
en la imperfección de un  
potencial  
menos simple  
de lo que se podría pensar*

dimensión  
esquina amplificada ultramarina  
territorio ignorado por los mapas  
sin cifras ni estadísticas  
no se importa ni se exporta  
ni figura en geopolítica  
exento de delegación  
en la onu  
población de sombras  
habitantes del atardecer  
invitados de piedra  
en suelo prestado

(Del libro "Diasporero".)



---

# LIBROS Y REVISTAS

---

## 8 TESIS SOBRE UNA ESTRATEGIA SOCIALISTA PARA CHILE

Carlos Altamirano. París. 1980.

En su apretado folleto de ochenta páginas Altamirano expresa con brillo y claridad su enjuiciamiento de la realidad chilena y ofrece a los delegados al XXIV<sup>o</sup> Congreso General del Partido Socialista una interpretación original.

Lo que debemos subrayar en este aporte, igual que en otros del mismo autor, es el esfuerzo por expresar un pensamiento "creador", y no una simple repetición esquemática. Esta actitud es esencial en un marxista y su olvido nos ha llevado a polémicas estériles que han dividido y debilitado a la izquierda.

## SOCIALISM IN THE WORLD

Nos. 15 al 21. Belgrado. 1980.

Esta excelente publicación yugoslava contiene los trabajos presentados y las discusiones producidas en torno a ellos, en el Seminario que con el nombre de "Mesa Redonda" se efectúa todos los años en el hermoso balneario de Cavtat.

La importancia de los temas abordados y la calidad de los aportes hechos por teóricos y políticos de todo el mundo, confieren a esta revista una jerarquía extraordinaria.

## HEMOS RECIBIDO:

Un programa para el área socialista chilena. Seminario de Ariccia. 1979-1980.

Nueva Sociedad. San José de Costa Rica. N.º 50.

La República. N.º 14. Año III.

Desde Uruguay. Nos. 17 y 18.- Año III.

Informations Ouvrières. París. Diciembre de 1980 y Enero de 1981.

América Joven. Juventud Socialista de Chile. Holanda. Nos. 3 y 4.

Frente Sindical. Partido Socialista de Chile. París. N.º 1.

Boletín de Información. N.º 22/1980. Praga.

Revista Internacional. Ed. Chilena. N.º 11. Noviembre 1980.  
Sammlung-3-Röderberg.  
Carta Informativa. Cidamo. Agosto 1980. - México.  
El Socialista Argentino. Año 1. - N.º 1. - Buenos Aires.  
Boletín Socialista Internacional. PS Uruguayo. N.º 51. Barcelona.  
La Verité. N.º 593. Francia.  
Desarrollo Indoamericano. N.º 63. Barranquilla. Colombia.



HOY EL SALVADOR,  
MAÑANA... ?



**FEBRERO 1981**